

CAPÍTULOS GRATUITOS

Desatar a la bestia

Eleanor Rigby

Capítulo 1 Marchando una de reproches

No había ni una parte de su cuerpo que no supiera lo que estaba a punto de ocurrir: lo que sucedía cada vez que entraba en su despacho. Debía armarse de serenidad para no levantar sospechas al cruzar el umbral y esperar con paciencia a que él terminara de hablar por teléfono. A que dejara de pretender que no existía, que no se fijaba en ella, cuando ambos estaban rígidos por el deseo de tocarse.

Le gustaba que se hiciera el interesante y no le dedicase una sola mirada hasta que se aseguraba de que la puerta estaba bloqueada y las tupidas cortinas cubrían la cristalera de la oficina. Le gustaba también que sus largos y elegantes dedos jugaran con los botones del auricular, pulsando, acariciando... sabiendo que ella lo estaba viendo y se imaginaba esas mismas manos recorriendo lugares prohibidos. Le gustaba cómo la camisa remangada se ceñía a sus músculos y cómo el último botón, rebelde como sus mechones caoba, mostraba un pecho laureado con fino vello. Le gustaba el modo en que se humedecía los labios, distraído, al revisar el largo de su falda. Le gustaban tantas cosas que necesitaba terminar con el trabajo que le mandaba lo antes posible para pedirle más, y más, y más, y tener una excusa para entrar en sus dominios y admirarlo de cerca como el animal en peligro de extinción que era.

Lea dejó las pruebas documentales sobre la mesa. Fue a darse la vuelta para regresar a su puesto, pero él se lo impidió solo poniéndose de pie. Lea se quedó parada delante del escritorio, sintiéndose pequeña e insignificante en comparación con el magnífico ejemplar de hombre que le dedicaba una mirada abrasadora. Lucía pantalones estilo 20's con sus respectivos tirantes cruzados a la espalda. No vestía como las normas dictaban. Él no podía seguirlas, iba contra su

naturaleza, y Lea lo prefería así porque eso significaba que nada, ni siquiera la política de empresa, podría pararlo si decidía volver a tocarla.

Que su aventura fuera prohibida le daba un sabor especial.

—¿Necesitaba algo, señor Miranda? —preguntó en cuanto este hubo colgado el teléfono.

Jesse sonrió de lado. Esa sonrisa canalla que le había visto dedicar a todas las mujeres del bufete sin excepción. No habló de primeras, sino que llevó las dos manos al nudo de su corbata. Lo deshizo muy despacio, estirando los segundos hasta volverla loca.

Lea asistió al momento con la garganta atascada. Había algo en él que le hacía salivar, porque no era el más guapo de los hombres. Debían ser sus ojos amarillos o el modo en que se le ondulaba el pelo para insinuar una caricia a las orejas. O su cuerpo esbelto y estilizado. Lea no podía quitarle el ojo de encima a las venas que surcaban sus brazos, ni a sus poderosos muslos, a su melena a veces *punky*. Sus estilismos eran variados y originales dependiendo de la ocasión que le causaba curiosidad. Era un gamberro disfrazado de caballero que lograría conquistarte mostrando cualquiera de sus facetas.

Jesse se acercó a ella con la dolorosa lentitud de siempre. Lea era muy pequeña. Diminuta. Menos de un metro sesenta. Y él era lo bastante alto para cubrirla por completo. Aunque no hizo eso. En su lugar, levantó la barbilla femenina con un dedo. Esa mirada de superioridad con la que la agujoneó desde el primer día la puso a vibrar contra todos sus principios. Lea odiaba sentirse menospreciada, pero que él la tratara como a su muñeca, como su objeto de placer y nada más, le excitaba.

—Sí que necesito algo —pronunció con ese tono exasperante. Lea abrió la boca y él se la cerró poniendo un dedo entre sus labios. Descendió desde allí, haciéndole cosquillas en la barbilla, seduciéndola silenciosamente por la línea del cuello.

Se detuvo a las puertas de su escote.

Abrió la blusa de un tirón, revelando un sujetador de encaje elegido adrede para la ocasión. Estaba orgullosa de sus pechos y él también. Los veneraba, estaba loco por ellos. Ese día no le dedicó menos atención de la acostumbrada. Liberó uno de ellos de la copa y se inclinó, desplazando la lengua alrededor del pezón erecto.

Lea gimió y le agarró del pelo, suave y sedoso. Contoneó las caderas hacia él, pidiendo un trato más brutal, que él le concedió rastrillando y marcando su piel con mordiscos.

—Ah... Sí...

—¿Has hecho lo que te he pedido? —inquirió antes de cerrar la boca sobre la areola. Lea se mordió el labio para no gritar y pronunció un débil «sí». Muy bien. Eso significa que te has ganado tu premio.

Jadeó al primer roce de sus dedos debajo de la falda. Una mirada ardiente bastó para que se deshiciera entre sus brazos.

—Voy a follarte...

—¡Voy a matarte, Galilea Leone Velour! —gritó una voz femenina.

Lea dio un bote sobre la silla que por poco la mandó al suelo. Cerró el portátil de un golpe, dejando a Jesse sin acabar la faena. Puso cinco manuales sobre él, reunió todos los rotuladores de colores alrededor de las esquinas y se abrazó al conjunto con cara de pánico.

«Mierda, Lea, no reacciones así. Actúa con normalidad».

Claro. Esa era la primera regla: si estás haciendo algo mal, procura que no se note. Aunque tampoco es que hubiera cometido un delito. No pasaba nada, ¿verdad? Simplemente su compañera de piso —que aún estaba buscando su coronilla rubia entre los cubículos de los adjuntos— la había cazado en pleno clímax ficticio. Peor habría sido que la pillara en medio de uno real, ¿no? O que no hubiese sido Shanghái la inoportuna, sino cualquier otra persona.

De todas las mujeres de su entorno, Shan era la única a la que no se le habría ocurrido juzgarla si hubiera echado un vistazo a su documento privado. Y si se atrevía a hacerlo, siempre podía recordarle quién era la que llevaba dos meses sin pagar el alquiler.

—Estoy aquí. —Levantó el brazo para que la viera y lo sacudió, haciendo tintinear las trecientas pulseras tipo cadenita que le gustaba ponerse—. Me han cambiado de cubículo.

Mala idea. Una no debía revelar su posición al enemigo.

Shan se plantó delante de ella con un brazo en jarras y otro levantando la bolsa de su almuerzo como si fuera un suspenso en Matemáticas. Automáticamente se sintió culpable, porque sabía lo que significaba su precipitada entrada —por la que tendría que pagar diez meses de murmuraciones, a juzgar por las caras que tenían sus compañeros—, su mirada de reproche y el gesto de sacudir en sus narices el contenido.

Lea probó a sonreír para fingir que no sabía de qué iba eso, sin dejar de abrazar los manuales de dos mil páginas en tres idiomas distintos que cubrían su único placer culposo.

—Has vuelto a dejarte la comida en casa —le reprochó Shan, arrojando la bolsa de mala manera sobre el montón. Lea lo cazó antes de que el yogur manchara sus preciados libros de apoyo—. Es la tercera vez en esta semana, y estamos a miércoles. ¿No tienes nada que decirme?

Porque es un poco sospechoso que te dejes la comida que preparo para ti, te largues sin desayunar y digas que «estás demasiado cansada para cenar» cuando llegas a casa justo después de haber tenido una conversación sobre lo descontenta que estás con tu peso.

»Por si no te ha quedado claro, me estoy victimizando para hacerte sentir mal.

Lea asintió a regañadientes. Era un detalle que hubiese admitido sus intenciones y estas no fueran avergonzarla en público.

A simple vista, Shanghái no parecía esconder un lado maternal que insistía en proyectar sobre los demás para cubrir sus carencias afectivas. Cosa que, por cierto, decía ella misma, no Lea. Era el clásico ejemplo de adolescente de casi treinta años que se ponía *piercings* falsos porque no estaba preparada para afrontar un semipermanente cambio de imagen, ya que se arrepentiría porque era demasiado inestable para tomar decisiones a la larga —eso también lo aseguraba ella, Lea no tenía nada que ver con dicha descripción—; la que tenía diez estilos distintos porque aún no se encontraba a sí misma, se teñía el pelo con espray, había formado parte de cuatro religiones distintas en los últimos trece meses para declararse oficialmente budista y coleccionaba por placer libros de autoayuda. Estos iban acumulándose con el forro de plástico sobre su mesilla de noche. ¿La razón? No estaba preparada para afrontar sus problemas.

Palabras, de nuevo, tuyas.

Era evidente que la que necesitaba ayuda y que le cantasen las cuarenta era la propia Shanghái, no Lea, que tenía un empleo estable, una paga mensual razonable, mucha ambición y las ideas claras sobre lo que quería hacer con su pelo. O con sus agujeros. Pero lamentablemente nada ni nadie podía quitarle la razón a su compañera de piso, que como toda buena «zorra con depresión» —así insistía en definirse, ahí Lea no entraba— no sabía cuidar de sí misma, pero en su lugar tenía ojo para ver lo que les pasaba a los demás y daba unos consejos de la leche.

—Pues no lo has conseguido. Hace falta algo más que un plátano, un vaso de yogur líquido y un paquetito de Froot Loops para hacerme sentir mal —declaró Lea—. Ha sido simple casualidad, ¿vale? Estos últimos días no he tenido ganas de comer. Hay un estudio científico que asegura que, cuanto más trabajas, menos hambre tienes. Entiendo que como tú llevas en paro desde que saliste de la universidad estás dispuesta a desvalijar la despensa a cualquier hora del día por puro aburrimiento, pero yo estoy siendo explotada y no tengo tiempo ni para quejarme. Menos para comerme tu... —Casi suspiró al desenvolver el sándwich— delicioso emparedado de atún.

Sacudió la cabeza antes de sucumbir y lo dejó de lado.

Shan la consideraba lo bastante honesta para suponer que decía la verdad. Y aunque mintiese, Shan no la contradiría porque estaba condicionada por un fuerte deseo de complacencia hacia el prójimo.

Dicho por ella, eh.

Shan suspiró y apoyó los brazos cruzados sobre el muro de metro y medio que separaba las oficinas.

—Si tan explotada estás siendo, ¿por qué no lo dejas?

—Ya hemos hablado de eso. Unas... diecisiete veces, creo. En las últimas veinticuatro horas, además.

—Sí, pero es que no te lo planteas de verdad. No quiero ser dura contigo, y no lo voy a ser: solo tienes que mirarte. Apenas hace veinticinco minutos desde que ha empezado la jornada y ya estás enterrada en trabajo. —Señaló el montón de manuales. «Ya, bueno, sobre eso...»—. Todo, ¿para qué? Te pagan una miseria comparada con las horas que pasas aquí...

—De hecho, me pagan más de lo que merezco... —«... para que pueda permitirme escribir novelas eróticas con mi jefe de protagonista en horario laboral».

—Pero no asciendes. —Ahí le dio donde dolía—. Vamos, Lea, ¿no lo ves? Te pagan bien porque saben que, si no lo hacen, te largarías, harta como estás de ser la que lleva el papeleo y los cafés. Ese tal Miranda te trata como si fueras su secretaria, no su abogada adjunta, y me parece un sacrilegio cuando te graduaste con honores mientras él aprobó por los pelos. Casi doblaste su nota en el BAR que, por cierto, fue penosa.

Lea frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Para empezar, yo lo sé todo; lo que se me escapa es porque me da igual. En segundo lugar, se te olvida que Internet está a mi servicio y soy la mejor *hacker* de toda Florida. Y tercero... No sé si entiendes la moraleja. Un tío mucho menos cualificado que tú y que llegó donde está porque su padre era el puto amo de la fiscalía te está subestimando.

Eso dolió todavía más. Si algo tenía Lea, porque todo eso de la belleza, talento, inteligencia y encanto no lo tocaba ni por casualidad, era ambición. Y, a veces, la ambición conseguía que pareciese inteligente y talentosa, lo suficiente para ser considerada entre aquellas cuatro paredes una empollona sin vida social que resolvería el caso más difícil sin necesidad de llegar a juicio.

No era suficiente para ella. Lea no solo quería ser «la lista» entre sus compañeros. Quería ser valiosa para los socios, para los mandamases del bufete. Y era cierto que trabajando para Jesse,

que le encargaba la jurisprudencia como a los ayudantes sin despacho y una vez se atrevió a pedirle que le concertara una cita con el peluquero, nunca conseguiría impresionar a Caleb Leighton.

Decía Caleb Leighton porque era quien estaba por allí esos días y porque era el socio gerente, el que lucía su apellido en el membrete y había perdido menos casos de todos los que trabajaban en la oficina. También porque fue el que le hizo la entrevista y le dio la oportunidad de emplearse con ellos, y por un motivo mucho más personal: ella quería ser Caleb Leighton. Se sentía identificada con su personalidad y su método de trabajo.

Claro que él no era el único que podía sugerir que le pusieran un despacho y encomendarle casos dignos de su formación. Leighton trabajaba codo con codo con Sandoval y Miranda, quienes tenían competencias similares. A Sandoval llegó a tenerla en el bote, pero esta se dio baja y perdió su oportunidad. Y Miranda insistía en tratarla como si en la universidad le hubieran enseñado a colorear sin salirse de los bordes. Solo Caleb Leighton le haría algún caso, porque igual que Jesse Miranda solo premiaba a las chicas guapas por ponerse faldas cortas, el gerente bonificaba a los que trabajaban duro.

—No estás siendo justa —se defendió Lea—. Miranda es un abogado increíble. Puede que sus notas no lo corroboren, pero la teoría y la práctica son dos cosas distintas, y él tiene superada la parte importante. Utiliza tu querido ordenador para husmear en su lista de casos y verás que tengo razón. Solo ha perdido los juicios que maneja ese tal Torres, el juez con el que tuvo una pelea hace seis años. Puedo aprender mucho de él —repuso. «Si le saliera de las narices enseñarme», estuvo a punto de añadir.

—Mira, entiendo que no quieras dejar el trabajo. Este sitio es la leche. Pero creo que no te están valorando como mereces. ¿Por qué no solicitas ser la adjunta de otro socio? El que te hizo la entrevista está buenísimo y parecía serio. Te alegras las vistas y encima dejas de ser la esclava personal de un tío con los huevos como camiones.

«Esa no es la descripción que yo habría hecho sobre sus huevos».

—Lo he pensado, pero Leighton odia a los asociados. Trabaja solo, y cuando necesita algo, se lo pide a un *junior* aleatorio. Además de que Miranda me necesita —declaró, sin ningún orgullo. Ojalá no fuera verdad, u ojalá la necesitara para otras cosas—. Sin mí no daría abasto.

—Santa Galilea de Francia, la mártir que todos los misóginos necesitan —pronunció, formando un letrero con las manos.

—¿Perdona?

—¿Me vas a decir que no es un misógino? La única explicación que yo veo para que no te dé trabajo decente es que eres una mujer y se siente amenazado por tu cerebro de *Megamind*. Te recluye en este cubículo firmando patentes y emancipaciones, documentos de los que podría encargarse mi gato, porque sabe que si te da un puesto de poder lo acabarías desbancando. Sé que eres muy humilde...

—No soy humilde. Sé que soy la mejor.

—Pues tienes una forma muy graciosa de demostrarlo, dejando que ese imbécil te menosprecie. Llevas trabajando para él un año y medio y sigues yendo a por sus cafés porque está demasiado ocupado siendo un guarro con todas las secretarias del bufete.

—Si bajaras la voz, te lo agradecería muchísimo.

—¿Es que no te da rabia? —exclamó por lo bajo—. Me la da hasta a mí, y no debería porque se supone que gracias a tu sueldo vivo bien.

—Pobre Shanghái, debe pasarlo muy mal viendo Netflix dieciséis horas al día.

—Oye. —Le apuntó con el dedo—. Puede que mi vida sea una mierda, pero lo es porque yo lo he elegido, así que no me puedo quejar. Tú no puedes decir lo mismo.

—Bueno, ¿y qué sugieres? —espetó Lea, agarrando la bolsa del almuerzo con un movimiento airado. La abrió y sacó el plátano—. ¿Que le ponga una denuncia? ¿Que me chive a Leighton? Es una buena persona, Shan.

—La gente buena hace las cosas mal, Galilea, y por eso merecen un escarmiento. Entra ahí. —Señaló la puerta de salida. Lea imaginó que se refería al despacho de Miranda. La mujer no tenía la culpa de haber suspendido el test de orientación espacial—. Entra ahí y dile que o empieza a tratarte como lo que eres, una jodida abogada, o te largas.

—Es muy pronto para enfadarme. Solo son las ocho de la mañana —señaló Lea, intentando mantener la calma. Peló la fruta con movimientos bruscos y le dio un mordisco con cara de pena. Hizo un puchero con la boca llena—. No quiero armar una escena.

—Pues púdrete afeitándole las bolas a tu jefe durante el resto de tu vida. Estás sacrificando tu tiempo de trabajo y también tu tiempo libre (porque te recuerdo que no te deja marcharte hasta que se cansa de que seas su esclava) por un empleo que no se corresponde con tus habilidades y, sobre todo, tus sueños. Tú sabrás lo que haces.

»Me voy, que he quedado con un tío para un rol de Harry Potter a las nueve. —Se ajustó la chaqueta, levantando el cuello y cubriéndose como si no hubiera veintidós grados allí fuera—. A lo que había venido: me da igual lo ocupada que estés. Más te vale no dejar de comer. La

comida es lo que hace soportable nuestra existencia, es un delito que renuncies a ella. Y no quiero un culo anoréxico en mi casa mientras pueda evitarlo.

—Primero: ni siquiera pagas la casa. Segundo: hablar tan a la ligera de anorexia es muy problemático.

—Hablar a la ligera de anorexia en Twitter es problemático —corrigió. Sacudió la mano a modo de despedida—. *Sayonara, baby*.

—*Terminator 2: Judgement Day* —pronunció una voz masculina.

La primera reacción de Lea fue abrazar con más fuerza sus manuales, masticar y tragar el trozo de fruta y procurar no ponerse nerviosa.

—«No, no, no, no. Debes escuchar como habla la gente. No puedes decir: “afirmativo”, o mierdas parecidas. Di “no *problemo*”. Y si alguien se acerca a ti con una actitud agresiva dile “cómemela”. Y si quieres quedar por encima de ellos, diles: “*Sayonara, baby*”» —citó el recién llegado—. Me extraña que esa parte de *Terminator* no sea un versículo de la Biblia, y lo dice un tío que no es especialmente fanático de Schwarzenegger. El *Conan bárbaro* de Jason Momoa me gustó bastante más, por ejemplo, aunque tal vez sea porque Rachel Nichols haciendo el papel protagonista femenino me anuló para el resto de mujeres del mundo. Menos para ti, porque os dais un aire, ahora que me fijo.

» ¿Me dices tu nombre o tu comando telefónico? ¿Ambos?

A Shan se le quedó la misma cara que a cualquier otra mujer frente a Jesse Miranda. Bueno, a decir verdad, Lea no perdió la respiración cuando lo vio por primera vez como a otras tantas. Le pareció un buitro de primera serie —por eso de ir buscando cualquier carroña— y el ejemplo de pesado unineuronal que no valoraba el humor inteligente, sino que se reía de una caída en público.

En esos días también lo pensaba, porque Jesse Miranda era justo eso. Un estúpido que dedicaba su vida a flirtear con descaro y valoraba todas las superficialidades del mundo. La diferencia con respecto al primer día era que su aspecto físico había ido calando poco a poco en ella y ahora incluso se atrevía a ponerle su nombre a los protagonistas masculinos de sus relatos.

De acuerdo, era posible que no solo le pusiera su nombre. Ni solo su apariencia. Quizá trasladaba al personaje completo. Pero porque le impresionaba que fuera posible que le pusiera la piel de gallina cuando le caía como una patada en el culo. Era la definición del amor-odio, solo que no lo odiaba tanto ni tampoco lo quería una pizca, solo era insoportable. Y necesitaba drenar su desprecio de alguna manera, como, por ejemplo, imaginándoselo, pidiéndole de rodillas que le dejase manosearla.

Sí, era la mejor forma.

Lea sonrió para sus adentros al reconocer en la cara de Shan que estaba pensando en lo mismo que ella pensó en su día.

—¿Sabes que ya no estamos en los noventa? —le soltó. Shan, no Lea, porque, por supuesto, no se había referido a la adjunta con su flirteo. Ella no era lo suficientemente guapa, ni llevaba unos *shorts* a medio cachete, así que no podía llamar su atención—. Pedir el número de alguien y abordarlo de esa manera está muy desfasado. Si quieres que tengamos algo, vas a tener que hablar conmigo al menos tres o cuatro veces antes de atreverte a hacerme un cumplido.

—¿Y esperar tanto para hacer un cumplido no está desfasado?

—Si no te ha servido esa razón, a ver qué tal esta: no me gustan los hombres guapos. El noventa por ciento de ellos lo hacen muy mal, el ochenta y tres no se baja al pílón y el setenta y ocho no espera a que te corras. Una muy mala inversión.

—¿De dónde salen esos porcentajes?

—Tú tampoco eres mucho más de un siete —prosiguió, ignorándolo—, o un siete coma cinco. Un siete setenta y cinco si te arreglaras el pelo o te hicieras una cresta del todo, pero sí lo bastante atractivo para entrar en la norma. Y a mí no me van los tíos que no me van a complacer, porque para hacerme daño ya tengo mis traumas infantiles.

»Por cierto... No sabía que «*Sayonara, baby*» era de *Terminator*. No veo películas de acción, son lo peor. Termina con un consejo sobre eso: mejórate del gusto.

Shan se dio la vuelta sin decir mucho más y se marchó, llevándose unas cuantas miradas curiosas por el camino.

—No sé si la quiero o la odio —determinó Jesse, con las manos en los bolsillos. «Suele pasar»—. ¿Es amiga tuya?

—Algo así.

—Pregúntale si ha visto *Bojack The Horseman*, porque parece un personaje sacado de la serie.

»En fin, venía a decirte que necesito un café de los míos. Ya sabes, vienes con toda la glucosa que sea necesaria para causarme un ataque al corazón sin alternativa de reanimación.

Lea parpadeó una vez.

—¿Y ya está?

—Sí. Hoy me tengo que encargar de un caso difícil, pero si me llega algo más apropiado para ti, te lo paso. —Dio un par de golpecitos con los nudillos sobre el borde del muro y se despidió sin mirarla otra vez—. No tardes, necesito mi dosis de azúcar con urgencia.

Lea abrió la boca para replicar. No para replicar, perdón: para nada. Las palabras la dejaban tirada cuando intentaba dirigirse a Jesse, convirtiéndola en una especie de tartamuda tímida con la que no se sentía en absoluto identificada. Lea era introvertida y callada porque valoraba el arte de la conversación, no vergonzosa, pero con él parecía todo lo contrario. Alguna que otra vez babeó de tanto boquear al buscar un término legal que solo recordó al salir del despacho. Y otras se puso tan roja que lamentó no llevar el pelo suelto para usarlo de cortinilla.

Gracias al cielo, a Jesse le importaba tan poco que no se dio cuenta de ninguna de las dos cosas. Nunca la miraba dos veces y, aunque era simpático, con ella solía serlo menos.

Aun así, no pudo resistirse a hacerle un escáner completo durante su paseo hacia la sala con su apellido.

Era por culpa de su trasero. Ahí se concentraba su necesidad de un logopeda. Si no estuviera tan bueno, no tendría que juntar los muslos cada vez que lo tenía delante. De nuevo incomprendible, porque solo de pensar que su aventura de toda la mañana sería conseguir un café vienés con su nombre garabateado en el vaso, le daban ganas de abofetearlo hasta dejarlo (más) lelo.

En fin, Lea no era ninguna mujer especial, y todas se habían vuelto locas alguna vez por el hombre que menos le hacía caso y encima la trataba con condescendencia.

«Si me llega algo más apropiado para ti... Será hijo de puta». Como si fuese apropiado que él atendiera denuncias por discriminaciones de género o tuviese derecho a defender a la parte femenina de un divorcio cuando era un salido de padre y muy señor mío que ni mientras trabajaba trataba a las mujeres como algo mejor que su producto de consumo. Ella se merecía la mayoría de sus casos. Sería profesional y concisa, no se enrollaría —en todos los sentidos de la palabra: hablando y con la clienta—, sino que iría directa al grano y los haría a todos felices.

«Algo más apropiado para ti».

—Cabrón de mierda —masculló. Dejó el plátano a un lado y apartó todos los manuales para abrir el portátil. Cerró el documento, llamado «Sin-título-1», y se tomó un segundo para respirar. Acabó devolviendo la vista a la cáscara amarillenta. Dios, era tan fea que ni siquiera podía llamar la atención de un cachondo con un plátano en la mano... Patético—. *Connard débile... Ça fait chier.*

Se levantó y alisó la falda de rayas hasta la rodilla.

No podía decirse que estuviera intentando que la mirase, porque su objetivo al ir a trabajar no era deslumbrar a nadie. Y aun así, lo conseguía, pero con quien no le interesaba: el bibliotecario que manejaba la jurisprudencia siempre encontraba un momento para abordarla con cumplidos que no había pedido.

Los hombres eran asquerosos.

Y era una pena, porque necesitaba uno con urgencia.

Estaba tan absorbida por su trabajo que no podía hacer vida social. En una ciudad que no conocía y teniendo una amiga —que encima no salía de casa a no ser que la arrastraran o tuviese una misión, como llevarle el almuerzo— no era muy tentador pedir horas libres. Pero seguía teniendo sus necesidades, y llevaba sin acostarse con alguien tanto tiempo que empezaba a desesperarse. Con su primer y único novio no salía de la cama. Pasar de la ninfomanía a la sequía le estaba afectando.

«El trabajo, Lea. El trabajo».

Pero no estaba motivada para obedecer ese día. Shan no había dicho ninguna mentira. Ella misma se sentía una esclava. Infravalorada. A veces se preguntaba si Jesse Miranda no se reiría de ella a sus espaldas.

Podía darlo por hecho. Algunas de sus compañeras le contaron que, cuando mencionaban su nombre, el jefe no dudaba en comentar lo eficiente que era, pero no precisamente en tono de alabanza. Había algo que le molestaba de ella, y no tenía ni idea de qué era. Siendo misógino e imbécil, tal vez tuviera que ver con su apariencia física. No sería el primero que la despreciaba por no ser lo bastante guapa, y podía comprender que desentonaba en un bufete que no tenía nada que envidiar al reparto de cualquier serie de Shonda Rhimes.

Lea procuraba no pensar en ello y centrarse en lo que hacía. Ya cuando llegaba a casa se permitía darle patadas a la cama o puñetazos a la pared, o ahogar sus penas en comida basura, la causante de que pesara diez kilos más de lo que recomendaba su Índice de Masa Corporal. Pero ese día era distinto, porque le habían dicho cuatro verdades a la cara que se le hacían muy difíciles de soportar.

Decidió que sería buena idea probar algo diferente, y con «algo diferente» se refería a darle un toque de atención a su jefe. Él la necesitaba, estaba convencida. Si le pedía un aumento o un puesto de mayor responsabilidad se lo daría. Le había ayudado a ganar casos importantes y tenía el respeto de todos, se conocía el bufete al dedillo y era muy cuidadosa.

No veía por qué se negaría a su petición.

Capítulo 2

No me toques las faldas que me conozco

Lea dejó la cafetería a mano derecha y cruzó el pasillo sobre sus mocasines color borgoña. A lo mejor le molestaba eso de ella, que no llevaba tacones.

Pues no pensaba disculparse por ir cómoda a trabajar diez horas seguidas. Una debía hacer todo lo posible por sobrevivir.

Se detuvo delante de la puerta. Era transparente mientras no corriesen las cortinas: el único despacho que estaba cerrado a miradas curiosas era el de Leighton, y Miranda había mandado colocar esas tupidas telas estilo telón de teatro seguramente para poder tirarse a las secretarias a gusto sin que le interrumpiesen.

Tocó un par de veces.

«Jesse Miranda. Socio minoritario».

Formaba parte del grupo, pero no era tan importante. Y joder, ella quería ser importante. Ella aspiraba a trabajar para Leighton o para Sandoval, no para un tío que se cortaba las uñas encima de una demanda judicial.

Entró sin que le hiciera ninguna señal y avanzó muy segura de sí misma cuando no se sentía así para nada.

El despacho era algo... curioso. El de Leighton era minimalista, reducido a sus necesidades y muy pequeño para lo que era un jefe; el de Aiko Sandoval, mucho más amplio y femenino, aunque sin que la decoración resultara agobiante. El despacho de Jesse, en cambio, parecía la habitación de un adolescente. No era de extrañar que recibiera a los clientes en la sala de reuniones en lugar de allí, donde el póster a escala real del desnudo de Brigitte Bardot y el *rock* a todo volumen podrían restarle profesionalidad.

—He pensado que el café podría ser invisible, pero si lo fuera, lo habrías derramado por toda la alfombra debido a la posición de tu brazo. Los británicos suelen sostener las tazas así. —Hizo un gesto—. Se puede levantar el meñique para darle un aire aristocrático, pero, en general, no llevas los brazos en vertical cuando le traes a tu jefe una taza a rebosar.

«Gilipollas».

Hizo un gesto elocuente con las cejas y medio sonrió.

«Gilipollas muy *sexy*».

—Ahora iré a por él —dijo sin mucha convicción—. La verdad es que antes necesitaba hablar con usted sobre algo.

—No sé si tengo la capacidad de hablar sin azúcar en el cuerpo.

—Dada su facilidad de palabra y basándome en la experiencia, yo diría que no necesita ni siquiera oxígeno para hablar.

—¿Estás diciendo que soy un portento, Galia?

—Solo del arte de la conversación, porque la memoria la tiene un poco atrofiada. No me llamo «Galia».

—Pero eres francesa.

—Y usted es americano, y creo que no se llama como la antigua colonia inglesa —replicó, impacientándose—. Me da igual que no se sepa mi nombre, imagino que debe ser difícil retener información en un espacio de almacenamiento tan pequeño. Solo quería a solicitar un cambio.

—No me cabe duda de que necesitas un cambio, Galia. El corte de esa falda no es nada favorecedor.

—A usted tampoco le favorece comentar la longitud de mi falda cuando, como abogado, defiende casos de discriminaciones por género.

—No estaba hablando de longitud, y ni mucho menos insinuando que fuera corta, que es lo machista. Su equivalente espiritual debe ser el promedio de vida de las ballenas de Groenlandia, que si no recuerdo mal es de 211 años. ¿Tu falda no mide 211 centímetros? —Ladeó la cabeza—. Ya digo que ese no es el adjetivo que utilizaba. Simplemente es fea.

Lea desenchajó la mandíbula.

—¿Le ha hecho algo mi falda para que esté haciéndole *bullying*?

—¿Yo, haciendo *bullying*? —Hizo una mueca inocente—. Ella es la única *bully* aquí.

—Señor Miranda, no hablaba de un cambio de imagen. Hablaba de un cambio de jefe.

—Dudo bastante que Leighton quiera dejar de serlo. Parece muy humilde, tan callado y responsable, pero sería capaz de apuñalar a tu madre con un abrecartas si se te ocurriese arrebatarte el puesto.

¿Le estaba jodiendo?

—Creo que no nos estamos entendiendo.

—Partiendo de que no entiendo a las mujeres, esa me parece una afirmación muy correcta. Empecemos de nuevo: hola, Galilea Leone Velour. ¿Puedo hacer algo por su espantosa falda?

Lo dijo con un tono que Lea estuvo a punto de echarse a reír, todo en contra de su voluntad. No le estaba vacilando, no pretendía mosquearla; tal vez esa fuera su forma de ser... lo que, por supuesto, no iba a justificar que estuviese atacando la autoestima de sus prendas de ropa. Ella podía no tener sentimientos, pero aquella falda lo había aguantado más de lo que podía imaginar, encajada en una silla incómoda durante diez horas diarias.

«Puedes bajarla por mis piernas. A lo mejor ves algo que te gusta debajo, quién sabe».

«Espera. ¿Ha dicho mi nombre completo? ¿Y lo ha dicho bien?».

Hijo de puta. Estaba jugando.

—Para empezar, podría dejar de referirse a ella con ese tono tan desagradable —repuso, mirándolo fijamente—. Puede que sea de fibra elástica, capaz de soportarlo todo, pero hay algo de algodón en ella y le aseguro que le afectan las críticas destructivas. Lo segundo que tl agradecería es que pare de tratarla como a una minifalda. No tiene nada en contra de las minis, de hecho, seguro que dentro de sus problemas de autoestima figura el deseo de ser como ellas, pero las minis no han obtenido matrícula de honor después de una carrera de cuatro años más especialización: por eso trabajan cogiendo teléfonos, llevando cafés y siendo bonitas para que puedan mirarlas por detrás. Esta falda está hecha para algo más que eso.

Jesse escuchaba con los dedos entrelazados bajo la barbilla, encantado.

—A ver si lo he entendido... Su falda tiene un problema de superioridad muy grave.

—Al contrario: están acomplejando a mi falda, haciéndola sentir inferior.

—Porque como tiene más tela, merece más respeto.

—No. Hablo de las habilidades como abogada de mi falda; las minis no las tienen. Podrían tenerlas y entonces estarían en el derecho de vestir prendas espantosas que ofenderían a un pelirrojo obsesionado con Brigitte Bardot, igual que de seguir siendo minis, pero como no es así, no les queda otra que seguir la estricta norma de etiqueta que se les impone: ser guapas para trabajar como secretarias.

—Dígale a su falda que las minis son así porque les gusta, y no porque los pelirrojos con buen gusto les pidan que enseñen las piernas. Y que no necesita ser fea para que la respeten. El talento no va ligado con apariencia.

—Dijo el caballero que ascendió a Iana Nelson cuando se equivocó expidiendo un cheque quitando un cero y casi provoca que condenen a un tipo a la inyección letal.

—No fue la inyección letal, era una cadena perpetua. Iana se lo ganó demostrando que se aprende de los errores. No promociono a gente perfecta, promociono a gente que sabe escalar, crece y, por supuesto, es ambiciosa. Aquellos que se conforman con lo que tienen y no piden respeto se quedarán donde están para siempre.

—Pensaba que el respeto no había que pedirlo, sino que, como derecho, está prohibido negarlo.

—Déjeme reformular. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Si quiere mayor responsabilidad, demuestre que está a la altura. Cumplir con su deber es ser eficiente y hacer lo que debe hacer no merece ningún aplauso. Si lo haces todo bien, eres un nueve. Si lo haces todo bien, haces un esfuerzo extra y demuestras interés, es cuando te conviertes en un diez.

—*Enculé* —masculló por lo bajo—. ¿Cuál es el esfuerzo extra? Porque hago mi trabajo, el suyo, cuido de sus niveles de azúcar en sangre y atiendo a su sobrino cuando está demasiado ocupado para preguntarle qué tal fue el partido de *basket*. El único esfuerzo extra que podría ofrecerle sería el de me *baisser et suce te robinet*.*

Jesse levantó las cejas.

—Va a tener que hablarme en castellano. O en inglés.

—¿Qué tengo que hacer para que me encargue los proyectos que merezco? —preguntó en su lugar—. Porque si no va a dármelos, acabaré solicitando un cambio. No me importa ser la adjunta de cualquier abogado de segunda o terminar en un bufete de abogados sin cortinas. Y no creo que le guste que me vaya, porque sé muy bien que no sabe ni encender la cafetera. Sin mí le comería la mierda, señor Miranda.

—Debería despedirla por ese atrevimiento —comentó alegremente.

Lea suspiró y decidió ir al grano.

—¿Por qué me da tareas que podría bordar un imbécil?

—Porque las soporta sin una mala cara y, con ello, asumo que no aspira a mucho más. Puede que no las pusiera porque, ante todo es educada; me está tratando de usted cuando no te sacaré ni tres años y superamos la cortesía distante en el momento en que mi sobrino decidió quererla más a usted que a mí, pero no puede culparme por ser un idiota con un espacio de almacenamiento demasiado pequeño y no leer entre líneas —respondió con brío.

Lea parpadeó una vez.

¿Estaba siendo irónico?

—De todos modos, la he estado observando. ¿Crees que no? No quiero que su falda se eche a llorar por mi falta de tacto, pero es difícil esconderse de algo tan espeluznante. Lecciones de moda aparte, he llegado a la conclusión de que no está preparada para ser abogada, y no porque le falten conocimientos. Shanghái y yo tenemos muy presente que está más cualificada que yo, el hijo del fiscal «puto amo». —Y sonrió como un capullo—. El problema tiene que ver con que práctica y teoría son cosas muy distintas y, aunque sea un sobresaliente en una, la otra la lleva mal.

»Dime: ¿está preparada para defender a un cliente en juicio? ¿Tiene esa determinación? Porque hasta ahora no lo ha estado para defenderse a sí misma. Piénselo.

Lea se dio cuenta de que todo lo que se decía sobre los hermanos Miranda era cierto. Podían llevarse cualquier cosa a su terreno, tergiversarla y ponerla a su favor. Y todo sin ni siquiera dejar el cortaúñas a un lado o quitarle voz a un grupo de *rock* que no dejaba de gritar desde los altavoces.

—Está muy acostumbrado a ganar. Lo entiendo. Pero es bastante fácil cuando uno escucha conversaciones ajenas y mete pullas para hacer sentir mal al otro.

—¿Parece hacer sentir mal al otro? No te ofendas, Lisa Simpson, pero esto era entre su falda y yo. Nunca me ha gustado que las señoras de edad vengan a sermonearme.

—Entonces ha sido mi culpa por venir a pedir respeto al actor secundario Bob; el principal y protagonista de esta película no deja de ser Caleb Leighton.

Jesse sonrió, cada vez más entretenido.

—Si intentaba romperme el corazón recordándome que soy prescindible, no tiene de lo que preocuparse. Soy bastante humilde y no le quitaría el puesto a un buen amigo. Y descuide, no hace falta que vaya con el mensaje. Está muy al tanto de cómo me las gasto, y sabe tan bien como yo, y ahora usted, que llevo mucho tiempo esperando que me monte una escena. Así que... Sí, estoy acostumbrado a ganar. Esto iba a ser una victoria se pusiera como se pusiese mientras demostrara tener lo que hay que tener para exigir lo que merece.

Lea no supo qué decir. Lo interpretó como una broma y esperó a que se riese, pero cuando lo vio sacar del cajón un archivador hasta arriba de casos en observación comprendió que de verdad tenía todo preparado.

—Ahí tiene. Trabajo de abogada de verdad. Como su mentor, le daré tres consejos.

Se levantó con tranquilidad y rodeó la mesa. Apoyó las caderas en el borde, justo delante de ella, que no supo qué hacer o decir. Nunca había estado tan cerca, y olía...

Qué bien olía, por Dios.

—Primero: no se crea demasiado lista. Nadie es demasiado listo. —Sus ojos amarillos vibraron. Aquel tipo no contenía la emoción, y siempre estaba emocionado—. Segundo: nunca se deje el interfono encendido si no quiere que un cotilla como yo se entere de sus conversaciones. Hoy he sido yo el protagonista, pero si la oigo criticar a alguien que me importe más, como por ejemplo a Ronnie de la limpieza, se la cargaré. Y tercero... —Bajó la vista a la falda. El estómago le dio un vuelco—. No la utilice como portavoz de sus quejas. Merece un trato digno.

—¿Y quién está dispuesto a dárselo? —Dudó un poco cuando Jesse alzó la vista, esperando una contestación ingeniosa. Le cosquilleó el bajo vientre, como si la miel derretida de sus ojos hubiera ido a parar allí dentro y se deslizara lenta y cadenciosamente entre sus piernas—. Porque... porque es evidente que usted no.

Jesse sonrió como les sonreía a las otras chicas: a las secretarias de la minifalda.

Se le fundió el cerebro. Su inteligencia, entre otras cosas, se ahogó en un charco de hormonas.

—Claro que no. Yo no puedo ser amigo de las faldas; soy su secuestrador.

—Pobrecitas, seguro que luego sufren síndrome de Estocolmo.

Él se rio.

—Eso nunca lo sabré, se quedan mudas de asombro cuando me acerco. La suya es la única con la que he hablado. Tal vez con ella pueda hacer una excepción y entablar una bonita amistad.

—No es buena idea. Se llevarían muy mal porque no tienen nada en común.

Jesse apoyó las manos sobre el borde de la mesa y se echó un poco hacia atrás, lanzando una mirada soñadora al techo.

—Sí, bajo mi punto de vista necesita unos azotes para espabilar... Pero no seré yo quien se los dé. Estoy en contra del acoso laboral, y del maltrato más aún. Aunque serían unos azotes amigables. —Acotó, mirándola con los ojos entornados.

«Fiesta de la *friendzone*».

—Por desgracia, no sueña con azotes de ninguna clase, pero se alegra de que muestre usted interés en ella siendo tan horrible. Está un paso más cerca de darse cuenta de que la belleza está en el interior, señor Miranda.

Jesse soltó una carcajada ronca.

—No dudo que su falda sea encantadora cuando se encuera al llegar a la casa —comentó con la sonrisa torcida.

Lea se humedeció los labios y casi suspiró.

«*Cet homme...*».

Se apartó de ella como si supiese en qué estaba pensando y quisiera evitarlo y volvió a tirarse sobre la silla del escritorio. Entrelazó los dedos en la nuca y le señaló la salida con un movimiento de cabeza.

—Sigo queriendo mi café vienés. No tarde.

»Ah, y haga el favor de no hacer sufrir a su amiga. Dígale que se ha comido el plátano entero.

Capítulo 3

Siempre nos quedará el voyeurismo

Lo primero en lo que Lea pensó al fichar en el recibidor fue que Jesse se habría olvidado de la conversación del día anterior y no tendría ningún caso del que encargarse cuando cuadrara el trasero en la silla del infierno. Fue una satisfactoria sorpresa que no solo hubiera cumplido con lo que prometió, sino que se hubiese tomado la molestia de dejarle la información sobre la mesa.

Bueno, eso lo agradecía a medias. A fin de cuentas, una parte de ella —la que se moría por un acercamiento más íntimo— disfrutaba yendo y viniendo según sus caprichos, y eso significaba que no lo vería en todo el día.

Error. Sí que lo vería. Porque lo que pensó antes de separar las anillas del archivador fue que Jesse le habría adjudicado la clase de caso para idiotas que podía resolverse por sí mismo. Y eso habría estado bien. Lea no había aspirado a más cuando era el pelirrojo quien debía darle

dispuesto a concederte cinco más si completas la siguiente oración: «No existen preguntas sin respuesta...».

—«... solo preguntas mal formuladas» —concluyó—. ¿Quién no ha visto *Matrix*? Voy para allá.

Lea colgó, nerviosa, y se tomó un segundo para respirar.

¿Qué había sido eso? ¿Pasaba olímpicamente de ella salvo para hacer comentarios estúpidos sin molestarse en esperar respuesta, y ahora, como por arte de magia, la animaba a completar sus frases? Habría jurado que la odiaba o que se moría de ganas de que hiciese algo mal para buscarse otra adjunta. Y no, parecía que lo único que siempre quiso fue que... ¿se plantara en su despacho y le dijera cuatro verdades? ¿No se suponía que los hombres odiaban que les quitaran la razón? Bueno, aquel no debía ser uno normal. Tendría que haberlo imaginado cuando se plantó frente a su escritorio la primera vez y vio que tenía dos portafotos con imágenes de su perro.

¿Quién enmarcaba las fotos de su perro en solitario?

En su defensa diría que era un perro precioso.

Como el cien por ciento de los perros, tampoco era una gran victoria.

Se levantó con el archivador a cuestas y entró sin tocar a la puerta, sin prepararse mentalmente para su aspecto de caballero de los veinte y sin pasarse el pulgar húmedo por las cejas. No es como si ahora fuera a darse cuenta de que se las depilaba de maravilla porque supiera tres cosas básicas de cine, pero haría falta ser algo descuidado para no querer estar presentable delante de un dios pelirrojo.

Jesse estaba sentado mirando una libreta sin anillas cuando la vio. Bajó el cuaderno de su interés, permitiéndole apreciar que no era ni más ni menos que un crucigrama.

Lea frunció el ceño automáticamente.

¿Tenía tiempo para hacer el estúpido con juegos mentales?

Lea alzó la carpeta y la señaló.

—¿No te gusta el gris? —probó Jesse—. Lo elegí pensando en que iría a juego con tu falda.

—El color de la carpeta no es lo que me desagrada, sino el caso.

—¿No está a la altura de tus competencias?

—¿Cómo? ¡Claro que sí! —exclamó—. Ese es justo el problema, señor Miranda...

—Tengo treinta y cinco años y me compro ropa interior a diario en lugar de lavarla porque me aterroriza la lavadora: el trato de señor está de más. Llámame Jesse.

Lea estuvo a punto de negar con la cabeza, pero decidió que no tenía sentido preguntarle a qué se debía ese cambio de actitud. Llevaba llamándole «señor Miranda» casi dos años y no se había quejado.

—Muy bien, Jesse. Me has encomendado un caso demasiado bueno —resumió. Total, los discursos los ponía él: a ella le gustaba ir al grano—. Pedí un poco de reconocimiento y que dejaras de tratarme como a tu secretaria..., y de paso, me dices independencia, no que me cargaras un muerto.

—Yo que tú no llamaría así al señor Robbie Bennett en persona. No tiene sentido del humor.

Lea lo miró sin entender.

—¿De verdad quieres que me haga cargo de esto? Estamos hablando de una demanda colectiva a una sociedad privada por despido masivo. Cherry's ficha millones al año. Es la empresa de dulces más importante de Florida.

—¿Entiendes ahora por qué te lo mando a ti? Cherry's tiene valor sentimental para mí, no puedo hacerme cargo de una denuncia contra ellos sin sentir que se me parte el corazón. Además de no identificarme con la causa, estaría siendo un traidor porque compro a diario caramelos de la marca. Y no me gusta que mi cliente se sienta traicionado.

—Así que de eso va ser socio minoritario. Poder rechazar los casos según tu conveniencia. —Dejó la carpeta sobre la mesa y la miró con los labios fruncidos—. No puedo ganar algo así. Jamás he negociado, y en el caso de llegar a juicio, no lo haría bien porque jamás he hablado en el estrado. Ni siquiera en la universidad —añadió, viendo venir la pregunta de Jesse—. Conseguía librarme de esas prácticas a cambio de hacerle los deberes a los que se les daba mal la teoría.

—Resumidamente, no estás a la altura de lo que pediste.

Lea hizo una mueca.

—Claro que lo estoy. Estoy cualificada para cualquier trabajo, pero creo que debería empezar por algo menos exigente para aumentar la probabilidad de éxito. Todo lo que merece la pena se construye poco a poco. Sobrecargarse desde el principio al final es contraproducente.

—Estás poniéndole palabras bonitas al hecho de que no te ves lo bastante buena para manejar el caso de Cherry's —insistió Jesse— cuando ayer dijiste que eras la mejor.

—Yo nunca dije eso.

—Se lo dijiste a Shanghai y yo lo oí porque me gusta pinchar teléfonos. ¿En qué eras la mejor si no te referías a tu trabajo como abogada?

—¿De verdad me lo preguntas? Soy la mejor buscando jurisprudencia a gas y resolviendo la mayoría de tus casos en la sombra. Y escribiendo tu nombre en el café. No puedes pedirme que sea la mejor abogada cuando nunca he dado la cara y se me da mal el público. Pensaba que me asignarías algún desahucio, alguna discriminación por género o el robo de una patente, no tener que hacerme cargo de más de veinte denunciantes.

—Y yo pensando que agradecerías un reto que te pusiera a funcionar como abogada.

—Lo agradecería si pudiera considerarme abogada, pero no me has enseñado a serlo. Puedo contar con los dedos de una mano cuántas veces me has llevado a mirar juicios y cierres de acuerdos: tres. Tres en año y medio, mes arriba, mes abajo. ¿Y ahora quieres que hunda a Cherry's? Llego a saber que te reírías de mí al pedirte que me ascendieras y no digo nada.

—No necesito a nadie para reírme, puedes estar tranquila por esa parte. Solo quería asegurarme de que eres lo bastante humilde para asumir que no sabrías por dónde empezar con esto. En realidad, no es un reto, sino un suicidio. Lo es incluso para mí. Por eso necesitaré refuerzos —aclaró, poniéndose de pie. Empujó la carpeta con los dedos y le dedicó una mirada elocuente—. Te quejas de que te trato como mi secretaria... Pues ahora eres mi adjunta. Vendrás conmigo a entrevistas, a conocer al representante de los clientes y te daré la palabra si llegamos a juicio. ¿Estás de acuerdo con eso?

Lea asentía conforme iba procesando su contestación.

Un caso como ese tardaría meses en darse por zanjado si la empresa y los trabajadores no llegaban a un acuerdo antes, y por lo que había podido apreciar hojeando la información, ninguna de las dos partes pensaba ceder. Lo que se traducía en meses de experiencia, agobiada y estresada, sin poder dormir porque no dejaría de pensar en la defensa... Justo lo que necesitaba para sentirse viva y útil. Y no solo eso, sino que Jesse iba a ser por fin su mentor. Estarían todo el día pegados.

Mierda, no, eso no era bueno. Lea no podía concentrarse del todo cuando él andaba cerca, y no sabía si eso sería un reto para su intelecto o una caída cuesta abajo y sin frenos. No dudaba que podría conseguirlo si estuviera en otra situación, pero en las últimas semanas solo pensaba en sacar el ordenador y escribir sobre todas las cosas que quería que su jefe hiciera con ella.

Así no podría hacerlo. No lo conseguiría.

Pero no expresó sus preocupaciones. Se quedó allí, quieta, dándole las gracias y repasando los tirantes que mantenían el pantalón de Jesse en su sitio. No llevaba cinturón, igual que no vestía chaqueta ni nada más que una camisa blanca y su acostumbrada sonrisa de niño malo.

—¿Estás lista para ser mi Robin?

—Si fueras un superhéroe, el último al que te asociaría sería Batman. ¿Qué tal... la Viuda Negra? ¿O Poison Ivy?

—¿Por ser pelirrojo? El color de pelo es lo de menos, Galilea, y tú lo sabes mejor que nadie. Mira cómo lo tienes, enjaulado todo el día, sometido a tu rígido y autoimpuesto código.

—Ayer la falda y hoy mi pelo. Estoy impaciente por descubrir qué será motivo de tus quejas mañana.

—¿Quieres un avance? Las medias. Dejaron de llevarse con costuras en los años cuarenta.

—Habló el hombre de los tirantes.

—Yo soy Thomas Shelby, y no te conviene jugar conmigo.

—De acuerdo, ¿alguna orden de los *Peaky Blinders* o me puedo volver a mi cubículo?

Jesse soltó una potente y contagiosa carcajada. Apoyó los dedos en la mesa y se balanceó hacia delante. Los músculos de sus antebrazos sostuvieron todo el peso, palpitando.

—Escanea los motivos de nuestros clientes y envíamelo por correo. «Que la fuerza te acompañe» —añadió en tono solemne.

Lea chasqueó la lengua.

—La *Guerra de las Galaxias* no es mi favorita, aunque... «Lo haré o no lo haré, pero no lo intentaré».

—¿Quieres un aumento? —propuso Jesse.

Lea se echó a reír y salió de allí antes de que los mirones de fuera empezaran a pensar que estaban flirteando. Técnicamente imposible, porque todos estaban al tanto de que Jesse ignoraba a Lea. Se plantó de nuevo en su cubículo del infierno, donde cumplió con su parte habitual rompiendo el récord de maldiciones hacia la silla del diablo.

Ahora era la adjunta oficial de Jesse Miranda. No era para tanto; se suponía que llevaba siéndolo desde su entrada en el bufete y tampoco podía fiarse demasiado de un hombre que se olvidaba de sus citas con el médico —las del veterinario no, curioso cuando menos—, pero no le iba a hacer daño ilusionarse, ¿verdad? Si resolvía aquel caso con éxito y demostraba que podía manejar al cliente, ya podría empezar a trabajar de manera independiente. Y desde ahí

ganaría experiencia y una cartera de contactos suficiente para irse de Leighton Abogados y levantar su propio bufete. Pensaba seguir los pasos de Caleb y hacerlo antes de los cuarenta, ser ese cerebritito campeón que se hacía famoso en toda la ciudad por haber alcanzado el éxito en menos tiempo.

Mientras fantaseaba con su proyecto futuro, escaneó el documento. Lo guardó en el escritorio sin ponerle título y se apresuró a abrir el correo para mandárselo antes de que se distrajera con alguna mosca traicionera. Era sorprendente que Jesse Miranda fuese abogado cuando parecía un crío friki con déficit de atención, y que hubiera alguien interesado en que le defendiera cuando todos los *Funko Pop!* de los personajes de *Juego de Tronos* decoraban su estantería.

Adjuntó el documento «Sin-título-1» y envió después de teclear un comentario profesional.

Una cosa era que tuviera fantasías con él. Eso era lógico: después de tantas novelas de líos entre jefe y secretaria parecía una obligación querer tirarse a la cúspide de la pirámide jerárquica si tenía menos de cincuenta años. Pero de ahí a coquetear con él o seguirle el juego había un trecho. Y no, no era nada malo echarse unas risas con los compañeros de trabajo. El problema era que Lea no acostumbraba a reírse con nadie, así que cuando lo hacía debía encargarse de llevar en el bolso el mando teledirigido con el botón «autodestrucción», por si la cosa se ponía fea, y siempre se ponía fea. No fallaba: se pillaba de cualquier tipo que le sacara una sonrisa. Por eso y por su larga sequía sexual había llegado a pensar que le ponía Shanghái. Gracias al cielo, sabía qué cara tenía cuando acababa de levantarse, y no era por ser mezquina, pero seguir queriendo a Shan a las siete de la mañana era más difícil que bautizar a un gato.

Cerró la página de Hotmail —¿por qué lo habrían llamado «correo caliente»? ¿Es que nadie pensaba en los niños? ¿O es que ella estaba muy salida?— y fue a borrar el documento del escritorio. Frunció el ceño al ver dos con un nombre similar y los abrió.

Uno de ellos era la exposición de los hechos del representante.

Otro era...

—*Merde*—masculló, abriendo los ojos de golpe—. *Merde, merde, merde...*

Se levantó sin saber muy bien por qué y revisó a toda pastilla que había enviado a Jesse lo que esperaba y no una descripción tórrida de cuánto le apasionaban sus glúteos. Para sí misma recitó alfabéticamente todas las palabras malsonantes que conocía, ya en blanco al abrir el documento adjuntado.

«Voy a follarte», decía Jesse ficticio.

«Voy a matarme», pensó la Lea real.

—No puede ser —musitó, mirando la pantalla—. Dime que no es verdad. *Je t'en prie...*
Joder.

Levantó la cabeza del desastre a tiempo para ver pasar a un grupo de recién graduados que miraba alrededor como si no hubiesen visto un pasillo en su vida. Lea reconoció sus identificaciones: los aspirantes a *junior*. Torció la cabeza hacia el despacho de Jesse. Lo cazó animando a pasar a un chico alto y desgarrado. Entornó los ojos y se aseguró de que el portátil estaba cerrado: lo estaba.

No había visto el *e-mail* aún y, si ella podía evitarlo, nunca llegaría a verlo.

Lea salió del cubículo pensando en toda clase de excusas. ¿Con qué pretexto se llevaba su MacBook Air, es decir, su posesión más preciada, y cotilleaba su correo para borrar el relato erótico? Tal vez le dijese que quería comprarse uno y necesitaba trastear para ver cómo funcionaba el procesador o el sistema operativo de Apple. O podía tirarlo al suelo sin querer, saltar sobre la tapa también sin querer, hacerle un placaje con codo de por medio, caérsele una cerilla encendida... ¿Y si le pedía educadamente que borrara el documento porque se había equivocado? Conociendo su naturaleza curiosa, eso solo le daría más motivos para leerlo. ¿Y si le echaba la culpa a alguien? «Mira lo que he encontrado, Jesse: Julie se masturba pensando en ti». Sí, claro, y en ficción se llamaba Lea. Qué casualidad.

«En realidad, Julie fantasea con nosotros haciendo el delicioso. ¿Qué te parece? Una locura, ¿eh...? Qué poca profesionalidad...».

Por Dios, ¿en qué estaba pensando? ¿Cómo iba a cargar a Julie con el marrón? Sería más fácil que cargarlo ella, eso desde luego. Y no dudaría en echarle la culpa si estuviera segura de que fuese a funcionar. Total, Jesse no despediría a Julie por eso. Era muy comprensivo. Tanto que tal vez se la tirase. A Julie, no a ella. Una chica guapa y estilosa escribiendo novela erótica era un *show*. Ahora... ¿Ella escribiendo novela erótica? La mandaría a la esquina de pensar para arrepentirse mientras le tiraban tomates.

Entre tanto desvarío, se le encendió la bombilla. No podía usar a Julie ni tampoco pedirle ayuda a nadie que conociera: no soportaría las miradas de «perra desesperada» ni que metiesen vibradores en el cajón de su escritorio. No le hacían ninguna gracia ese tipo de bromitas. Pero si pidiera auxilio a alguien a quien no conocía y tuviese pinta de ser rechazado en el bufete sería como si nadie en el trabajo hubiera conocido su secreto.

Lea hizo un barrido panorámico, ubicando a los futuros *juniors* sentados en los sofás frente al despacho. Solo de pensar en acercarse a uno de ellos y pedirle que mandase el portátil de Jesse al suelo se moría de la vergüenza, pero dudaba de que alguno pusiera el grito en el cielo cuando estaba dispuesta a ofrecer su pago mensual. Aún llevaba el cheque encima.

¿Cómo pagaría el alquiler después?

No lo sabía.

Dios, aquellos chavales tenían cara de estar deseando entrar. De haber soñado con ese momento toda su vida. A un lado el pensamiento de que se llevarían un chasco, Lea se dijo que era una mala idea, que no tenía ni pies ni cabeza y que no estaba preparada para destrozarse la carrera de un aspirante haciéndole eso. Tal vez no hiciese falta romper el ordenador, de acuerdo, pero sí husmear en el correo de Jesse y si el susodicho acababa siendo cazado... Todo se iría al carajo igual.

Por eso debía elegir una cara bonita. Una chica atractiva a la que Jesse podría perdonarle cualquier cosa. No era muy difícil en ese sentido. Aunque tampoco podía ser demasiado guapa, porque entonces Jesse se quedaría deslumbrado y no se apartaría de ella para que hiciese su trabajo.

«¿En qué estás pensando? ¿De verdad crees que alguien hará eso por ti?», se regañó. Pensó en olvidarlo, pero al ver que Jesse pasaba los dedos por la manzana de Apple por poco escupió el corazón.

Nada sería peor que eso. Si descubría lo que le gustaba escribir, estaría perdida.

No lo pensó más y se acercó a la única mujer guapa no muy interesada en mirar con ojos brillantes el nombre de la puerta.

—Disculpa. —Ella levantó la mirada de sus uñas con palpable desinterés—. Hola, soy Galilea Velour. Trabajo aquí como asociada, y el señor Miranda me eligió para ser su... abogada auxiliar. Sé que esto va a sonar raro —continuó, bajando la voz. Se aseguró de que no la oían los demás—, pero necesito ayuda urgente. Es una cuestión de vida o muerte.

La chica entornó sus increíbles ojos azules. Ahora que se fijaba tenía rasgos orientales: debía tener padre o madre asiático, o por lo menos un abuelo o abuela. Era curioso cómo era todo artefacto —no sabía si llevaba lentillas, pero el pelo lo tenía teñido de rojo, se había maquillado a conciencia y llevaba una de esas uñas encapsuladas que costaban un ojo de la cara— y aun así parecía naturalmente guapa.

—Primero: ¿quién vive y quién muere? Porque no me importaría que muriese alguna gente de por aquí. Segundo: ¿es una especie de prueba para los aspirantes o hay alguna cámara oculta? Porque las cámaras me hacen gorda y odio las sorpresas. Y tercero: todo lo que suena raro me encanta, así que dalo por hecho. ¿Qué necesitas?

Lea evitó las dos primeras preguntas porque acababa de conseguir lo que quería. Bueno, estaba un paso más cerca, eso ya era algo... y Jesse seguía tonteando con la tapa del portátil, como si supiera que estaba sufriendo y quisiera atormentarla.

«No, no, no...».

—He enviado el documento equivocado a mi jefe y el contenido podría herir su sensibilidad.

Ella levantó las cejas. Eran unas buenas cejas. Lea se fijaba en esas cosas: las mujeres con las cejas bien depiladas eran de fiar.

—¿Era una captura de pantalla de vuestra conversación? Porque me ha pasado muchas veces. Pregúntale si le gusta tu fondo de pantalla y ya está. ¿O estabas insultándolo?

—Es un *e-mail*. Me equivoqué adjuntando el Word y... ahora... —Lea se mordió el labio, ignorando el «¿qué era?» explícito en la mirada de la desconocida—. Es algo terrible. Ni siquiera me atrevo a decirlo.

—Está bien, está bien. Respeto tu privacidad. Está en el correo de Jesse, supongo. Y has venido porque, como va a hacerme una entrevista, a lo mejor puedo distraerlo e incluso borrar el correo. ¿Es eso? Porque no creo que funcione. El ordenador tendrá contraseña.

Lea se dio una palmada en la frente mental. ¿Cómo no había pensado en algo tan básico? Y el correo tendría otra. Estaba segura de que su contraseña sería el nombre de su perro y una serie numérica, probablemente los doscientos quince puntos que anotó Jonah Lomu durante su temporada de juego en los All Blacks de Nueva Zelanda, pero no podía arriesgarse a dar esa información.

—Me conformaría con que lo distrajeras y procurases que no mirara el ordenador en la próxima media hora mientras yo busco la forma de arreglarlo.

—Cuenta con ello. Jesse y yo somos amigos, estaremos ahí dentro mucho más de media hora. ¿Por qué no hablas con el informático del bufete? Debe tener todas las contraseñas de todos los correos oficiales anexionados a la empresa. Desabróchate un par de botones y lo conseguirás.

—No tenemos especialista informático. Pero... —La bombilla se le encendió de nuevo. A final del día acabaría coleccionándolas—. Acabas de darme una idea. Gracias...

—Kyoto, como la ciudad. Pero puedes llamarme Otto, como el conductor de autobús de *Los Simpsons*. —Jesse interrumpió abriendo la puerta e hizo un gesto para que entrase el siguiente. La tal Otto miró su reloj de pulsera y le guiñó un ojo a Lea—. Empezamos la carrera contrarreloj. Tienes exactamente cuarenta y cinco minutos para borrar el correo... Suerte.

Lea no esperó a que entrase en el despacho y casi corrió por el pasillo para descolgar el teléfono de su cubículo. Luego lo pensó mejor y cogió el móvil personal; quién sabía si Jesse no aprovechaba que no podía verlo para volver a inmiscuirse en sus conversaciones privadas. Pero, por otro lado, Shan nunca cogía el teléfono. Debía estar en el quinto sueño, echándose su séptima siesta del día.

La llamó desde el móvil y esperó. Nada. Llamó al teléfono fijo. Nada. Y al final, la tercera bombilla la iluminó hasta casi fundirle el cerebro: el vecino. El maravilloso y encantador Humphrey —solo lo llamaban así porque se parecía a Bogart— que aporrearía su puerta hasta echarla abajo si se lo pedía. Era el único partido que pudo sacarle a que la hubiese encontrado desnuda en la terraza en pleno julio, cuando hacía demasiado calor para ponerse ropa.

Marcó su número. Él sí respondió y la dejó sola en la línea mientras iba a despertar a Shanghai.

—¡Me cago en tu vida, cabronazo! ¡Te voy a quemar el buzón!

O algo así dijo Shan cuando el vecino interrumpió sus dulces sueños. Lo que le dijo a ella por teléfono no fue más agradable.

—Escúchame bien, pequeña zorra. Como no estés desangrándote en medio del desierto porque el capo de la trata te ha elegido para protagonizar el próximo escándalo patriarcal voy a meterte este tenedor de plástico que tengo en la mano tan dentro del culo que vas a estar masticando petróleo hasta que te mueras.

—No me estoy desangrando, pero es mucho peor —cortó, aligerando—. Peligra mi trabajo y, con ello, tu manutención.

—Soy toda oídos.

—Necesito que *hackees* un correo electrónico.

—¿Estás de broma? ¿Acabo de dejar la partida de rol más interesante de la historia para jugar a piedra, papel y tijera? Lea, hasta tú puedes *hackear* un correo electrónico.

—Pues, si es tan fácil, hazlo y vuelves a tu partida de rol.

—Lo que no entiendo es cómo coño puede guardar relación un correo electrónico con nuestra casa. ¿Le has mandado al casero un virus? O peor: ¿una de esas cadenas de «si no la reenvías, morirás?». Porque si eres esa clase de persona, prefiero vivir en la calle.

—¿Puedes, por favor, centrarte? Tengo cuarenta y cinco minutos para lograrlo. Me he equivocado enviando un *e-mail* y si la persona a la que lo he mandado lo ve, probablemente me eche.

—¿Qué? Lea, cuando te dije que tenías que decirle a Miranda que te respete, no me refería a que le llamas cabrón a través de Internet. Esas cosas se hacen a la cara.

—Y lo hice a la cara —repuso, histérica—. Shan, por favor, déjame hablar por una vez en tu vida: debes meterte en su correo y borrarlo antes de que lo vea, ¿me entiendes? No solo me despedirá, sino que seré el hazmerreír. Jesse Miranda no es muy discreto cuando algo le hace gracia, le molesta o le humilla, y no sé cómo se lo tomaría, pero no quiero averiguarlo. Por fin me considera su adjunta y no puedo cagarla.

»Shan, te lo ruego...

—No tienes que rogar. Vivo de gorra en tu casa.

Lea suspiró profundamente. Se había quitado más peso de encima con esas palabras que saliendo a correr durante un mes.

—¿Necesitas algo?

—Sí. ¿Sabes de algún ordenador que Miranda haya utilizado para usar el correo? No hace falta que sea el personal.

—Eh... Creo que sí, en la biblioteca. Sí, de hecho, sí. ¿Qué quieres que haga allí?

—Enciéndelo. Primero vas a tener que decirme qué modelo es y cuál es su sistema operativo. Y luego me describes el administrador de utilidades. Sería más fácil hacerlo desde allí, no tendría que *hackear* un ordenador entero, pero no me fío de ti, seguro que acabas armando una buena. Venga, dime lo que te he pedido y dame unos quince minutos.

Lea fue obediente. Lo de tener paciencia ya lo hizo peor. Se quedó delante del ordenador que Jesse había utilizado una de las muchas veces que se olvidó el suyo en casa, como si esperase que en la pantalla apareciesen las palabras «tu culo está a salvo» y apretando el teléfono contra la oreja sudorosa. Más le valía aprender la lección: no volver a escribir ninguna historia subida de tono.

Bueno, no lo haría en el trabajo. Y no pondría «Lea». Quizá usara a Julie.

Sí, así podría inculparla en el futuro.

Un crimen perfecto.

—¿En serio?! ¿El documento que querías que borrara era una historieta porno?! ¡¡¿Contigo de protagonista?! ¡¡CON EL JODIDO JESSE!!! —gritó Shan diecisiete minutos después—. ¡¡NO ME LO PUEDO CREER!! ¡¡TE QUIERES TIRAR AL TIRANO DE TU JEFE!!

»Odio a las mujeres. —Lea podía imaginársela negando con la cabeza—. En serio, aún no entiendo cómo os gustan los cerdos que no os valoran. Santo Dios... ¿En serio sueñas con que te coma las tetas? Qué poco imaginativa eres, Lea.

—¡Pero no lo leas! —protestó, con las mejillas coloradas.

En realidad, eso era lo de menos: claro que protegía con celo sus fantasías. Era lo único con lo que se evadía y podía ser algo más que la empollona. Sin embargo, Shan acababa de salvarle la vida.

Le perdonaría cualquier cosa.

—Oye, pues no está nada mal. ¿Has pensado en mandarlo a algún concurso de relatos? Eso sí, cambiando el nombre.

—¿Lo has borrado o no?

—Claro que lo he borrado. O sea, me he descargado el documento y lo he archivado en mi carpeta de «PDF favoritos», pero Jesse ya no lo leerá.

—Perfecto, entonces ya está todo. Gracias. —Se escurrió en la silla, acabando con la espalda donde debería estar su trasero, y se puso una mano en el corazón—. Me da igual si lo guardas y lo lees por las noches. Pero, por favor, no lo mandes a ninguna parte.

—¿Y te importa si cojo ideas para mi rol? He creado un personaje al que le gusta explorar su sexualidad y estoy preparada para escribir artículos algo más picantes. Me ha gustado tu descripción de su rabo, yo nunca lo haría con tanta elegancia. ¿Tienes más?

Lea cerró los ojos y se cubrió la cara con la mano. Se equivocaba al suponer que Shan sería la única que la dejaría tranquila si llegaba a descubrirlo.

—No tengo más, Shan —mintió.

En realidad ese era el relato número sesenta y dos. Un año y medio de fantasías daba para mucho. Bueno, era solo medio año porque el anterior tuvo pareja...

Bah, ¿a quién quería engañar? También escribía guarrerías sobre Jesse Miranda teniendo novio. Y que la lapidase quien quisiera. No es como si no hubiese obtenido su merecido. Joey la dejó porque leyó uno de los relatos, y ni siquiera era el más fuerte.

—¿Seguro? ¿Si *hackeo* tu ordenador no encontraré nada? —El silencio de Lea habló por las dos—. Joder, Galilea. ¿Cuánto llevas sin follar? Porque necesitas a un hombre urgentemente.

—No es para tanto. No todo en la vida es acostarse con alguien.

—Claro que no, pero es una de las tres cosas por las que sigo viva, y no olvides que vives con una persona que tiene cuadros depresivos. El sexo, la comida y la siesta son la Santísima Trinidad y hay que rendirle culto diariamente.

—No tienes sexo todos los días, no seas mentirosa. Y no sé qué decirte cuando banalizas cualquier enfermedad que se te ocurre. Hacer bromas sobre la depresión...

—Es mi depresión y me refiero a ella como quiero, ¿te enteras? —interrumpió—. Y ahora te dejo, voy a ver si me tiro al nuevo del rol en ficción. Es una mascarada vampírica y llevo un corsé rojo. ¿Por qué no haces como yo y buscas a alguien con quien desahogarte?

—¿A través de un foro de Harry Potter, vampiros o ambos? —Se burló.

—No, a través de una aplicación móvil para encontrar pareja. Ahí la gente está tan desesperada por mojar el churro como tú, Lea. Deberías animarte. No pierdes nada. Y al día siguiente no tienes de lo que preocuparte, porque se levantará en cuanto haya encontrado satisfacción y no te dirá ni adiós. Ahí la gente es alérgica al compromiso, imbécil o las dos cosas a la vez.

—Gracias por el consejo, creo que me siento mejor. Voy a colgar.

Y colgó, sin esperar respuesta.

Shan podría pasarse media hora reincidiendo en lo mismo y sin innovar en los argumentos. Aunque no era como si necesitara muchos más consejos para conseguir una cita por Internet. Lo había pensado varias veces. No era lo bastante guapa para ligar en bares, y si fuera a la discoteca a intentarlo, tal vez lo conseguiría, pero no podría disfrutar la victoria del orgasmo por andar demasiado pedo. Lea no sabía dónde estaban los límites cuando se trataba de vaciar margaritas entre otros cócteles cuyo nombre nunca aprendía. Empezaba por los margaritas, y cuando quería probar algo nuevo, ya no sabía cómo se llamaba y empezaba a hablar en francés.

Se levantó y decidió darse un paseo por la biblioteca mientras se le iba pasando la ansiedad. Como había oído por ahí, «algún día se reiría de eso». Ese día no era aquel, ni lo sería mañana. Dudaba de que fuera a reírse de algo así porque, entre otras cosas, había destapado un problema al que no se quiso enfrentar antes: lo sola que estaba.

Claro que lo sabía, y no lo negaba, pero se refería a sus noches silenciosas y a sus horas colgada de la pasión en el documento de Word como si fuese algo divertido, algo para matar el tiempo cuando, en realidad, no estaba feliz con ello. Lea no quería escribir sobre sexo, quería pasar a la práctica. Con Jesse. Era su espinita clavada, su actual interés sexual.

Pero nunca se atrevería a contárselo y él nunca se fijaría en ella, así que estaba en un callejón sin salida del que habría tenido que volar hacía mucho tiempo. Debería haberle rogado a Joey

que se quedara, que hiciera caso omiso de su devaneo erótico. El sexo con él estaba bien, aunque como pareja fuesen un desastre. Cualquiera cosa con él hubiera sido mejor que soñar con algo que no pasaría.

Lo que no entendía era el porqué de esa fijación por Jesse. Debía ser Jesse, no valía nadie más. Imaginaba que era algo que estaba en su ADN. No que le fuesen pelirrojos, eso fue una sorpresa para ella, sino obsesionarse en una cosa hasta conseguirla. Le pasó con la carrera de Derecho, con el Mini descapotable, con bajar quince kilos en su adolescencia y ahora con él. No eran caprichos. A la vista estaba que no desaparecían con el tiempo, sino que las deseaba con mayor intensidad. Tampoco eran metas o sueños. Era lo que ella pensaba que llenaría un hueco. Un hueco, ¿de qué? Quizá de inseguridad. Probablemente quisiera intimar con Jesse porque era la única persona que no la había respetado como abogada ni como mujer desde que puso un pie en el bufete y quería demostrarse que era capaz de ponerlo de rodillas.

Bah, no tenía por qué ser tan profundo. Jesse estaba muy bueno y ella era sexualmente activa. La suma era bastante sencilla. Pero como lo de Jesse no iba a ninguna parte, aceptaría el consejo de Shan y crearía una cuenta para echar una canita al aire.

Sí, señor. Esa noche, Galilea Velour iba a encontrar a otro desesperado e iba a triunfar.

—Ah, sí. —Le pareció oír—. Por favor, por favor... No pares...

Lea buscó con la mirada el origen de los gemidos. El estómago se le revolvió al pensar que tal vez se estaba volviendo loca y ahora tenía alucinaciones. Lo que le faltaba: oír voces de parejas en pleno acto.

—Más, más...

—¿Más?

—Mm... Sí...

Vale, no eran alucinaciones. Bien por un lado. Alguien lo pasaba bien. Mal por otro. Alguien lo pasaba bien en la puñetera biblioteca del bufete.

Lea se cabreó. No se comía delante del hambriento, era meter los dedos en la llaga. ¿Qué iban a saber ellos? Pues tendrían que saberlo si planeaban acostarse en un lugar público donde trabajaba gente sin vida social... ni mucho menos sexual.

Frenó de golpe al otro lado de la estantería contra la que estaba apoyada la mujer. No se fijó en ella porque, aunque le sonaba, le costaría mucho más reconocerla, mientras que el hombre era una cara conocida. Conocida a medias, en realidad. Lea nunca había visto a Caleb Leighton en medio de un orgasmo... y debía decir que le favorecía.

Se apartó un poco del hueco entre los libros y se reclinó hacia la derecha, cogiendo un mejor ángulo. No la cazarían allí, donde... donde no pensaba quedarse, por supuesto. El gerente estaba teniendo un momento apasionado e íntimo y ella no debía verlo. Pero no se movió, porque sus movimientos de cadera la hipnotizaron, y solo al advertir cómo la sostenía por la cintura cambió de estado sólido a líquido.

El señor Leighton tenía unas manos enormes. ¡Enormes...!

Las suyas no eran muy grandes, aunque tampoco pequeñas. Seguro que las de Leighton cubrirían sus pechos perfectamente.

Hizo la prueba. Estaba sensible porque andaba con el periodo, y tal vez por eso sus pezones respondieron emocionados. Lea se mordió el labio y entrecerró los ojos para captar el espectáculo al detalle. Conocía a la chica. Había hablado un par de veces con ella. No recordaba su nombre. ¿Mia, quizá...? Daba igual, debía ser su novia. La recordaba muy guapa. Delgada, cómo no... Había que estar delgada para ser deseable. Al menos para un hombre como Leighton, con esas manos gigantes y posesivas...

Lea se desabrochó un botón, sintiéndose terriblemente mal por lo que sugerían sus pensamientos. No dejaba de castigarse. «¡Serás zorra!». Ya no cabía ninguna duda. Necesitaba salir a la calle y conocer a alguien interesante. Su estado actual era lamentable. Pero era el que era, y le sacó provecho desabrochando dos botones más. Metió las manos —que ahora eran de Caleb Leighton— en el interior del sujetador y, aunque al principio quiso implantar la imagen del Leighton desbocado en medio de la biblioteca, acabó teniendo el pelo cobrizo y los ojos amarillos.

Maldito Jesse. Estaba obsesionada. Y muy cachonda.

Quería tocarse allí mismo. No estaría del todo mal, ¿no?

—Siempre que Mia hace una visita vienen aquí. Esta parte del archivo es su picadero oficial.

Lea dio un respingo que por poco la tiró hacia atrás. Sacó las manos del sujetador tan rápido como pudo y se giró para mirar a Jesse Miranda en persona con cara de terror.

—¿Sabes... sabes que vienen aquí a hacer lo que hacen y no has dicho nada?

—He hecho insinuaciones, pero no me conviene que dejen de venir, así que soy todo lo sutil que puedo.

Hizo una pausa. Apoyó el hombro en la estantería y la miró con una sonrisa ladina, sabiendo lo que Lea le iba a preguntar.

—¿Por qué no te conviene?

—Porque cuando tiene sexo está más cariñoso y es infinitamente más permisivo, lo que significa que puedo hacer lo que me da la gana. —«Eso ya lo haces»—. Y porque me gusta mirar.

Lea abrió los ojos de golpe.

—No me mires así. Tú estabas haciéndolo. Y yo normalmente no me toco cuando observo.

—No me estaba tocando. —Jesse levantó una ceja—. Te lo juro. Se me había metido una miga de pan del almuerzo en el escote y me picaba...

—Eso tendría sentido si no fueran las diez de la mañana. ¿O llevas con la miga de pan escondida desde la comida de ayer? ¿No te ha picado hasta ahora?

—Vale, estaba mirando —reconoció de mala gana—. Pero porque me sorprende ver a Leighton así. Y yo, por lo menos, no he venido más veces. Ni lo pretendo.

—Los amargados también tienen sus momentos. O eso me gusta pensar —provocó, dedicándole una sonrisa fugaz—. ¿Por qué no voy a venir? Tengo todo el derecho a estar aquí y me gusta el porno romántico. El otro me parece muy forzado. Las cintas caseras de parejas diciéndose que se quieren me ponen de muy buen humor. Imagina el directo... —añadió, en voz baja—: Me la pone muy dura.

Lea tragó saliva y se lo imaginó masturbándose allí delante. Debía tener un serio problema si eso le parecía *sexy*, pero, por Dios, si Jesse Miranda no era *sexy* masturbándose, no podía imaginarse qué lo sería. En su fantasía pasajera se vio a sí misma ayudándolo. No le costó. Jesse estaba muy cerca. Olía perfectamente su perfume y la camisa le rozaba el brazo desnudo. Si ladeaba la cabeza, tal vez captara su aliento...

—No es profesional que hablemos de esto. Eres mi jefe.

—Los jefes también tenemos vida sexual, y estás aquí porque tus padres decidieron hacer lo mismo que Leighton y mini Sandoval. Esta conversación es tan corriente como cualquier otra.

—Salvo que la estás reproduciendo en horario laboral, cuando deberías entrevistar *juniors*.

—He acabado. Solo quería a Otto y a un par de recomendados por mi hermano. Después he ido a buscarte para practicar y me han dicho que estabas aquí, y... —Sonrió de lado—. Sí, aquí estás, viendo cómo la mete el jefe de tu jefe. Es tan poético que creo que voy a llorar.

—Y yo creo que voy a volver a mi puesto —acotó con voz temblorosa—. ¿No debería darte asco ver a tu amigo así?

—Sería gracioso tenerle miedo o asco a un pene cuando debo lidiar con uno todos los días, ¿no? Créeme, no me asusta ni me da asco. Con lo tiquismiquis que es, se lavará diez veces al

día. Por eso se acuesta con su novia en el archivo: es tan limpio que sabe que no deja rastro. Yo, por ejemplo, soy un poco más ruidoso —confesó en tono confidencial—. Por eso prefiero las duchas.

Una ducha necesitaba ella. Ya. Justo en ese momento. Y bien fría.

—Ya he desatendido suficiente mi cubículo —dijo—. Voy a volver. Ha sido... interesante.

—Sí, deberíamos hacerlo más a menudo —comentó, sorprendiéndola—. Estas cosas sirven para estrechar lazos.

Lea prefirió tacharlo de loco y salió de allí apretando el paso, con el estómago hecho un nudo. Cuando le tocó cruzar por la parte de la galería paralela que pegaba a la pareja, se puso de puntillas para no hacer ruido.

Sí que aguantaba el jefe, era duro de pelar.

Ya tenía material para una fantasía nueva.

Capítulo 4 Plan G, con «G» de Galilea

—Escúchame, cariño. Me hace muy feliz que te emociones tanto cuando me ves, pero no puedes armar estos líos porque luego soy yo el que tiene que resolverlos, ¿entiendes? —explicó Jesse en tono cándido. Se sentó en las escaleras del porche de la casa y puso los brazos en jarras—. Esto no es exactamente lo que hablamos la última vez. Me prometiste que no volverías a avergonzarme delante de un amigo. Has incomodado a Wentworth, y eso está muy mal.

—Yo estoy bien, eh —intervino el susodicho, levantando las manos—. Sin problema.

—No, claro que hay problemas. Por Dios, llevábamos dos semanas haciéndolo perfectamente, y justo hoy decides ridiculizarme. ¿En qué clase de persona pretendes convertirme si sigues faltando a tus promesas de esta forma?

—¿Exigirle a un perro que se convierta en «un tipo de persona» no es un poco inhumano, y nunca mejor dicho?

Jesse se giró hacia su amigo con los ojos entornados.

—Prozac no es un perro, es una marca registrada. Y llevo meses entrenándolo para que deje de mearse de ilusión cada vez que me ve llegar a casa. Quedamos en que si dejaba de hacerlo, le daría una galleta al aparecer, lo que significa que se ha quedado sin recompensa.

—Me parece muy jodido que castigues al perro... Perdón, a la marca registrada, por darte una calurosa bienvenida. Ya me gustaría a mí que alguien me recibiera con tanta emoción.

—Habría que ver si te emocionaba lo mismo limpiar el porche de arriba abajo todos los días. Venga, Prozac —continuó, mirando al gran collie de pelo largo—. No trabajo tanto como para que la espera te parezca dolorosa, y vas al apartamento de tu madre dos semanas al mes. No estás precisamente solo para hacerme quedar como el hombre que te abandonó.

»En fin... Voy a por las galletas, pero que sea la última vez. Si tienes que mear en alguna parte, que sea en la cabeza de Went.

—Suerte con eso. Soy más alto que tú, chaval. —Se regodeó Wentworth—. ¿Me vas a dejar pasar y agarrar una cerveza, o tengo que sacar la porra?

—¿Qué porra pretendes sacar?

—La que tú prefieras, nena.

Jesse se rio e indicó al perro que podía entrar en la casa. A los dos perros, más bien. O... No, era mejor dejarlo en un perro. Prozac era todo un señor, no como Wentworth, que era un vago intento de ser humano, además de mejor amigo y compañero de crímenes.

Dejó las llaves sin usar sobre la mesilla del recibidor y se dirigió a la cocina, ignorando los ladridos de su mejor amigo sobre lo peligroso de no echar el cerrojo. A Jesse siempre se le olvidaba cerrar. De hecho, se le llevaba olvidando desde que le dieron su primer manojito de llaves. Y nunca habían entrado a robar, así que, ¿por qué tanto revuelo? Es decir... Era normal que Wentworth le echara la bronca. Trabajaba como inspector de Policía. Pero es que todo el mundo insistía en que debía blindar la casa como si hubiese algo de valor ahí dentro.

Prozac se paseaba por el jardín y sabía defenderse solo, nadie encontraría sus novelas eróticas preferidas estando camufladas con las contraportadas de cuentos infantiles y, en cuanto al hilo dental, mucho se temía que nadie le daba la misma importancia que él. La discografía de Johnny Cash estaba pertinentemente escondida. Así que... ¿qué iban a robar? ¿La tele de plasma? ¿La alfombra persa traída por Marc de uno de los innumerables viajes que hacía para desconectar? ¿La vajilla de porcelana? Que le dieran por culo, eso él no lo valoraba. Era un *hippie* en el cuerpo de un abogado, un cuerpo hambriento y cansado de no haber hecho nada en todo el día.

Los domingos por la mañana Jesse salía a correr con Wentworth y con su hermano Marc por el paseo marítimo. Después se daban un chapuzón, ligaban sin expectativas de hacer nada al respecto y quedaban en su casa para estrenar la limonada que hacía la madre de Went, el verdadero amor de la vida de Jesse. Ese día Marc no había hecho acto de presencia porque estaba trabajando fuera de horario —¡qué sorpresa!—, pero era difícil echarlo de menos cuando Wentworth era plasta por los dos.

Entregó la galleta canina a Prozac por ningún motivo en especial, solo por ser guapo y talentoso. Después miró a Wentworth y sacó de la bolsita otra más, lanzándosela con gran puntería.

El tío la cazó en el aire.

—No quería que te pusieras celoso.

—Descuida, soy un hombre muy seguro de mí mismo.

Hizo ademán de regalarle la barrita a Prozac. Jesse silbó sonoramente y chasqueó los dedos para llamar su atención, negando con la cabeza.

—Solo una. Tori lo llevó el otro día al veterinario y ha dicho que hay que bajar las dosis de azúcar.

—Conque Tori lo llevó el otro día al veterinario —comentó Wentworth, deslizándose con aire conspirador hacia la isla. Se sentó frente a Jesse, con la barra separándolos, y examinó la galleta como si fuera uno de sus asesinos pendientes de psicoanálisis—. ¿Seguís compartiendo la custodia del perro?

—Lamentablemente, sí. He pensado en secuestrarlo y pedir un rescate imposible, como el Atlético de Madrid ganando la liga de fútbol europeo, pero lo quiere tanto como yo y no quiero contrariar a Prozac.

Jesse lloró para sus adentros que Wentworth no hubiera picado ante la mención de su equipo favorito.

—Seguro que es solo a Prozac al que no quieres contrariar... —dejó caer— cuando tienes una foto de tu exmujer sobre la mesa del salón.

—A veces la echa de menos y le gusta mirarla. Te lo digo en serio, Went, ese marco está ahí por un motivo estratégico, y Tori tiene otro mío en su salón. Si los quitamos, Prozac se pone a aullar toda la noche y no hay quien duerma.

—¿Y en la foto tuya que tiene Tori en su salón también sales con un bikini minúsculo?

—Por supuesto, Prozac admira cada recóndita parte de nuestro cuerpo —repuso, apoyando las manos sobre la barra. Emuló la postura de una mesera de bar—. ¿Qué puedo ponerte, guapo? ¿Lo de siempre?

Wentworth sonrió con preocupación.

—Jesse... ¿No crees que es un poco excesivo seguir teniendo esa foto?

—Ya te he dicho que esa es para Prozac. Estamos en el siglo veintiuno, amigo mío. No necesito un portarretratos para pasarlo mal. Cuando quiero llorar por Victoria, busco su número de contacto y me quedo dormido mirando su foto de perfil. La cambia cada tres días, más o menos.

—Necesitas ayuda profesional —señaló, apuntándolo con el dedo—. Y la necesitas ya.

—¿Por qué? —Sacó un par de latas de cerveza de la nevera y las dejó sobre la mesa—. No lloro, Went, solo me sumo a este movimiento de referirse a la humillante situación de uno mismo para hacer humor. La mayoría de las veces exagero. Tori está bien y yo también. El que peor lo pasa es Prozac, que no entiende todavía por qué papá y mamá se han separado. Ya le he explicado que eso significa más regalos bajo el árbol en Navidad, porque nos peleamos para que decida a quién quiere más, pero sigue aullando de dolor al ver que ella no viene a pasearlo cuando me lo trae.

—¿Es ella quien te trae al perro?

—Bueno, traía. Ahora me lo trae su hermana «porque no es bueno para nosotros vernos tan a menudo». Debería habérselo pensado mejor cuando decidió que la mediadora sería su jodida melliza que, por cierto, no está menos buena.

Wentworth ahogó una carcajada detrás de la lata.

—Debes alejarte de los bombones de chocolate negro por un tiempo. ¿Por qué no te abres una cuenta en alguna página web de citas? Se encuentra gente interesante, y te lo está diciendo un tío que ya lo ha probado varias veces.

»Te llevas malas experiencias, sí. Alguna que otra vez me he enfrentado a una cena con la mujer barbuda o con una señora de edad que jugaba a ser treintañera, pero, en general, va bien y tienes el polvo asegurado.

—Soy un tío clásico, Went. Si quiero mojar, voy a un bar y me pego a la primera con cara de mala que se me cruce. Y lo siento, pero no me voy a arriesgar a enamorarme de una octogenaria. ¿Qué haría si le pareciese un inmaduro? —preguntó en tono preocupado—. Me partiría el corazón.

—Las opiniones son lo de menos en estos casos. Ahí gustas a todo el mundo, seas como seas. Están todos locos por pillar cacho.

—Menuda descripción haces de ti mismo.

—Yo no entro en ese grupo. Recorro a las páginas web porque el trabajo me consume demasiado tiempo y no puedo salir a los bares a medir el terreno, de ahí que haga el trabajo por Internet y desde casa. Soy un poco más exigente, pero, en general, tienes cita en veinte minutos si te lo montas bien.

—¿Estás de coña?

—No, ese sueles ser tú.

»Mira, hace dos días conocí a una tía por Internet que estaba desesperada. Me pasó una foto suya y no estaba nada mal. Las prefiero exóticas, pero una rubia nunca está de más. Esta noche he quedado con ella.

—¿Me lo cuentas porque necesitas que te ayude a elegir los complementos?

—No. Te lo cuento porque cuando digo que estaba desesperada es que estaba muy desesperada —deletreó, mirándolo fijamente.

Jesse fingió estremecerse.

—Debes estar aterrado. Una mujer queriendo acostarse contigo... Escalofriante. —Hizo una mueca, conteniendo la risa—. ¿Qué es tan malo? ¿Tiene cara de caballo? Porque nunca es tarde para recordar a Spirit.

—Ese es el tema, que es guapa —dijo su amigo entre risas—. Mira, cuando te digo que se me han presentado ancianas y hombres a citas, no estoy bromeando. Por eso cada vez que me abre conversación una mujer que parece atractiva y le pone demasiado interés a pillar carnaza, desconfío. He recorrido Internet de arriba abajo con las fotos que me ha enviado por si están en algún blog o ha suplantado alguna identidad, pero parece que no.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Temes no estar a la altura de una tigresa?

—El problema es que cuando no dicen su Facebook esconden algo turbio.

—Seguro que son fotos de época adolescente. O a lo mejor no tiene Facebook.

—Céntrate, Jesse. Tengo estudiados los algoritmos y más de un noventa por ciento de los que están en la web y no dan su número o datos personales están mintiendo. Y no quiero arriesgarme a pasar la noche recibiendo los cumplidos de una *drag queen*.

—*Oh, honey...* —pronunció con tono femenino—. Yo moriría por una cita con Trixie Mattel. No sabes quién es, ¿no? Ganó *All Stars 3*, una especie de *spin-off* de *RuPaul's Drag Race*. No me jodas, Went. ¿Cómo no te pueden gustar los *realities* de hombres que hacen *drag*?

—Estábamos teniendo una conversación seria.

—Y yo también, así que no vuelvas a pronunciar el nombre de la comunidad en vano —concluyó, dándole un golpecito a la mesa con el canto de la lata—. ¿Qué consejo esperas que te dé? Si no quieres arriesgarte, cancela la cita y dedícate esta noche a iniciarte en el mundo de Shangela. Lo agradecerás mañana. La tercera temporada de *RuPaul's* es...

—Cuando me comprometo a hacer algo, lo hago, y decirle que no a unas pocas horas de la quedada es de mala educación.

—Otro día más que no tengo con quien hablar de *Drag Race*. —Suspiró, mirando al techo.

—¿Sabes qué podríamos hacer? —propuso de repente—. Ven conmigo al restaurante. Te das una vuelta, te aseguras de que la mujer con la que he quedado no es un cranco y, dependiendo de si la respuesta es sí o no, decido si me acerco o me largo.

—¿Y eso no es de mala educación? Por lo menos le pagarás la cena sea guapa o fea, ¿no? Went, a las mujeres no les gusta comer solas. Les avergüenza hacerlo en público.

»Comer, digo.

—¿Por qué iba a pagarle la cena a una impostora? Venga, Jesse, me lo debes. Por aquella vez que te salvé esa cita a ciegas.

—Esa cita a ciegas en la que tú me metiste para empezar —apostilló—. No pasa nada, no te culpo: quieres lo mejor para tus amigas y no hay otro como yo. Sí, ¿por qué no? Vayamos al restaurante. Pero me llevas en tu coche, yo elijo la música y, si al final es fea, me invitas al McDonald's.

Wentworth dio una palmada.

—Eso está hecho.

* * *

Marc Miranda no era el único que llegaba tarde de los tres cuando quedaban para ir a alguna parte. Tirarse dos horas y media delante del espejo para arreglarse la barba era una de las pocas

cosas en común que tenían Jesse y Wentworth. La cita era, supuestamente, a las siete. Eran las siete y tres minutos y Jesse seguía con la toalla alrededor de la cintura, aplicándose *aftershave* con una canción de Fall Out Boy de fondo.

—¿Cuánto más vas a tardar? —espetó Wentworth, golpeando la puerta.

—Las cosas de palacio van despacio —respondió, poniendo voz de mujer. Se miró al espejo y guiñó un ojo—. Mira que eres guapo, no hay quien te aguante esa cara bonita que tienes.

—¿Te estás tirando los tejos a ti mismo?

—Llevo treinta y cinco años casado conmigo. No es tirar los tejos, sino recordarle que después de las bodas de plata lo sigo queriendo.

»Salgo en exactamente diez minutos.

Pero diez fueron los minutos que tardó en ponerse el pelo en su sitio. Estaba obsesionado con él, tanto que tenía claro que en otra vida fue peluquero. En esta le habían quedado vestigios de su vocación y por eso se presentaba como el fetichista del siglo. ¿El terror de las nenas? El terror de las melenas. Cuando aún tenía veinte, no se dejó el pelo hasta las caderas porque se le enredaría en el atornillado de las sillas de la universidad, pero sí que lo llevaba al estilo Brock O'Hurn. También porque era demasiado vago para lavarlo casi todos los días. Cualquier excusa valía salvo la presión social que le empujaba a llevarlo corto, como «todo hombre digno de llamarse hombre», o algo así decía su padre. Pero al final no pudo dejárselo como siempre soñó, y de ahí trasladó su debilidad a las mujeres. Una mujer con una melena larga y bonita era su perdición. A veces ni siquiera importaba el tamaño de su trasero o de qué color tuviera los ojos. El pelo era lo más importante. Imprescindible.

Procuró que cada mechón apuntase a una esquina distinta y combinó unos vaqueros con una camiseta negra en la que ponía: «No estoy gordo, estoy relleno de amor».

—¿En serio? —Fue lo primero que dijo Went al verlo salir—. ¿Has elegido ponerte esta camiseta hoy?

—¿No tiene suficiente *glamour* para el McDonald's? Eh, que si es guapa me largo a la bolera con Caleb... Lleva unos días que solo se hace plenos. —Y se rio de su propio chiste—. Espera, no lo habrás pillado porque no sabes quién es, ni que se acuesta con su novia en...

—Quienes deberían ir tirando somos nosotros. Llegamos veinte minutos tarde, aunque no me ha enviado ningún mensaje. A lo mejor no ha llegado.

—Claro que no, tiene que empolvase el culo... que diga... la nariz. ¿Sabes de dónde viene lo de empolvase la nariz? De la coca, Wentworth. Tiene gracia, porque hago chistes de drogas delante de un poli.

—Estoy en mi hora libre, puedes ponerte hasta el culo de lo que quieras que no pienso hacer nada al respecto. Cuando llevo vaqueros soy otra persona.

—Ni que lo digas, cielo, estás encantador esta noche. Vas a tener que reservarme un baile. ¿Tengo que firmarte el carné?

—Hablando de carné... Sigues sin poder conducir por la borrachera de la otra vez, ¿no? —Jesse asintió con cara de fingida tristeza—. ¿Cuándo piensas renovarlo? No va a estar eternamente incautado.

—Lo primero es que el coche lo pagó Tori. Si siguiera vivo, lo tendría ella. Lo segundo es que, como me estrellé con él, acabó en el desguace. Y lo tercero es... puedo elegir la emisora, ¿verdad? Un trato es un trato. ¿Puedo poner *pop* petardo del 2000?

Wentworth puso los ojos en blanco y ocupó el asiento del piloto. Jesse se despidió de Prozac lanzando un beso y se tiró sobre el del copiloto, recordando lo mucho que odiaba los coches. Aquel en concreto no estaba mal: a Went le encantaba todo lo que fuese de macho, y su Jeep Wrangler negro mate era el sueño de todo tío con pelo en pecho, incluido Jesse. Pero no se sentía cómodo en ningún «cuatro ruedas» desde el accidente.

—Repasemos el plan. —Se frotó las manos—. Entro, pregunto por la mesa reservada por Maine Wentworth, me doy una vuelta sospechosa mirando discretamente y...

—Vienes y me dices qué has visto. No muy difícil para un cerebro de mosquito como tú, ¿eh?

Jesse sonrió, aunque el gesto no le caló. Se reía por todo porque no le gustaban ni el silencio ni los malos rollos, pero de todas las bromas que podían hacer con sus defectos no soportaba que le llamaran imbécil. Solían darlo por hecho: era estúpido porque siempre estaba de buen humor y parecía que no se tomaba nada en serio. Afortunadamente, nadie solía meterse con él en ese sentido, salvo Wentworth y su adjunta, claro, aunque aquello fue un caso excepcional. Ese día en que se plantó en su despacho decidida a ponerlo en su lugar, en general, fue algo fuera de serie.

La verdad es que Jesse no esperaba que Galilea Velour encontrara las agallas para decirle que era un capullo. Fue una maravillosa sorpresa. Llevaba reservando casos para su privilegiado cerebro desde que entró, pero le cayó tan mal en cuanto abrió la boca que decidió que tendría que currárselo. No era el tipo de persona con el que salía. Galilea era muy seria, nunca le reía

las gracias y se había pasado un año y medio mirándolo como si tuviese que besarle los pies por ser más inteligente que los demás. Y Jesse no empatizaba con los engreídos.

Pero por primera vez en su vida admitía haber juzgado sin saber. Enmendó su error tan pronto como pudo. No le gustaba estar de malas con los demás. Creaba tensiones innecesarias. Así pues, optó por lo fácil: darle a Galilea lo que pedía y que él llevaba mucho tiempo queriendo ofrecer. Un poco de ese reconocimiento. Total, también necesitaba su ayuda para resolver los casos, y si no se la pedía era porque le parecía una pedante que se creía perfecta.

De nuevo, equivocado. Y a diferencia de los demás, a Jesse le gustaba equivocarse con la gente, sobre todo si cambiaba su opinión para bien. Quienes no se equivocaban le daban mala espina. Le parecían artificiales y esnobs, de ahí su desprecio inicial a Galilea.

—Aquí estamos —anunció Wentworth, poniendo el freno de mano delante del restaurante. Jesse asomó la cabeza por la ventanilla. Su amigo no había escatimado en gastos: era un sitio caro y elegante—. Haz lo tuyo, compañero, y, si no, pongo en marcha el plan B.

—¿Cuál es el plan B?

—Quedar con la otra que me ha estado hablando por el chat durante toda la tarde.

—Y yo que pensaba que verías *RuPaul*... —suspiró, abriendo la puerta.

—Ese es mi plan C.

—Entonces espero que te vaya muy mal con la segunda.

Jesse bajó del coche de un salto y se dirigió al encargado que sostenía una lista de clientes justo al margen de la puerta. Parecía de etiqueta. Llegaba a saberlo y...

No, no se habría cambiado, pero por lo menos habría dedicado el viaje a hacerse a la idea de que lo mirarían mal.

—Reserva a nombre de Maine Wentworth.

—Sí. Por aquí, señor.

—Ah, no, no necesito un acompañante. Si se limitara a señalarme la mesa le estaría muy agradecido.

—Es la número siete. Está junto al biombo que da al segundo comedor; la encontrará a mano derecha. Solo hay tres mesas con dos sillas en esa vertical y, si no me equivoco, las otras ya están ocupadas.

Jesse salió de allí con su clásico andar despreocupado. El restaurante era enorme y estaba prácticamente lleno, así que no le costó ubicar a la única persona que esperaba a solas en el

cuadrante que el encargado le señaló. Tuvo que hacer un círculo muy tonto por la otra parte para que no lo pillase observándola. De lejos no lograría descubrir si era o no una bestia, pero lo descartó de pleno en cuanto sus ojos coincidieron con una ondulada y larguísima melena rubia.

Era imposible que una mujer con ese pelo fuese fea. Jesse estuvo a punto de darse la vuelta e ir a informar a Wentworth de que la mismísima Naomi Watts esperaba ser fecundada en la mesa del fondo. Luego recordó que su amigo no solía valorar esas cosas y reanudó la marcha de puntillas. Un par de familias empezaron a señalarlo por el espectáculo que estaba dando, empezando por su ropa y su pelo de punta y acabando por la forma en que se acercaba a su presa. Se asomó por detrás de una columna, sabiendo que tenía los ojos entornados del encargado sobre él, y se centró en la cara de la mujer.

Estaba oculta porque tenía los ojos clavados en el plato. Detectó todas sus emociones de un simple vistazo. Estaba nerviosa, confundida; se sentía insegura respecto a lo que iba a hacer y le preocupaba haberse equivocado. No lo hacía a menudo, estaba claro. La notaba tensa y, a juzgar por la media botella vacía que dividía la mesa, había estado intentando ahogar sus recelos en el alcohol.

Jesse empezaba a estudiar la situación —no había pedido nada de comer, así que no tendría que pagar la cena— cuando la mujer levantó la barbilla y se giró hacia la puerta. Quizá fuera por el asombroso impacto, porque resultaba increíble o porque nunca lo habría imaginado, pero Jesse se quedó de una pieza al reconocer a Galilea Velour.

No se movió porque no estaba seguro de que fuese verdad. Hasta donde él sabía, su adjunta no tenía cara. Era un borrón pixelado y mofletudo con ojos de color indefinido. El cuerpo era ya otra cosa. Hacía unos días que había comprobado en directo lo que su camisa de señorita Rottenmeier escondía y no era nada desdeñable, sobre todo cuando se frotaba las tetas y jadeaba por lo bajo. Un espectáculo inolvidable.

No sabía que tuviera los ojos grises, para empezar. Ni que la forma de sus labios fuera bonita.

Jesse sonrió para sus adentros y el diablillo de su hombro se frotó las manos. Qué interesante... Su adjunta se moría por echar un polvo. Se preguntó qué clase de fotos le habría mandado a Wentworth y qué conversaciones tuvieron para que su amigo hubiese llegado a la conclusión de que estaba desesperada. No era divertido reírse de alguien por estar a dos velas. Que él no supiera lo que era no le daba derecho a rechazarlo como motivo de ansiedad. Pero sí le parecía una graciosa coincidencia.

Encogió los hombros y abandonó el restaurante con la excusa de que necesitaba tomar el aire.

—¿Y? —preguntó Wentworth, ansioso. Jesse se tomó su tiempo para apoyar los antebrazos sobre la ventanilla.

Agachó la cabeza y lo miró con la boca torcida.

—Mi más sentido pésame. Es jodidamente fea. Creo que no he visto algo tan espantoso en todos los días de mi vida. Quiero arrancarme los ojos.

—¿De qué hablas? ¿Para tanto es?

—No, es peor aún. Más fea que un frigorífico por detrás, te lo digo de verdad. Bendito el día en que se te ocurrió mandarme antes, porque no te imaginaba tratando a ese cranco. Habrías tenido que apagar la luz para meterte en la cama con ella... y aun así el Coco la habría encendido.

—¿En serio? Pues no sabes el peso que me has quitado de encima. ¿Al menos era rubia?

—Sí, pero creo que era una peluca. No me he atrevido a acercarme mucho.

—Menuda jodienda. Entonces supongo que pasaremos la noche juntos.

—¿No tenías un plan B?

—Sí, pero luego me he acordado de lo del McDonald's y... Vale, me has pillado: la otra me ha dejado tirado. ¿Subes o no?

—Me tienes como segundo plato... Vergüenza debería darte, *mamabicho*. Yo soy la fuente de ensalada entrante, y que sepas que acabas de pasar a ser mi postre. Anda, largo de aquí. — Hizo un gesto para que arrancase—. Volveré andando a casa.

—¿Vas a hacerte la dama ahora?

—No me hago la dama, lo soy. Venga, vete. Voy a recomponer mi pobre corazón como pueda. Pasaré la noche viendo adaptaciones de Nicholas Sparks en televisión. Buenas noches.

—¿Vas en serio?

—Muy en serio. Mañana te llamaré si me envías flores.

Wentworth puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Se despidió de Jesse tocando el claxon y desapareció del aparcamiento tan rápido que estuvo a punto de ofenderse de verdad.

Qué poco luchaban por él.

Se quedó unos segundos mirando al horizonte, y cuando se hubo asegurado de que Wentworth había doblado la esquina, giró sobre los talones y volvió a pasar por delante del encargado.

—¿Se le ha vuelto a olvidar la pareja, señor? —dijo en tono punzante.

—¡Qué va! He ido al coche a por los condones. —Sonrió—. Me gusta ser malo en establecimientos públicos.

No esperó una respuesta y se encaminó al interior del restaurante. Tuvo que apretar el paso al ver que Galilea se ponía de pie a trompicones, bastante afectada por la bebida, y metía en el bolso la botella, los portavelas y las servilletas de tela.

Jesse se dirigió hacia allí a toda mecha, aguantando como podía una carcajada tremenda. Se colocó delante de ella y arrastró la silla haciendo todo el ruido que pudo. Así llamó su atención: Galilea levantó la cabeza y se ruborizó hasta el cuello al verlo.

«Interesante».

—Siento la tardanza, he tenido un problemilla de vestuario.

Capítulo 5

La importancia de llamarse Jessica Aranda

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

Eran grises, ya no tenía ninguna duda. ¿Cómo no se había dado cuenta? Era un hombre observador.

—Tranquila, no voy a decirle a nadie que lo que acabas de robar puede estar valorado en cien dólares.

Galilea volvió a ruborizarse.

Le hizo gracia su reacción. Habría sido imposible cazarla en un momento de debilidad en la oficina, tanto que parecía una mujer distinta. No solo porque estuviera asustada, inquieta y cabreada, todo lo expresiva que no era en el trabajo, sino por el interesante vestido que se había puesto para sorprender a su cita.

—N-no acostumbro a coger lo que no es mío, esto ha sido s-solo porque... estaba mosqueada porque llevo c-cincuenta minutos esperando, y valoro m-muchísimo mi tiempo. Ni siquiera me

han ofrecido pan —espetó, mirando con el ceño fruncido a la pared. Por lo visto, cualquier cosa era más atractiva que el propio Jesse, repantigado en la silla como amo y señor del universo y la situación. ¿Quién decía que no lo fuera?—. Espero que no haya detector de metales a la salida.

—Solo hay un hombre muy desagradable que no sabe que el cliente siempre tiene la razón, pero no te preocupes. Yo mataré encargados de restaurante por ti.

Galilea no se rio. Nada fuera de lo común.

Cuando entró en Leighton Abogados, Jesse intentó hacer buenas migas con ella con su humor de siempre, pero ella no se molestó en aportar una sola carcajada. Era de esas estiradas aburridas que pensaban que afrontar el trabajo con cara de palo daría mejores resultados, cuando en su humilde opinión —que era la mejor opinión—, decir los *Buenos días, mundo* de Rosana con una sonrisa ya era un beneficio en sí mismo.

—No sé cómo es posible que esté aquí —le interrumpió ella—, p-pero estaba a punto de irme porque mi... amiga al final no ha podido venir, y no soy ninguna fan de comer sola en público, así que... Me alegro de verle y felicito su buen gusto eligiendo restaurantes, pero me vuelvo a casa.

—¿En serio? ¿Después de cincuenta minutos esperando y una excusa pelirroja tan *sexy* no te vas a dar el festín de tu vida? Y no me digas que tu amiga te ha dejado tirada. Debe ser una muy mala amiga, además de una amiga con placa de Policía y cola entre las piernas.

Galilea apretó los labios y se envaró, muy ofendida porque la hubiera descubierto.

—No sé de qué me estás hablando.

—Los dos sabemos de lo que hablo, y no voy a permitir que me quites ese placer, porque normalmente ni yo sé lo que digo ni lo sabe el que me escucha. No sé si te habrás dado cuenta de que hablo muy rápido y me enredo a menudo. —Sonrió ampliamente al ver que se sonrojaba otra vez—. *¡Pero bueno!*, los distribuidores del rubor deben estar forrándose esta noche; mañana sus acciones subirán en bolsa gracias a la señorita Velour.

—No tengo tiempo para esto —insistió, ciñéndose el bolso al hombro.

Jesse comprendió en su lenguaje corporal que no tenía ninguna prisa por irse. Le intrigó descubrir por qué.

—Pero has tenido tiempo para esperar a tu cita, así que... ¿por qué no te sientas? Te aseguro que las noches conmigo son inolvidables sin importar el escenario.

—No pretendo compartir otro escenario con usted que el laboral. Es mi jefe y está mal a todos los efectos que estemos en la misma mesa en un restaurante. ¿Qué pensaría la gente si nos viera?

—Depende. Con «nos viera», ¿incluyes el momento del robo? Porque en ese caso el adjetivo que te pondrían estaría muy claro. En cuanto a mí, pensarían que soy un tipo guapísimo.

—Ya le digo que yo nunca robo, ha sido un... impulso. Y no me atrevo a sacarlo ahora, delante de todos, por si llaman a la Policía.

—Yo también digo esa frase para mí mismo muchas veces en momentos de necesidad —dijo sin poder resistirse. Verla ruborizarse otra vez le retorció el estómago. Estaba a punto de reírse —. Vamos, siéntate y saca el vino. Estabas aquí porque querías una cita, y obviamente tú y yo no nos llamaremos así por todo el tema de la profesionalidad, pero hasta donde entiendo no nos pueden denunciar por comer en la misma mesa.

—Usted no es mi cita... —Parpadeó una vez y acabó mirándolo con los ojos entornados—. Espere... ¿lo es? ¿Ha estado riéndose de mí fingiendo ser otra persona en la web de citas? Porque no me sorprendería. Usted solo encuentra diversión mofándose de los demás. Lo que no entiendo es cómo ha podido llevarlo tan lejos.

—Conque ese es tu problema —comentó, con ojos brillantes. Acababa de ver el sol salir—. Te caigo mal porque crees que me río de ti cuando yo solo intento reírme contigo.

»Espera, sigamos un orden: no, no soy tu cita. No, no estaba fingiendo ser otra persona. Soy Jesse Miranda y esto no es *Jackass*, y tampoco visito webs de citas, pero visto que alguien no ha querido venir a verte, ocupo su puesto. Tu amiga, ¿no? —Se regodeó.

—¿Y dice que no se está riendo de mí ahora? Me voy.

—O te sientas o te despido.

Galilea abrió la boca de pura incredulidad.

—¿Va a obligarme a...?

—Si quisieras irte, lo habrías hecho hace seis minutos. Pero sigues aquí por un motivo. Un motivo muy pelirrojo —aportó.

—Eres un engreído.

—¡Un engreído de treinta y cinco años, por fin...! —aplaudió—. Celebro que me tutees. Me salen canas cada vez que usas el trato cortés, sobre todo cuando estás borracha.

—No estoy borracha.

—Ah, ¿no? ¿Y cuántos dedos tengo?

—Veinte. Cinco en cada mano y cinco en cada pie.

Jesse sonrió, momento que Galilea aprovechó para sentarse muy dignamente en la silla. Dejó el bolso entre sus piernas, inclinándose lo suficiente para que Jesse apreciara sin esfuerzo lo que el escote del vestido apenas lograba contener. Nunca imaginó que se las vería en persona con las lolas de Christina Hendricks.

Jesse se preguntó cómo era posible que estuviera tan histérica. No se consideraba un tío lo bastante intimidante para procurar esa reacción en alguien. Galilea debía tener muy interiorizado que al jefe se le trataba con respeto y cortesía distante.

—Bueno, supongo que ya habrá hablado con los clientes del caso de Cherry's para...

—¿Era eso lo que planeabas para tu cita? —preguntó, apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Hacerle preguntas sobre el trabajo?

—No, pero mi cita no ha aparecido, así que improviso.

—Pues improvisas muy mal. A un abogado normal no le gusta que le agobien con trabajo en su tiempo libre.

—No sabía que fueras abogado. Por ahora eres un desconocido que quiere cenar conmigo.

—¿Y no tienes nada mejor para entretener a un desconocido que quiere cenar contigo? — Interpretó el silencio como le pareció—. Comprendo, querías pasar rápido a la acción.

Galilea lo fulminó con la mirada. Eso ya le gustaba algo más.

No sabía qué le pasaba con las mujeres con carácter, pero le encantaba que lo trataran con la punta del pie y lo abofetearan si encartase. A Galilea no se la imaginaba cantándole las cuarenta a voz en grito, pero eso ya era un avance.

¿Quería avanzar con ella? No.

¿Era importante para él esa cena? No, ni siquiera se había propuesto hacer del momento algo especial.

No obstante, nunca perdía una oportunidad.

—De hecho, había traído conmigo unas... tarjetas.

—¿Tarjetas? Aún queda mucho para Navidad.

—¿Quién manda ese tipo de tarjetas hoy en día? —preguntó en voz baja—. Me refería a tarjetas con temas de conversación.

—Me alegra que lo especifiques. Ya estaba imaginándome el taco de la Caja de Comunidad del *Monopoly*.

Galilea puso los ojos en blanco.

Oh, vamos, ¿por qué no se reía? ¿Qué hacía falta para lograrlo?

—Soy pésima jugando al *Monopoly*, e igual intimando. Busqué en Internet qué es lo típico que se pregunta a alguien que conoces por Internet y... Es que no suelo hacer esto.

—¿Salir con amigas, dices?

Galilea hizo una mueca cómica.

—Vale, vale, sorpréndeme. ¿Qué contienen esas tarjetitas que llevas ahí? Hazme una pregunta. Pero que sea de desarrollo, el tipo test siempre se me ha dado mal.

—No puedo imaginarme por qué sintetizar no sería tu mejor talento. —Le oyó decir por lo bajo—. Son preguntas básicas. Edad, trabajo, aficiones, eh... Hay algo sobre familia, si le gusta viajar...

—¿En serio? Las preguntas del *Trivial* están muchísimo mejor que esas.

—Buenas noches —interrumpió el camarero con una sonrisa—. ¿Han decidido ya qué van a tomar?

Jesse cazó la carta y echó una ojeada rápida.

—Por mi parte está claro. El rodaballo con ajo negro, rosbif con Yorkshire *pudding* y salsa Robert. El pollo cocido a la cazuela con riesling también lo probaré. La ensalada César de entrante y como postre me quedaré con el *crumble* especiado de manzana y uvas, la tarta de fresones con infusión de rosas y violetas y... La ensalada de fruta osmotizada, que hay que mantener la línea. ¿Y tú, Galilea?

Ella lo miraba como si hubiese dicho una barbaridad.

—Una ensalada básica estará bien. Sin aliñar, prefiero hacerlo yo por mi cuenta.

—Perfecto. —Y se retiró.

Jesse chasqueó la lengua.

—Maldición, eres esa clase de chica con la que hay que compartir la comida.

—¿Perdón?

—Siempre pido el doble de lo que como porque mi acompañante femenino se agarra al clásico de la ensalada, y no me gusta ponerme hasta el culo delante de alguien que se pasa toda la noche removiendo un puñado de hojas.

»Puedo cederte el primer y segundo plato que más te guste, pero la tarta es para mí. No se juega con la tarta. Y, por cierto —añadió—, me has decepcionado. Tu respuesta debería haber sido «tomaré lo mismo que él», como en *Cuando Harry encontró a Sally*.

—No sabía que estuviéramos jugando a las películas. —Se defendió—. Y en todo caso, ¿no serías tú Harry y yo Sally?

—¿Qué más da? El género cada vez tiene menos importancia, y no permitiré que una mujer que comparte apellido con la *drag queen* más poderosa de la novena temporada de *RuPaul's Drag Race* diga lo contrario.

—De la novena me gustaba mucho más Trinity Taylor. Y yo no pienso permitir que me cebes porque no soportes comer tú solo. Las mujeres no bajamos los tres kilos de comida que piensas meterte entre pecho y espalda ni con dos meses de gimnasio.

—El peso no es lo que os importa en estos casos. No coméis en las citas porque os hincha el estómago y os da vergüenza que se vea que sois humanas cuando os empezamos a desnudar. Voy a desmentir un mito ahora mismo, *mamisonga*... Lo último que mira un tío cuando está cachondo es la barriga.

—¿Cómo me has llamado?

—Es jerga puertorriqueña.

»So? ¿Vamos a jugar a las preguntas mientras llega la comida?

—No. Podría contestar cada pregunta sobre ti sin parpadear.

—Ah, ¿sí? ¿Estás segura de eso?

—Llevo año y medio trabajando a tres metros de tu despacho, y el contenido de estas tarjetas es básico. Cualquiera que haya hablado contigo alguna vez sabría responder.

—A ver, déjame echarles un vistazo.

Galilea volvió a inclinarse para buscar las tarjetas en el bolso y Jesse volvió a echarle un vistazo a su canalillo.

—Aquí las tienes. No vas a poder pillarme —aseguró, mirándolo a los ojos.

Jesse se lo tomó como un desafío más que como una afirmación y rozó el dorso de su mano al coger las tarjetas. Observó que Galilea retiraba el brazo rápido, con un temblor desconocido en la muñeca.

De nuevo, muy interesante...

Ojeó las cincuenta preguntas por encima.

—¿Querías conocerlo mejor o hacerle un test de donante de esperma? Se habría arrancado las orejas antes de que llegaras a la número quince.

—¿Qué más da eso ahora? No ha tenido las narices a aparecer, es caso cerrado. Lo que hubiera pasado, o no, ya me da igual.

Jesse ni se planteó decirle la verdad. Estaba borracha y susceptible, en parte por su culpa, y sabía de lo que era capaz una mujer cuando la acompañaba esa adjetivación concreta.

Esa noche no iba a hacerse cargo de nada.

—Muy bien, Galilea. ¿Qué sabes de mi familia?

—Tienes dos hermanos, aunque con ninguno compartes sangre del todo. El mayor, Marlon, tiene treinta y siete años y su madre fue una empresaria de Seattle; el menor, Marc, tiene treinta y tres años y su madre era instrumentista en la orquesta de Miami. La tuya es una puertorriqueña con la que tu padre tuvo un *affair*. Aparte de *latin lover*, el Miranda original era el fiscal del distrito. Tienes un sobrino de once años que, en realidad, no es tu sobrino, porque, en realidad, no es hijo de Marlon, sino un muchacho adoptado por su mejor amiga que tu hermano cuida p....

—De acuerdo, de acuerdo, tienes un diez por esa parte —cortó—. Pero sabrás que eso son tonterías mejores que todo el mundo conoce, ¿no? No sabes quién es la persona que tienes delante hasta que puedes decir cuál es su película, canción y animal preferidos. Y si prefiere la playa o la montaña.

—Estás permanentemente bronceado, así que la playa. Tu canción favorita es *Na, Na, Na* de My Chemical Romance o, por lo menos, la que más reproduces cuando estás de buen humor. Una película que te encanta es la de *Harry el Sucio*: siempre respondes al teléfono diciendo «alégrame el día» con el acento de Clint Eastwood. Tu animal favorito es tu perro, al que seguro que le pusiste el nombre de un antidepresivo porque piensas que las mascotas son lo que mejor cura la tristeza.

Jesse se quedó mudo, y eso ya era decir. Había dado por supuesto que Galilea no lo soportaba y estaba tan centrada en su trabajo que no le importaba ni su nombre de pila. Se había equivocado en sus predicciones.

Otra vez.

—Vaya. —Suspiró. Hizo una pausa que duró lo mismo que tardó el camarero en servir cada uno de los platos encargados. Jesse hizo la distribución como convino—. Bien, ahora necesito estar a la altura. Vas a tener que hablarme de tus películas y canciones.

Galilea se quedó mirando la comida con cara de palo, un gesto que no le pasó por alto.

—Cambiemos el juego. Por cada pregunta de las tarjetas que me hagas y que yo adivine, vas a probar un bocado. ¿Te parece?

Galilea entornó los párpados, pero como Jesse supuso, le pudieron las apariencias y fingió que no le importaba comer delante de él.

—No vas a adivinar ninguna —acotó. Metió la mano con disimulo en el bolso y sacó la botella de vino, dejándola en la mesa como si no hubiese pasado nada—. No sabes nada de mí.

—Entonces tendré que improvisar. Dime si me equivoco. Eres hija única —probó, después de echarle un vistazo—. Alguno de tus padres subestimaba tu inteligencia, así que perseguías los sobresalientes para reivindicarte. Tienes cara de tener mascota, pero no te gusta la suciedad, el desorden te pone nerviosa y no te sobra tiempo para pasar tiempo con ella, así que debe ser un animal limpio y que no requiera grandes cuidados. Tal vez un pez o un pájaro. Has visto todas las películas que yo he visto. De hecho, diría que vas al cine cada miércoles de estreno porque las entradas son más baratas. A lo mejor tienes una cuenta en *Filmaffinity* donde dejas tus reseñas, y raras veces suelen ser positivas, pues solo bajo el anonimato te atreverías a hacer una crítica negativa. Eras la única rara de tu clase a la que le gustaba la sintaxis, porque te encanta ser la mejor haciendo las tareas que los demás odian, hay menos competencia. Y todavía no sé si eres tímida o borde, la línea que separa ambas cosas es muy fina, pero estoy seguro de que infundías tanto respeto a los tíos de tu clase que tuviste que echar un novio fuera de la universidad, con el que duraste... ¿tres años?

—Cinco.

—Pero la ruptura no te dolió porque, aunque tiendes al conformismo, en el fondo de tu corazón lo detestas. Y no estabas enamorada de él, estabas a su lado por costumbre. Igual que sueles estar donde estás por comodidad, porque te da miedo lo que quieres y temes equivocarte.

»Dime —concluyó, acomodándose en la silla. Sonrió al ver que la había dejado sin palabras—. ¿Cuántos errores?

—Ninguno de mis padres subestimaba mi inteligencia —respondió ella—. Fue el orientador del colegio. Dijo que era corta de mente y necesitaría ponerle más empeño que los demás para aspirar a un siete de diez. Sí tengo cuenta en *Filmaffinity*, pero solo comento cuando tengo algo bueno que decir. Y no imponía a los tíos de mi clase. Era directamente invisible.

—¿Tu falda no tenía tanto carácter por aquella época como para llamar la atención?

—Llevaba pantalones de pescador.

—Dios santo —exclamó por lo bajo—. Dime que eran de cuadros.

—Rombos. Rojos y amarillos.

—Sublime. ¿Me los presentarás? Siento curiosidad por lo que tengan que decir.

—Mis calcetines por la rodilla de rayas son mucho más interesantes.

—Deberían hacer una película sobre tu armario, contiene verdaderas joyas, no como leones, brujas y puertas a Narnia. Eso ya está desfasado.

Galilea sonrió. ¡Victoria! Y victoria por partida doble, porque pinchó el filete y se llevó un trozo de carne a la boca. Jesse aprovechó para fijarse en su pintalabios. No sería un hombre si no se dejase impresionar por unos morros oscuros, pero le tocaría ignorar su creciente fascinación. No iba a sucumbir a los encantos físicos de una mujer con la que trabajaba. Tenía esa lección muy bien aprendida.

Antes de desarrollar lo terrible que sería dejarse llevar, la bombilla se le encendió y se dio cuenta de un detalle insignificante en el que no pensó al hacerse cargo de la situación.

—¿Qué tal está la comida? ¿Como para poner una reseña positiva en *Trip Advisor*?

—Es el mejor pollo que he comido.

—Entonces se cumple el dicho de que todo lo que es gratis sabe mejor.

Esperó a que la mente ralentizada y ahogada en vino caro de Galilea asumiera lo que estaba insinuando.

—¿Estás diciendo con eso que...?

—Que nos vamos a tener que hacer un *simpa*, sí. Pero tranquila. Estás delante de todo un profesional del oficio.

Galilea soltó el tenedor y apoyó las manos sobre el regazo, sin torcer la expresión ni un poco.

—¿Has venido sin dinero? —siseó en voz baja.

—¿Y tú? ¿Has venido sin dinero?

—Pues claro. En estos casos siempre paga el hombre, es la letra pequeña que viene con el hecho de quedar.

—Eso no te ha quedado muy feminista, pero da igual. Podemos seguir comiendo tranquilamente hasta que...

—¿Disculpa? No voy a comerme algo que no voy a pagar, es ridículo. Y se me ha cerrado el estómago.

—Muy bien, entonces tenemos tres opciones: la primera es ponernos nombres falsos y decirlos en voz alta para que, cuando salgamos corriendo, los de las mesas vecinas puedan decirlos equivocados al encargado. La segunda es quedarnos toda la noche fregando platos. Y la tercera es fingir un envenenamiento. —Levantó la mano—. Me quedo con la tercera.

—O puedo meter un pelo en la comida y decir que no me lo cobren.

—¿Vas a arrancarte un pelo por cada plato? No merece la pena quedarse calva por una ensalada de frutas. Por un volcán de tres chocolates tal vez, pero...

Galilea bufó y uno de sus bonitos mechones rubios voló. Desde luego que no iba a arrancarse un solo pelo. No mientras él pudiera evitarlo.

—No me lo puedo creer. —Se cubrió la cara con las manos—. El único día que salgo sin dinero... y no llevo encima la tarjeta porque Shanghái la necesitaba para comprarse no sé qué juego de ordenador por Amazon.

—No te preocupes, he quedado como un rey todas las veces que me he ido sin pagar. ¿Quieres fingir que te ahogas, o lo hago yo? Puedo vomitar, pero no creo que te guste la visión y me perderías el respeto.

—A estas alturas ya no sé cómo aplica esa palabra en ti —respondió con una risa histérica—. Dios... Creo que me estoy mareando.

Jesse frunció el ceño al ver que se abanicaba.

—¿Cómo que mareando?

—Sí... Siento que no me llega aire a los pulmones, y... Necesito ir al baño y mojarme un poco la cara —dijo en voz alta.

Se puso en pie, tambaleante. Jesse la imitó e hizo ademán de rodear la mesa para sostenerla, pero sus reflejos fallaron y ella se tropezó con sus propios pies al caminar. Se agarró al mantel

de la mesa para mantener el equilibrio. Acabó tirando al suelo un vaso y un par de platos, captando la atención de todos, que se alarmaron al verla caer de culo.

—Joder. —Se le escapó a Jesse. Se arrodilló junto a ella y le puso una mano en la frente—. ¿Te encuentras bien?

—¡Señorita! —exclamó el encargado—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, se ha agobiado y, de repente...

—Creo que voy a vomitar —dijo Galilea, llevándose una mano a la boca—. Estoy... Estoy... Le veo doble.

—Se nota que no está bien —comentó el tipo de la mesa de al lado—. Mirad cómo suda, deberíamos llamar a una ambulancia.

—No creo que sea tan grave —defendió el encargado—. Seguro que tumbándose se sentirá mejor. Vamos, pegue la espalda al suelo y cierre los ojos, iré por un abanico.

» ¿Hay algún médico en la sala? —preguntó en voz alta. Miró con preocupación a Galilea, que tragaba saliva con dificultad—. ¿No...?

—Sí, yo soy doctor —anunció un hombre al fondo. Se acercó rápido—. Trabajo como pediatra, pero puedo atenderla. Dígame su nombre.

Galilea tosió débilmente.

—Jessica. Jessica Aranda.

Y miró de reojo a Jesse, que por un momento cambió la cara de preocupación por una mueca que trataba de ocultar las ganas de romper a reír.

—¿Se encuentra tan mal como para pedir ayuda?

—¿Pues no lo ve? —se metió él—. Ha debido ser algo de la comida, estoy seguro. Ese exceso de especias ha debido sentar mal al bebé.

—¿Al bebé? —inquirió el médico en tono de sospecha. La miró sin mucha convicción—. ¿Está embarazada?

—¿Por qué lo pregunta con ese tono? ¿No cree que tenga buena puntería, es eso? —El hombre empezó a pedir disculpas enseguida por la ofensa—. Piérdase. Lo mejor será que la lleve al médico.

—Sí. —Galilea se mordió el labio—. Creo que tengo húmeda la entrepierna. —Y se llevó la mano allí. Jesse estaba muy metido en su papel, pero tuvo que contenerse para no dejarse en evidencia al observar cómo se palpaba la zona—. Tengo mucho miedo, *papisongo*.

Jesse agachó la cabeza para que no lo vieran partirse el culo. Se cubrió la cara con la mano y dejó que sus hombros temblaran para luego levantar la cabeza y asegurarse de que se había frotado los ojos lo suficiente para que pareciera que estaba llorando.

—Visto que nadie va a ayudar, me la llevaré de aquí. —Se levantó con convicción y cogió a Jessica Aranda en brazos. Miró al encargado con desprecio—. Cargue la cuenta a mi nombre, tendrá mi número por la reserva.

—Pero señor...

—Ay, cómo me duele —lloriqueó ella, abrazando el bolso. Jesse la miró con un amago de sonrisa antes de fulminar con la mirada al propietario, que casi se encogió.

—Si no quiere que ponga una hoja de reclamaciones va a tener que cerrar el pico, señor. Buenas noches.

»Tranquila, cariño —decía en voz baja al alejarse con ella en brazos—. Te pondrás bien, ya verás...

Se calló por acción del sordo sonido que hizo el bolso al caer al suelo. El restaurante se quedó en silencio por culpa del tintineo que provocaron los soportes de las velas al resbalar por el mármol, igual que cuando observaron que las servilletas asomaban por el borde.

Jesse y Galilea intercambiaron una mirada rápida. Él tiró del asa del bolso antes de que el encargado —que empezó a ponerse rojo de rabia— pudiera pronunciar una sola sílaba. Después, Galilea se abrazó a él y dijo unas palabras en su oído.

—Corre, Forrest. ¡Corre!

* * *

Jesse salió escopeteado del restaurante sin soltar a Galilea, que se reía sin parar. La huida frenética no le impidió apreciar debidamente el milagro del siglo: su risa era tan contagiosa que Jesse acabó copiándola sin dejar de correr tanto como se lo permitían las piernas y el peso que cargaba.

—¿No están siguiendo? —jadeó ella.

—No tengo ni idea. Como tuerza el cuello seguro que nos caemos. ¿Dónde vives?

—¿Me vas a llevar corriendo?

—Me has dicho que corra y me has llamado Forrest, ¿no te acuerdas de que lo hizo por tres años, dos meses, catorce días y dieciséis horas? Podemos llegar a Tallahassee si me esfuerzo.

—No hace falta, vivo en South Miami. Aun así te queda lejos para hacer toda la distancia corriendo.

Jesse dobló el callejón junto a un *parking* de bicicletas y bajó a Galilea al suelo, sin aliento. Con las prisas no se había dado cuenta de dónde estaba poniendo las manos, y eso significaba que ahora tenía el vestido mucho más arriba de lo que solían cubrir sus terribles faldas. No quiso prestar atención, pero ella se rio como una borrachuza tontorróna y se sintió un adolescente a punto de dar su primer beso. Acabó echándole un vistazo a sus piernas pálidas.

Por alguna extraña razón, sus muslos rellenitos le arrancaron una sonrisa bobalicona.

—South Miami nos queda a una hora andando. ¿Has venido en taxi? —Ella asintió. Apenas la veía en condiciones. La empujó con sutileza por los hombros para ponerla bajo la luz de la única farola que alumbraba la calle a esas horas—. No tienes para el taxi de vuelta, ¿verdad?

Galilea exageró un encogimiento de hombros y se tambaleó hacia delante. Él la sostuvo con una sola mano por el brazo.

—Pensaba que esta noche dormiría en casa del señor quedo-contigo-pero-luego-no-aparezco.

—¿Tanta fe tenías en que te gustase? Vaya, vaya, y yo que pensaba que eras muy exigente.

—No se puede ser muy exigente cuando eres como yo.

Jesse captó unas voces hablando agitadas y unos pasos acercándose. «Por ahí», le pareció escuchar. No lo pensó dos veces y giró tirando de la mano a Galilea para pegarla a la pared, cubriéndola con su cuerpo. Ella se rio otra vez. Y él se rio también, pero le puso un dedo en los labios.

—Este dedo vale por un «cállate o nos descubren» y por un «cállate y no digas gilipolleces» —susurró. Ella parpadeó como si no se lo creyera—. Bien, estudiemos la situación. Jessica Aranda no tiene vehículo para llegar a casa y no está para fiestas de hora y media andando. Cero dólares en la cartera. Fácil: necesitamos una bicicleta.

—¿Qué? —exclamó sin voz. Su aliento le hizo cosquillas en la yema del dedo, que apartó para dejarle hablar—. No sé montar en bicicleta.

—Yo sí. —Se giró y se dirigió a la zona reservada a la que le había echado un ojo antes—.

La pregunta es: ¿eres buen paquete? ¿Sabes mantener el equilibrio?

—Soy bajita, mi eje de gravedad está más cerca de la tierra.

—Esa es la actitud. —Aplaudió.

La cogió de la mano y tiró hacia ella en dirección a la primera bicicleta que pudo salvar del candado. Fue tan sencillo que masculló una maldición.

¿Por qué la gente no cuidaba las cosas? Así no tenía gracia robar.

Como si Galilea le hubiese leído la mente, murmuró:

—¿No nos hemos saltado la ley ya suficientes veces por hoy? Somos abogados, debemos dar ejemplo.

—Mañana devolveré la bicicleta. Pensaba dejarle una nota al propietario. —Jesse, mostró el bolígrafo que tenía en el bolsillo—. Siempre llevo uno conmigo, es más barato que una pistola para defenderte de los delincuentes.

—Solo que esta vez los delincuentes somos nosotros.

—Elemental, mi querida Watson. Ahora, ¿serás buena Bonnie para este Clyde y me darás una de las servilletas para escribir mi confesión?

—¿Vas a dejar una prueba que te incrimine?

—En realidad, te incrimina a ti, que eres quien llevaba la servilleta de tela, pero como soy abogado, podré sacarte de la cárcel sin pestañear.

—Qué romántico.

Jesse la miró de reojo al tender la mano.

—Ese, junto con «tímido», es el adjetivo que peor me queda. —Cogió la servilleta que logró rescatar del bolso después de una búsqueda torpe.

—Oh, mi dulce caballero, acepta esta prenda como símbolo de mi gratitud.

Él lo besó y lo levantó con una sonrisa, fijándose en que había una marca de pintalabios.

—Me lavaría la cara con ella si estuviéramos representando *Shrek*, pero creo que en su lugar... —Hizo una gran reverencia—. Soberana y alta señora, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud el que no tiene.

Ella volvió a soltar una de esas carcajadas atontadas por el alcohol que le quitaban el nombre, le borraban el apellido y le sacaban de encima todas las responsabilidades. Cuando Jesse terminó de garabatear —«Si por casualidad llegas antes que yo, tu bicicleta está a salvo y no pido por ella ningún rescate. A las siete en punto de la mañana estará en su lugar»— le hizo un gesto a Galilea para que se acercara.

—Su carruaje. —E hizo un floreo hacia sus piernas abiertas—. Los blancos corceles están pasados de moda.

—Y las damas también —declaró, tambaleándose. Se tropezó dos veces y tuvo que agarrarse al manillar, sobre la mano de Jesse, para no acabar abriéndose la frente. Jesse observó que se había mareado y desmontó la bicicleta para examinarla.

—Vale, ahora sí que estás borracha. ¿Puedes describir mi cara?

Galilea entornó los ojos sobre él.

—Claro que sí.

—Demuéstralo.

—Pues... Tienes dos ojos, una nariz y una boca, barba de tres o cuatro días y un corte de pelo desenfadado que te hace parecer un adolescente en vez de un hombre trabajador.

—Demasiado general.

—Normalmente, te cae ese mechón por aquí —Le señaló la sien derecha—, pero hoy te habrás levantado rebelde porque está jussssssto en este otro lado. —Apuntó la izquierda—. Tus ojos son de un tono difícil de definir. A veces amarillos y a veces naranjas, depende de si te da el sol, la luz del flexo, los fluorescentes del pasillo o los focos del ascensor. Tienes una oreja más arriba que otra y se nota bastante, sobre todo porque en la derecha llevas una dilatación. No sé cómo es que nadie dice nada o alguien te toma en serio. Ah, y tienes tres lunares en diagonal, justo a un lado de la nariz.

Jesse volvió a quedarse sin palabras.

¿Tenía tres lunares justo a un lado de la nariz?

—Realmente lo sabes todo sobre mí, ¿no? —preguntó con una sonrisilla—. Está claro que o ves muy bien o me tienes muy estudiado, y por tu bien debe ser lo primero o no llegaremos nunca a casa.

»Sube. —Hizo un gesto para que lo imitase y se colocara en el minúsculo triángulo disponible del sillín.

Se le ocurrió que no era muy buena idea cuando Lea le dio la espalda para montarse y le echó una ojeada a su trasero. Una reacción inocente, lo juramos. No iba a caber ahí ni de broma —como no habría cabido el culo de nadie—, pero aquel en concreto se vería en severas dificultades para no acaparar su entero regazo.

Por fortuna, cuando se liaba a pedalear se olvidaba de todo, y no solo iba a trabajar en bicicleta, sino que era ciclista. Llevaba haciendo maratones exhaustivos desde los trece años, la mayoría con inclinación. No sería tan difícil transportar a una mujer en terreno llano, especialmente cuando demostró saber quedarse quieta al ponerse en camino. Lo único malo fue que su pelo ondeó a su espalda por culpa de la brisa, y un golpe del único perfume femenino que él conocía estuvo a punto de frenarle.

Jesse tragó saliva y apoyó la barbilla sobre su hombro para ver cómodamente la carretera. Solo así no se matarían, pero prefería no oler esa colonia.

Imposible. Su pelo estaba infectado y él tuvo que pasar un viaje de treinta y ocho minutos con la mandíbula desencajada y los mechones haciéndole cosquillas en la nariz.

Le costó recordar que estaba de buen humor al tomar las indicaciones que Galilea hizo hasta el portal de la casa, pero consiguió relajarse en cuanto bajó de la bicicleta y ayudó a que su adjunta —porque eso era, su adjunta, aunque oliese como otra mujer que ya no tenía título ni relación alguna con él— no se partiera la crisma intentando subir las escaleras.

—Te dije que las noches conmigo eran inolvidables —le recordó, tendiéndole el bolso. Ella lo cogió y medio sonrió.

Con el pelo electrizado por el viento, los ojos brillantes por el alcohol y una sonrisa sutil de satisfacción, era literalmente cualquiera menos Galilea Velour.

—Digamos que no ha sido el tipo de noche al que estoy acostumbrada y no era lo que esperaba. No la repetiría, pero tampoco ha estado del todo mal.

Jesse arqueó una ceja.

—¿Qué esperabas con exactitud?

—¿No es obvio? —inquirió, torciendo la boca. Cogió el bolso con las dos manos y lo balanceó, golpeándolo contra sus rodillas—. Por fin me había decidido a hacer algo con mi vida sentimental y me sale así de mal.

»No creas que esperaba un romance de novela o una de esas citas en las que descubres que la persona a tu lado y tú congeniáis. —Se desinfló y lo miró a la cara—. Solo quería una noche loca, fuera de lo que Lea suele hacer, que es quedarse en casa adelantando trabajo.

—Así que Lea. Ese es tu apodo oficial. Ni Lily, ni Gal. Lea. —Ella asintió—. Te sienta bien. Y no puedes decir que no hayas tenido una noche loca. Dudo que repitas algo así en tu vida.

—El plan era alejarme un poco de mi trabajo, desconectar de lo que está en mi cabeza y al final no me deja concentrarme, y mírate: mi jefe en persona, acompañándome incluso en mi tiempo libre.

»En fin, será mejor que me vaya. —Suspiró. Se dio la vuelta sin otra despedida cuando de repente paró en seco. Despacio, sus ojos buscaron los de Jesse. La Lea que reía sin parar desapareció y se impuso una criatura tímida y nerviosa que aun así sabía muy bien lo que deseaba—. ¿Quieres pasar?

Jesse alzó las cejas, sorprendido por el atrevimiento. Era de dominio público qué significaban esas dos palabras. Eran sinónimo de esas otras dos: «¿Quieres follar?».

A Jesse le habían preguntado, insinuado y sugerido algo similar después de la mayoría de las citas que tuvo, solo que, en ese caso, no era una cita. No contaba como tal. Él no se había sentado en esa mesa porque quisiera intimar con Galilea Velour. Fue por mera curiosidad, un poco de aburrimiento y, por qué no, también hubo algo de morbo. Pero tal vez le había dado la impresión equivocada.

De todos modos, que la idea no hubiese cruzado su mente no significaba que no lo hiciese justo entonces. Galilea tenía el pelo muy largo y precioso, de un tono entre dorado y ceniza, que favorecía sus ojos. Era de cadera ancha, piernas donde agarrar y el escote del vestido negro sin mangas era tentador de sobra. No era una mujer a la que abordaría en una discoteca o en un bar ni que le llamara la atención a simple vista. Si fuera con una amiga por la calle, muy probablemente miraría antes a la otra. Pero lo miraba de una forma que le hizo llegar a una conclusión que no le gustó un pelo: si Jesse fuera con un colega, lo elegiría a él. Él sí sería el punto de mira para Galilea si coincidieran en un club.

El descubrimiento no le hizo desearla por arte de magia, sino que le generó una fuerte curiosidad. Se preguntó cómo sería en la cama, cómo besaría, si se bajaría al pilón a la primera de cambio, si prefería morder o lamer o ambas. Tal vez debajo de su espantosa falda hubiera algo más. Algo que merecía la pena.

Jesse metió las manos en los bolsillos y sonrió.

—Aquí donde me ves, soy un tío que se rige por sus normas. Las suyas propias y las de nadie más, pero las tiene. Una de ellas es no complicarme. Otra es no jugar con gente del trabajo.

Hizo una pausa porque la decepción que inundó a Lea fue tan grande que él mismo la sintió.

—No me cabe duda de que, si el tipo hubiese aparecido, te habría acompañado hasta arriba.

La vio tomar aire hasta que su pecho no pudo contener más, y luego soltarlo de golpe. Estuvo un buen rato en silencio, buscando las llaves en el bolso. Cuando las tuvo en las manos, que le temblaban por causas desconocidas, se dirigió a él con cara de cansancio.

—Entiendo.

»Gracias por la lección. Prometo bajar el listón a partir de ahora.

Capítulo 6

Cuidado con cómo me miras

Jesse cruzó la pasarela de la oficina con una mano metida en el bolsillo, una piruleta sabor frambuesa dando vueltas en la boca y el periódico de resultados deportivos abierto en la aplicación móvil. Revisaba la victoria de los All Blacks frente a los Pumas cuando recordó que, a lo mejor, comprar chucherías para el tipo al que le robó la bicicleta no había sido la mejor idea.

Había dado por hecho que sería un adolescente y acabó pidiendo disculpas a un sexagenario con boina de lo más cariñoso. Como siempre, Jesse entraba a trabajar de buen humor, pero esta vez hacía su entrada muy sonriente gracias al glorioso desayuno que había pagado la víctima del robo.

Era irrisorio que tuviera tan buena suerte. No eran ni las siete de la mañana y ya tenía un nuevo amigo, una bicicleta para cuando la necesitara, una piruleta en la boca y a Caleb Leighton y a Marc Miranda discutiendo en la sala de reuniones, su *reality show* preferido.

Aquellos dos discutiendo le daban mejores ratos que George y Mildred.

—¿Qué tramáis, morenos? —saludó, haciéndose notar con la voz de Clint Eastwood.

Leighton y su hermano se giraron, ambos molestos porque hubiera interrumpido su competición de quién meaba más lejos.

Jesse había visto en el baño a su hermano, así que apostaría por él.

La enemistad entre su jefe y el pequeño de los Miranda podía entenderse de muchas formas, y todas serían falsas. Algunos decían que venía de los sentimientos que Caleb tenía hacia la

esposa de Marc, y otros que se debía a que Marc le hubiera levantado unos cuantos líos casuales al mandamás del bufete... Pero al final era tan simple como que dos machos de pelo en pecho estaban destinados a competir. Eran enemigos ancestrales. Se habrían llevado mal en cualquier época pasada o futura.

Y los dos idiotas pretendían fusionar sus bufetes en uno solo... A Jesse le dio un ataque de risa de cuando le pusieron al corriente.

Una vez Marc tomara el control de la empresa de Caleb dejarían de llamarse Leighton Abogados para denominarse Leighton Acabados. O Leighton Ahorcados.

—Llegas a tiempo para enterarte de la reforma —anunció Caleb. Llevaba corbata, algo inusual en él.

—¿Por fin me vas a dar un despacho más grande?

—No. En todo caso se lo daría tu hermano. ¿No ves que lo comparte con su gran ego? El lugar debería ser amplio.

Jesse miró a Marc esperando un glorioso contraataque, emocionado. Supo su respuesta antes de que abriese la boca.

—De ahí la reforma. Necesito espacio para que se ponga cómodo. O por lo menos algo mejor que el agujero que pretendía encasquetarme Leighton. Quiero un despacho que no saque al toquiano que llevo dentro, y por preferir, desearía no acabar el año con claustrofobia. Para eso habrá que tirar unas cuantas paredes, y... —Eché un vistazo alrededor—. No me gusta que el mobiliario sea de roble. Cambiaremos los escritorios por cerezo o caoba, igual que el suelo. Esta moqueta me recuerda a la casa de campo de la señora que me acogió cuando estuve estudiando en Dublín. Muy hogareña, pero se ensucia fácilmente y da grima. Pondremos Starwood. O Urbatek. O un suelo laminado antideslizante.

—¿Vas a recitar todos los tipos de pavimento de memoria o pretendes enseñarnos en algún momento el librito de muestras? —se burló Caleb—. Antes de que respondas, no vamos a levantar la moqueta. Nos quitará meses de trabajo y, además, no vas a trabajar en esta zona del edificio lo suficiente para que puedan molestarte las características del suelo.

» ¿A quién coño le importa el suelo? —masculló por lo bajo.

—A mí, y no solo el suelo, sino tu traje, pero eso es demasiado tarde para cambiarlo. Iremos por partes —continuó, cambiando de tema—. Me he tomado la libertad de programar las distintas reformas por los siguientes seis meses. También he reorganizado las oficinas para que no afecte al trabajo. Por ejemplo, cuando tiremos el tabique junto a la oficina de Jesse, este se acomodará en el despacho vacío del fondo del pasillo. —Dejó unos cuantos papeles grapados

sobre la mesa y los deslizó por la mesa. Caleb los miró con desconfianza—. Las muestras están en las carpetas que te he dejado antes. No creo en la democracia, pero por esta vez puedes ayudarme a elegir el acabado del entarimado. Siempre y cuando no dejes este *linkfloor* desgastado —añadió, echando un vistazo asqueado al suelo—. Tengo trabajo. Nos vemos en torno a las cinco. Me pasaré para saber cuál es tu elección y ponernos en contacto con el arquitecto.

Jesse despidió a su hermano con un guiño y observó cómo hacía enmudecer a los asociados de la planta cruzando el pasillo. No devolvió la mirada a Caleb hasta que no desapareció.

Sacó la piruleta de la boca haciendo un sonido que crispó a su amigo, y sonrió.

—Hazle caso. De pequeño le encantaban los programas de decoración. Tenía gracia porque los veía a escondidas. Como se levantaba el primero, se tragaba los tres o cuatro capítulos tomándose sus cereales, y cuando nosotros aparecíamos...

Obedeció la orden de silencio de Caleb al verlo levantar un dedo.

—Tu hermano no va a salirse con la suya, ¿me oyes? No sé qué concepto tiene de fusión, porque no significa que pueda hacer lo que le salga de las narices. Puede que él sea el sesenta por ciento de la unión porque aporta más, pero no va a destrozar mi suelo, mis cortinas o lo que sea que le moleste solo porque quiera sonreír cuando pase por este pasillo en su visita trimestral.

—¿Y eso por qué no se lo dices a él? Marc siempre está abierto a críticas. No quiero decir con eso que vaya a hacerte caso, claro, pero por lo menos... —Se encogió de hombros y le dio la vuelta a una de las sillas apiladas para despatarrarse, apoyando el pecho en el respaldo—. ¿Qué más te da? Es solo *starwood*, y la va a pagar de su bolsillo.

—Me la suda. No es solo *starwood*, se trata de mi orgullo. Un niño pijo no va a desbaratarme el negocio con sus caprichitos estúpidos.

—Entonces intenta llegar a un acuerdo con él. Hace y deshace como más le gusta y lo seguirá haciendo si lo único que haces es cabrearte. Marc aceptará cualquier propuesta mientras no sea quedarnos como estamos, le gusta la gente que sabe regatear. Pero deja que te diga que si el despacho que le has ofrecido es el de Parton, entiendo totalmente su reacción. ¿Has visto el que tiene en Miranda & Moore? No se instaló un *jacuzzi* porque si no se quita el traje para dormir, menos para bañarse.

»Tampoco habría estado nada mal, imagina... Su secretaria esperándote en bañador con un Martini en la mano. Yo no le diría que no, y eso que las pelirrojas no son mi tipo.

Caleb terminó de pasarse la mano por el pelo, cansado de escucharlo, y apoyó los nudillos sobre la mesa.

—Estoy agobiado con todo esto y tu hermano no ayuda.

—Pero si quiere encargarse de todo. Tú solo tienes que decir que sí.

—No pienso decirle que sí.

—Entonces es tu problema. Solo quiere diseñar interiores, zorrillo, dale el gusto al pequeñín. Se acerca Navidad y hay que hacer felices a los niños.

Caleb le lanzó una mirada asesina.

—No estás echándome una mano. Y Aiko tampoco, porque no está. Tengo que enfrentarme yo solo a ese monstruo rubito y no quiero. Más te vale ayudarme a manejarlo para que no convierta esto en *La casa de mis sueños*.

»O eso o le digo que Aiko está embarazada —amenazó.

Jesse levantó la barbilla de golpe. Se midieron con la mirada.

—No te atreverías.

—Oh, sí que me atrevería. Será un gustazo verlo desaparecer nueve meses. De hecho, sería aún más interesante ver cómo se echa atrás con todo lo de la fusión porque conseguirá la baja de paternidad y después Aiko no volverá a trabajar por un largo tiempo.

Jesse negó con la cabeza.

—Ha creado a un monstruo.

—¿Monstruo yo? ¡Monstruo él! —se quejó—. Jesse, solo quiero un poco de paz. Es el segundo día que viene con gilipolleces y como haga un comentario sobre... las vidrieras, o lo que sea, le estrangularé. No me importará que el niño nazca huérfano de padre, y créeme, eso son palabras mayores cuando vienen de uno. Controla al demonio o jugaré sucio.

Jesse se levantó y le dio una palmadita en el hombro.

—Amigo, deberías desayunar algo de fibra y hacer deporte. Prueba el ciclismo, sudar siempre elimina toxinas y respirar aire fresco nunca viene mal. Pero en fin, parece mentira que tenga que recomendarle vías de escape al hombre que se da paseos con su novia por el archivo. Deberías ser el menos estresado de la oficina, zorrillo mío.

—¿Menos estresado por eso? Si me viste ayer con Mio allí no deberías decir eso. Ella solo es otra preocupación más.

Jesse parpadeó sin ocultar su ilusión.

Vaya, esperaba obtener una pequeña regañina por *voyeur*

y entrometido que derivase en una charla profunda sobre sus sentimientos y no, se llevaba algo mejor: emotiva confesión matutina.

—¿Por qué debería ser una preocupación? Se está entrenando para eso de la Policía. Ganará cinco kilos de músculo que irán al culo y a las piernas, y no hay nada mejor que un *fundillo* respingón para abofetear en momentos de tensión.

»Oh, no, espera, que tú eres más de recibir.

Caleb le dedicó una mirada furiosa de la que él se rio entre dientes.

—En eso le va muy bien. Pasa horas haciendo ejercicio y llega molida a casa.

—Entiendo... El problema es que no te tiene bien alimentado. Pobrecito, a saber lo que llevas sin *chichar*.

Caleb puso los ojos en blanco.

—Últimamente aflora mucho tu lenguaje puertorriqueño. Intenta reservarlo para quien lo entienda, ¿quieres? Y no es nada de eso. Más bien lo contrario. Todo va demasiado bien, y cuando a Mio algo le va bien, quiere que vaya mejor aún. Apresura tanto las cosas y se empecina tanto en tenerlo todo ya que...

Jesse esperó a que continuase.

—Creo que quiere casarse. —Suspiró al fin, dejándose caer frente a él.

—Una mujer está cómoda contigo y ya crees que te va a bailar el *Single Ladies* de un momento a otro. Yo ya no ejerzo, amigo, pero si necesitas un terapeuta...

—No es una sospecha. Ha dejado caer alguna que otra vez cosas. A lo mejor estoy loco y veo fantasmas donde no los hay, pero después de la boda de Aiko está muy pendiente de los programas donde les compran vestidos a las novias. ¿Sabes cuáles te digo?

—Sé cuáles son, esos también le encantaban a Marc. —Caleb hizo una cara rara—. ¿Vas a soltar una mierda machista? A mi hermano le gusta organizar y no hay nada que requiera mayor organización que una boda, supéralo. Ah, y que los viera no quiere decir que se muriese por casarse. A Mio le pasará lo mismo.

—El otro día se paró delante de una tienda de tartas —añadió.

—¿Quién no se para delante de una tienda de tartas? Es de mala educación no devolverles la mirada.

—Jesse, por favor —interrumpió por lo bajo. Jesse lo miró, sorprendido por el reclamo. Lo vio entrelazar los dedos, dudoso—. Si no fuera un gran problema no me habría molestado en

decírtelo. No sé cómo... abordar esto. La quiero, vivimos juntos, tenemos un gato... Nos conocemos desde la infancia. En parte, siento que llevamos veinte años casados... Es jodidamente ridículo, lo sé —bufó, pasándose la mano por el pelo. Miró a Jesse por el rabillo del ojo—, pero no me quiero casar. Me da pánico solo pensarlo.

—Me lo imaginaba. No habría forma de que te libraras de llevar corbata en la boda —bromeó—. ¿Qué quieres que te diga? Habla con ella y pregunta por el tema.

—No, eso sí que no. ¿Y si dice que sí, que se quiere casar? —titubeó—. Yo tendría que decirle que no, porque no le voy a mentir, y se abriría una grieta entre los dos. Queríamos cosas muy distintas, y eso siempre significa distanciamiento.

—A ver, a ver... ¿Entiendo con eso que no es que no te quieras casar ahora, sino que no vas a hacerlo nunca? —Caleb no se movió, cosa que interpretó como un sí—. Bueno, eso es más jodido, pero ¿por qué no? Casarse es la caña. Una fiesta en la que eres el centro de atención, unas vacaciones alucinantes de las que vuelves con el *bicho* gangrenado y, después, a vivir feliz con tu perro y tu mujer en tu casa de ensueño.

Caleb se lo quedó mirando con esa cara de consternación sutil que significaba «no quiero meterme en lo que sea que te haya llevado a ser tan sabio, pero siento curiosidad». Siempre la ponía cuando Jesse mencionaba algo del matrimonio, y era enteramente su culpa por haberle soltado en la entrevista de trabajo que aplicaba para abogado de Leighton Abogados porque no soportaba ver a su exmujer todos los días en el antiguo bufete. Cabía decir que cuando se presentó así, hacía ya casi dos años, no había dormido nada y estaba tan harto de su nefasta existencia que no le puso filtro a lo que decía.

—Lo que quiero decir —Jesse se aclaró la garganta— es que no siempre vais a estar de acuerdo en lo que queréis. Sobre todo en vuestro caso, siendo Ross y Rachel. Lo importante es tratarlo. Claro que para eso hay que saber hablar, y a ti te enseñaron a hacerlo solo en Pascua. ¿Por qué no vais a terapia de pareja?

Caleb entornó los ojos verdes.

—¿Fuiste tú a terapia de pareja?

—El entrenador no juega, igual que el psicólogo no se trata —repuso, poniéndose de pie—. Caleb, tú mismo lo has dicho. Llevas casado con ella mucho tiempo, ya vivís juntos y la quieres. No es precipitado cuando es una historia como la tuya. Si no he entendido mal, has estado esperando veinte años. Tienes que recuperar el tiempo perdido de alguna forma, y mejor que sea formalizándolo a ir por ahí echando polvos en el archivo.

»Tranquilo, no se lo diré al jefe —añadió con una sonrisilla—. Está preocupado por su novia y por su novio y no conviene molestarlo. La doble eme junta acabaría con la paciencia de un santo.

Salió de allí antes de que Caleb se quejara, porque iba a quejarse. Saludó a los dos nuevos *junior* que había reclutado —Otto, a la que conocía de la boda de Aiko, y a un tal Stefano— y frenó delante de la puerta de su pequeño rincón de paz al ver que Galilea esperaba allí.

Galilea. Lea.

La conversación con Caleb y el desayuno con el viejo Bob desaparecieron para recordarle que la noche anterior podría haberle sacado la falda. Empujó la puerta ruidosamente para anunciar su entrada y sacó el corazón de caramelo de la boca. Le echó un vistazo de arriba abajo, deteniéndose en el borde de la falda.

—Esta debe ser prima hermana de la que me exigió un ascenso. Espero que tengan el mismo carácter o estaré muy decepcionado.

—Depende de lo que entienda por carácter, pero empezamos porque la falda no viene a hablar, sino a despedirse. Quiero dimitir.

—¿Perdón? El aire acondicionado está muy alto, creo que me ha parecido entender que quieres dimitir.

—Eso es exactamente lo que he dicho.

—¿En serio? ¿Dimitir?

—Sí.

—Dimitir... —repitió, bajando la cabeza. Lea imitó el movimiento con el ceño fruncido—. Di-mi-tir.

—Sí, una palabra llana de tres sílabas.

Lea apartó la mirada un segundo antes de devolverla a él, como si se arrepintiese de su vulnerabilidad.

—Lo que pasó ayer... —empezó, tensa— no debería haber pasado. Creo que he perdido toda credibilidad ofreciéndome a irme sin pagar de un restaurante y luego a robar una bicicleta. Yo... No sé si puedo seguir trabajando para un hombre que me ha visto borracha y con el que he hecho toda clase de irresponsabilidades. Me gusta tener un perfil bajo en mi lugar de trabajo y eso no será posible después de lo que ocurrió.

Jesse fue a replicar una de las suyas cuando recordó que la gente no solía tomarse las cosas con su filosofía y para Lea era un problema, no un farol ni un intento de llamar la atención.

—¿Tienes miedo de que te trate sin profesionalidad? Porque creo que ya te habrás dado cuenta de que me refiero al nuevo por su nombre de pila y le pregunto por su madre. No soy uno de esos jefes que reservan la cercanía a su gente de confianza. Me gusta ronear con todos, pasar tiempo con ellos... Es lo que crea un ambiente cómodo.

—Pero yo no me siento cómoda así, y me avergüenza que haya conocido esa parte de mí.

—Santo Dios, ¿de verdad vamos a volver al trato de usted? De acuerdo, si te hace sentir mejor, hazlo, me conseguiré un bastón de ébano y un médico para el colesterol.

» ¿Qué es lo que te avergüenza con exactitud? ¿Que haya visto que tienes un lado alocado y divertido? ¿En qué afecta eso a tu trabajo o mi opinión de ti? Porque solo ha mejorado.

Lea se lo quedó mirando sin parpadear, como si esa afirmación hubiese sido lo último que esperaba.

—¿Lo dices en serio?

Jesse apoyó la cadera en la mesa y se cruzó de brazos.

—Entiendo tus dudas, nunca suelo hablar en serio, pero sí. Mujer, ¿qué te creías que iba a pensar? —preguntó, interesado.

—En realidad... No es solo por el hecho de haberme emborrachado, ni porque ahora sepas que busco hombres por Internet, sino... Te hice una insinuación —dijo al fin—. Soy una persona con un gran sentido del ridículo y eso fue un exceso con todas las letras. No debería haber pasado y si no quiero morir de la vergüenza cada vez que te vea, voy a tener que irme, o... Quizá, si me cambiaras de oficina o me mandarás a trabajar con otro socio...

El rechazo debió dolerle más de lo que pareció. Era la única explicación que encontraba a que estuviese dejando su trabajo solo por una inocente propuesta de compañía nocturna.

Dios, ¿por qué tenía que resultar tan irresistible para las mujeres? Al final solo le daba problemas.

—No vas a trabajar con nadie que no sea yo, soy un hombre extremadamente celoso y tus cafés son muy valorados en esta sección del bufete —dijo para provocarla. Lo consiguió, haciéndole presionar los labios—. Lea, lo único que hiciste fue preguntarme si quería subir a tu piso. Podría haberlo interpretado de mil formas... El café después de la comida es una tradición en muchos países.

—¿Pensaste que te invité para eso? —preguntó ella con un tono de voz extraño.

—No, pero porque soy un cachondo y me tomaría cualquier cosa como una invitación sexual.

»Mira, sí, es posible que lo interpretase como lo que fue —confesó, colocando una mano en la cadera—, pero era fácil ponerse en tus zapatos. Estabas borracha y esperabas echar un polvo esa noche. Si a eso le sumas que eres una mujer de ideas fijas y programación por horas, entiendo que pese al giro de los acontecimientos quisieras mantener tus planes. Además, soy atractivo y encantador. Si no me hubieras preguntado si quería subir, no solo me habría ofendido, sino que habrías quedado como un ser humano asexual. Me alegro de que tengas buen gusto, pero eso es todo.

Lea permaneció allí de pie unos segundos, sin saber qué decir.

—Entonces... ¿No te molestó? Porque me preocupaba haberte ofendido y empezaras a tratarme de manera distante.

—Te aseguro que lo último que me ofende es que me tengan en cuenta para *chichar*. —Hizo una pausa, esperando que eso fuera suficiente, pero la vio dudar y no pudo quedarse callado al interpretar su expresión. «Entonces, ¿por qué no lo hicimos?»—. Escucha...

Se tuvo que quedar a medias, y menos mal, porque no sabía cómo iba a reproducir el discurso de «eres guapísima y si no trabajaras aquí te echaría el lazo» sin mentir. La puerta del despacho se abrió de golpe, captando la atención de los dos.

Wentworth apareció como si fuera el dueño de todo, vestido con su uniforme de policía federal. La cara de pocos amigos que llevaba le dio una idea a Jesse de que había hecho algo mal.

—Aquí estás.

—Sí, aquí suelo estar de siete a una —respondió con tranquilidad—. No es precisamente una *suite* de lujo, pero...

—Cállate. Tú y yo vamos a tener un problema, pequeño cabrón —interrumpió, apuntándolo con el dedo.

Wentworth ignoró la presencia de Lea y se acercó a él enseñando la pantalla del móvil. Entornó los ojos, deslumbrado, y se fijó en los números.

—¿Ves eso? Es un cargo en mi cuenta bancaria de doscientos ochenta y nueve dólares. —Bajó la página con el dedo—. Cipriani Downtwon, la noche de ayer.

Glup.

—Joder, ¿tan caro se paga lo de dejar tirada a una cita?

—Oh, sí, esa fue una de las cosas que se me ocurrieron que podrían haber pasado —ironizó—, pero conozco al dueño y no tardé en llamar para que me explicaran a qué venía el atraco. No sabes lo extraño que fue descubrir de boca del encargado que tengo una mujer, un hijo y ayer me largué cagando leches al hospital a causa de un sangrado vaginal.

—No me jodas, ¿estás casado? ¿Por qué no me invitaste a la boda? Te habría regalado un abridor de latas de plata de ley.

—Corta el rollo, Miranda —espetó, perdiendo la paciencia. Se peleó con el bolsillo para meter el móvil—. Solo hay un pelirrojo aficionado a hacerse *simpas* en todo Miami.

—De acuerdo, de acuerdo, me declaro culpable —admitió, estirando el brazo para alcanzar la cartera—. Si el problema es el dinero...

—El problema no es el dinero, es que me levantarás a la tía. Lo hiciste, ¿no? El encargado no tuvo reparos en describirme a tu compañía y se parecía mucho a la mujer con la que estuve hablando por Internet. Créeme, me he pasado veinte minutos al teléfono preguntándole al tipo si era tan fea como para dar miedo, así como me juraste que era, y ha acabado admitiendo que estaba bastante buena. ¿De qué vas? —exclamó, alzando la voz.

—No te pongas así, solo fue un juego estúpido. —Se defendió Jesse, levantando las manos. Se fijó por el rabillo del ojo en que iba armado, y Went no se andaba con chiquitas cuando le vacilaban—. Además, no era para tanto, te habrías aburrido.

—La cuestión no es si me habría aburrido, es que me has quitado la oportunidad de comprobarlo —cortó, cabreado.

—Pues llámala de nuevo, seguro que te lo coge.

—No te enteras de nada, ¿no? Estoy harto de ti. No puedes ir por ahí haciendo lo que te da la gana. Era mi cita y no tenías derecho a mentirme a la cara para divertirme.

—Creo que estás exagerando. ¿Por qué no vuelves al trabajo y te tomas una tila?

Wentworth se acercó a él con aire amenazante.

—Jesse, si no estuviéramos aquí te habría partido la cara como no lo hice la última vez. Te debo ese puñetazo y no me ayudas a que lo olvide.

—Estás reaccionando como si no tuvieras más oportunidades o fuese la única mujer en el mundo. Te recuerdo que tenías un plan B. Hasta un plan C —apuntó—. Y no pensabas hacerte cargo por si era fea.

—Ah, sí, aquí está el psicólogo honesto que al final va unos pasos por delante de nosotros. La cita me da igual, Jesse, no es haber perdido al amor de mi vida lo que me jode: es que hayas vuelto a hacerlo. No tuviste suficiente con meterte entre Victoria y yo. Ahora lo haces también con las mujeres con las que salgo una noche. La otra vez pusiste como excusa que estabas enamorado de ella. ¿Cuál es la nueva? ¿Te fascinó a primera vista?

—Went...

—Ni Went ni Wont. Que sea la última vez, ¿me oyes? —Le apuntó con el dedo—. No puedes hacer lo que quieres cuando quieres. Parece mentira que te lo tenga que decir con treinta y cinco años que tienes. —Se dio la vuelta y esquivó al bulto femenino que estaba petrificado en medio de la sala. Farfulló una disculpa, un «siento el número», y no se volvió a dirigir a Jesse hasta que llegó a la puerta—. Más te vale depositar lo equivalente en mi cuenta antes de esta noche. Puedo denunciarte por suplantar mi identidad y, créeme, ganas no me faltan.

—Went... —llamó, apresurándose para alcanzarlo—. Lo siento, ¿vale? Te prometo que no volveré a...

Jesse se calló cuando recordó que no estaba solo. Su mente reprodujo un «mierda» como una casa al cruzarse con los ojos de Lea, la otra protagonista que Wentworth había cubierto con su cuerpo para hacerle olvidar que debía medir sus palabras. La cara de Lea le recordó que a veces podía ser el tío más asqueroso de Florida.

—No le hagas caso. —Hizo un gesto para quitarle importancia—. Estaba... practicando su papel para una obra de teatro que representaremos esta noche. Él hace de... amigo enfadado.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se titula? ¿*El entrometido y mentiroso*? —preguntó ella, que entre la sorpresa y la decepción había conseguido reunir suficiente despecho para encararlo—. No me lo puedo creer. Más bien, claro que me lo puedo creer. Lo que no entiendo es cómo no lo imaginé antes.

—Imaginar, ¿qué?

—Que solo pretendías reírte de mí. Pero claro, ¿qué otra cosa cabe esperar de alguien que se ríe hasta de sus amigos? No tendría que haber soñado con un poco de compasión.

—¿En serio soy el único que cree que estáis haciendo una montaña de un grano de arena? Ya te lo dije la otra vez: no quiero reírme de ti —aseguró, acercándose a ella—, quiero reírme contigo.

—Ah, ¿sí? —Lea levantó la cabeza de golpe. Su par de ojos redondos, enrojecidos por las cuencas, consiguieron que Jesse deseara borrar sus palabras—. ¿Y en qué mundo se ríe contigo

una mujer cuando descubre que te sientas con ella a cenar por un «juego estúpido»? ¿Cuándo le pareces fea y aburrida?

—Yo no he... —«Sí, sí has dicho eso, J. Apechuga». Acabó suspirando, sin saber qué decir al principio, pero fue rápido cogiendo a Lea de la mano al verla con intención de largarse—. Le dije que eras fea para quedarme contigo. Went me mandó a echar un vistazo y avisarle si no estabas buena. Cuando te vi, sentí curiosidad y por eso mentí.

Su ceño fruncido se acentuó.

«¿Dónde has dejado tu labia? ¡Úsala y haz que deje de mirarte mal!».

—¿Sentir curiosidad te parece excusa suficiente para arruinarme la noche?

Iba a responder afirmativamente cuando reprodujo la pregunta para sus adentros y decidió que no le gustaba. Cambio de táctica, en vista de que las disculpas no servirían.

—¿Arruinarte la noche? —repitió. Todas sus ganas de enmendar la situación se transformaron en un fuerte sentimiento de traición que no supo cómo camuflar—. Te lo pasaste de maravilla. Seguro que no te reíste tanto en tu vida.

—Podría haber pasado la noche en el calabozo.

—Habría merecido la pena, y lo sabes.

Lea entornó los ojos.

—Te crees la persona más alucinante y graciosa del mundo, ¿no? Pues que sepas que no, no habría merecido la pena, y que eres un imbécil —soltó, envalentonada—. Daría cualquier cosa por cambiar la noche de ayer, incluso si eso hubiera significado aburrir a mi cita o volver a casa llorando.

No mentía, no hablaba por despecho ni quería hacerle daño. Estaba siendo sincera, y aquello le chocó tanto que no supo qué decir.

¿Cómo podía no haberlo pasado bien? Él disfrutó como un crío, se partió el culo y encima conoció a una chica interesante. Habría jurado que compartían el sentimiento.

Pues no, se había vuelto a equivocar. Tres errores seguidos y con la misma persona.

—¿Lo pasaste mal? —preguntó, confuso—. ¿No te parezco gracioso?

—¿Me estás preguntando eso de verdad? —respondió en tono triste—. Dios, eres un narcisista ridículo.

Él levantó las cejas.

—Así que imbécil y narcisista ridículo. Dejas el trabajo avergonzadísima por haberte cogido un pedo delante de mí y ahora me insultas tan ancha.

—Una vez se pierde el respeto no hay vuelta atrás.

—Genial, porque empezaba a cansarme de tanta ceremonia.

Lea puso los ojos en blanco.

—Mira, te agradecería muchísimo que escribieras una carta de recomendación para que pueda irme a trabajar a otro lado. Soy una persona muy rencorosa y no quiero amargarme los días con...

—De eso nada. —Apoyó la mano al lado de su cabeza, impidiendo que pasara—. ¿Se puede saber por qué lo pasaste mal? ¿Qué es lo que no te gustó exactamente? ¿O solo lo dices porque por mi culpa no dormiste acompañada?

Jesse no entendió qué tuvo de malo que hiciera ese comentario, pero lo fue. Y tan malo. Lea se tensó y lo miró con los ojos echando chispas. Era un brillo muy favorecedor que le gustó más de lo que habría imaginado.

—Puede que haya dado la impresión de estar desesperada, pero puedo pasarlo muy bien sin que haya sexo por medio.

Se quedó con la forma en que sus labios dibujaron la palabra «sexo».

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—No importa —atajó ella, con un deje de decepción—. Quiero volver al trabajo.

—Aquí nadie se vuelve al trabajo enfadado. No me gusta que se cabreen conmigo, Lea.

Ella lo miró con las mejillas encendidas.

—Y a mí no me gusta que se burlen de mí y me hagan sentir menos que lo que soy, pero lo que peor llevo es que pongan excusas patéticas para proteger mi pobre corazoncito. De eso fue tu discurso de anoche, ¿no? Lo de «no duermo con gente del trabajo». Me mentiste a la cara porque pensabas que no podría soportar la verdad cuando ya sé que te acuestas con cualquiera que se te insinúe y, ahora, gracias a Wentworth, confirmo que soy horrible para ti.

»Esto no es un regaño, tranquilo, solo quería que supieras que no me voy a poner a llorar porque me rechaces por ser fea. Soy bastante más madura que tú y puedo encajar un golpe. De hecho, habría encajado mejor que me hubieses dicho la verdad a ese lamentable pretexto sobre códigos que no tienes.

—Perdona, corazón, pero creo que sé mejor que tú cuáles son mis códigos y cuáles no —replicó Jesse, empezando a cabrearse—. No me he tirado a nadie de la oficina jamás, y no es como si te debiese alguna explicación, pero ya que insistes...

»Conocí a mi exmujer en el trabajo, y por eso sé de primera mano lo jodido que puede ser ver todos los días a alguien con quien tuviste una historia. Decidí que no iba a volver a pasar por eso y llevo dos años cumpliéndolo a rajatabla. Tu cara nunca entró en el balance para decidir si subiría a tu apartamento o no. Si trabajas aquí, y si trabajas para mí en concreto, eres un «no» rotundo y sin derecho a réplica.

Jesse apartó el brazo en señal de «puedes marcharte». No le gustaba un pelo enfadarse, y las pocas veces que lo hacía tenía por costumbre encerrarse en una habitación y no salir hasta estar calmado.

O se quedaba solo o acabaría diciendo estupideces que no pensaba.

Pero Lea captó su atención alisando las arrugas de la falda, y de ahí, guiado por quién sabía qué fuerza, se fijó en la poca pierna que dejaba a la vista y el escote cerrado de la camisa.

—No vas a dejar el trabajo —aclaró Jesse.

—Haré lo que me dé la gana —espetó ella, sorprendiéndolo—. No me vas a dar órdenes, y ni mucho menos después de haberte metido en mi vida. Ya acaparas todo el tiempo que trabajo aquí y parte de mi ocio: no tienes ningún derecho a tirarme abajo las citas. Mis horas libres son lo único que me queda cuando quiero desconectar de ti, y ni siquiera puedes dejarme eso.

No se le escapó el tono amargo que empleó.

—Definitivamente, estás exagerando. No soy ningún nazi ni abuso de ti. Me parece injusto que me trates como si fuese un jefe de mierda.

—No lo eres, pero he llegado a mi tope. No pienso servirle el café a diario a un hombre que piensa eso de mí.

Jesse se pasó una mano por la cara.

«A tomar por culo».

—No pienso que seas fea porque hasta hace unos días ni siquiera tenía una opinión al respecto —admitió, subiendo el tono para que no saliera de la sala—. ¿Qué esperas que te diga, Lea? No eres mi tipo. Probablemente habría pasado de ti aunque hubieses trabajado como veterinaria. Pero eso no quita que estés buena. Y no creo que seas aburrida, porque podría correrme cada vez que me replicas una frase de cine.

»Pero el problema aquí es que te arruiné una cita, y te pido perdón porque te ha molestado, no porque me arrepienta. Yo sí me lo pasé bien y lo repetiría sin pensarlo dos veces, así que voy a volver a preguntártelo: ¿qué es lo que no te gustó de anoche?

Le había pillado por sorpresa con su monólogo, y no podía culparla porque hasta él se quedó de una pieza.

«No quita que estés buena».

¿Estaba buena? Porque no recordaba haberlo dicho por pena. Más bien le traicionó el subconsciente.

Lea no respondió, pero le dedicó una mirada que hablaba por todo el diccionario. Al principio no quiso entenderla como lo que era, una confesión. Después... tampoco. Sin embargo, acabó rindiéndose a la evidencia y a la gran curiosidad que despertó en él descubrirlo.

Sonrió divertido sin poder evitarlo.

—Realmente querías acostarte conmigo.

—¿Qué? —balbuceó ella—. Claro que no.

—¿No querías que lo supiera? Pues, de ahora en adelante, cuidado con cómo me miras. —Lo último que pretendía era lanzar mensajes contradictorios, pero necesitaba confirmarlo y para ello tuvo que acercarse un poco más, solo un poco más—. Mira, ahí está el afirmativo. Tus mejillas están de mi parte.

»Curioso... —Levantó las cejas—. Galilea Velour quiere que me meta entre sus piernas.

—No es verdad y, de hecho, es muy maleducado hablar de esto aquí y ahora. Sobre todo cuando es mentira. No estoy interesada en usted. En absoluto —recalcó.

Jesse sonrió más, divertido por cómo se defendía.

—Vuelves a tratarme de usted para poner distancia y ganar credibilidad cuando es un síntoma de debilidad.

—Puedo decirle «imbécil» otra vez, si lo prefiere. Es más cercano.

—Sarcasmo, otra forma de obstrucción común para los culpables. Admítelo: lo que no hizo la noche redonda fue que no acabase contigo y conmigo follando.

La frase fue tan directa y sonó tan brutal que Jesse contuvo la respiración después de decirla. Y ella también, porque dejó de llegarle su aliento en suaves oleadas. Escudriñó su rostro con verdadero interés, buscando otra señal de confirmación, y la encontró en sus ojos más oscuros y la forma en que se humedeció los labios. La mente le traicionó al intentar meterse en la de ella

para averiguar sus pensamientos, implantando en medio de su cabeza una escena para mayores de dieciocho años. Jesse se imaginó subiendo las escaleras de su edificio y aplastándola contra la puerta de su apartamento mientras ella intentaba abrir la cerradura.

—No estoy interesada en ti —decidió ella, recobrando la compostura—. Si me molestó tu rechazo fue porque quería tener sexo, pero cualquiera me habría valido. Tú no tienes nada de especial.

Se dio la vuelta y salió caminando como si no quisiera que la miraran.

Un poco tarde, porque él acababa de verla y era de los que se recreaban en las vistas.

Capítulo 7

Feliz día de la mamisonga

«Realmente querías acostarte conmigo».

Maldito capullo. ¿Cómo había podido soltarle eso sin que se le cayera la cara de vergüenza? ¿Es que no tenía sentido del ridículo? ¿O acaso quería seguir burlándose de ella?

Bah, daba igual, porque el problema que asumió volviendo airada a su cubículo no fue que su jefe tuviera más cara que espalda, sino que se hubiese dado cuenta.

Dios mío, ¿tan evidente era que se moría por sus huesos?

¿Qué había hecho o dicho para descubrirlo? «Cuidado con cómo me miras». ¡Pero si lo miraba igual que siempre...! ¿O no? Tal vez no. No le extrañaría, porque desde la noche anterior tenía en otro concepto a Jesse Miranda, uno más cercano y que le traería problemas. De ahí que hubiese querido dimitir sin ningún éxito porque, siendo sincera, ni siquiera ella quería largarse.

Lea pensó que no averiguaría la verdadera respuesta a su pregunta —por qué no lo pasó bien—, y no lo había hecho, pero quizá fuera mucho peor para su reputación la idea que expuso en su lugar. ¿Qué era peor, que pensara que lo pasó mal porque le habría gustado pasar la noche entera con él, o que supiera que deseaba que ese día no hubiese existido para no guardar recuerdos tan increíbles?

«Le dijo a su amigo que eres mucho más que fea y que se habría aburrido contigo. ¿Por qué no te quieres un poco a ti misma y procuras seguir mosqueada?».

Ese era un buen reproche que no dudaría en poner en práctica si supiera cómo enfocar el enfado hacia su jefe. Quiero decir... Era su jefe, no podía simplemente pegarle cuatro voces. Ya lo había hecho y gracias a la cristalera se habían enterado casi todos sus compañeros, que se hacían los idiotas, pero la miraban y cuchicheaban cuando pensaban que no prestaba atención.

Era muy consciente de sus defectos, pero seguía siendo la única con derecho a recalcarlos. ¿Quién se había creído que era para despreciarla de esa forma? Ni que fuera el tío más bueno del mundo para permitirse... Bueno, lo era. Era, literalmente y en su humilde opinión, el tío más bueno del sistema solar. Pero eso seguía sin darle derecho a opinar sobre su físico.

Lea levantó la tapa del portátil, aún con el ceño fruncido. Buscó entre sus documentos sin título el único al que le había puesto nombre para distinguirlo y que no ocurriese otra desgracia. Clicó sobre «currículum vitae» y abrió el único espacio de la realidad virtual en el que Jesse comía de su mano.

Se asomó por encima de la pared del cubículo estirando el cuello y echó un vistazo al despacho del susodicho. Lo pilló de espaldas, subiéndose el pantalón con la mano que sostenía la piruleta. Dichosa piruleta... Por poco se meó encima cuando entró en el despacho con los labios rojos de la frambuesa artificial y el pelo despeinado. Si le hubieran preguntado unas horas antes por el erotismo de un hombre maduro con un caramelo en la boca, se habría encogido de hombros, pero ahora tenía material para escribir un nuevo relato. Solo de imaginarlo pasando la lengua por el borde del corazón rojo, metiéndose el palito en la boca y sacándolo...

«Jesús».

Lea se estremeció. Se frotó los pechos con el antebrazo, fingiendo que tenía una mancha en el costado, para suavizar la tensión en sus pezones.

Releyó lo que había tecleado la noche anterior, después de llegar borracha y triste a casa. Pasó los dedos por el teclado, meditando la continuación.

«Lea se giró decepcionada por su negativa y caminó sin mucha convicción hasta el portal. Le sorprendió que, justo al meter la llave en la cerradura, una mano evitara que abriese la puerta. Reconoció sus dedos largos y su perfume fresco, igual que el roce de su chaqueta en la piel.

No se atrevió a moverse.

—En realidad sí quiero subir —susurró en su oído, deslizando un brazo por su cintura con la misma cadencia sensual con la que habló—. Pensé que nunca me lo pedirías.

Se le encogió el estómago solo de pensar en mirarlo a la cara después de su afirmación y lo que esta conllevaba. Dio la vuelta y echó el cuello hacia atrás.

Era tan alto en comparación con ella...

—¿Y qué hay de tu norma de “nada de sexo con gente del trabajo”?

Jesse sonrió de lado y la apretó contra su cuerpo. Estaba tan duro que lo sintió a través de la ropa, en la piel y en los huesos.

—Tú no eres “gente”. —Le apartó un mechón de pelo, recogiendo de detrás de su oreja. Lea sintió la caricia incluso en los tobillos que flaquearon—. Eres preciosa».

Lea dejó de teclear.

«¿Qué ha sido eso?».

Borró las últimas palabras, sustituyéndolas por un «eres irresistible».

Mucho mejor.

«Jesse cerró el acuerdo con un beso en los labios. Los suyos eran suaves y sabían al vino del restaurante, un añejo de hacía dos décadas que le gustó mucho más al catarlo en su lengua. La besó sin dejar de estrecharla contra su pecho, y solo se movió para pasar al interior del portal. Subieron al apartamento por las escaleras, tropezándose; demasiado ocupados en sacarse la ropa. Lea pudo admirar su torso desnudo antes de invitarlo a pasar. Una vez dentro, Lea se bajó los tirantes del vestido. Cuando él se acercó, lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—De eso nada. No vas a tocarme. Has sido un cabrón arruinándome la cita y pienso vengarme —anunció—. Esta noche vas a ser mi esclavo.

Jesse sonrió y extendió los brazos hacia delante.

—Sí, ama —musitó tras morderse el labio, risueño».

—¡Lea! —exclamó alguien, sacándola de su ensoñación. Practicando la sutileza que le faltó la última vez, cerró el documento y levantó la vista hacia Julie como si no estuviese apretando las piernas—. Perdona por molestarte, pero te he visto en el despacho de Miranda y quería preguntarte una cosa.

Lea intentó no entrar en pánico. ¿Y si la habían descubierto? Jesse no era el tipo más inteligente del mundo y había tardado diez segundos en comprender que fantaseaba con él. Julie, en cambio, era muy lista y avispada y podían considerarse amigas. O buenas compañeras. Las probabilidades de que también lo supiera eran muy altas.

¿Es que era tan evidente?

Julie apoyó los codos sobre el muro del cubículo y bajó la voz para preguntar:

—¿Te ha mencionado algo sobre... una fusión?

«¿Sobre la fusión de nuestros cuerpos? Sí».

—¿Qué quieres decir con «fusión»?

—Una fusión de bufetes. En los últimos días he visto que Marc Miranda se pasea mucho por aquí, y he oído un fragmento de su conversación con Leighton. Hablaban sobre una reforma de la planta y unos despachos más amplios, o algo así. No soy la única que sospecha algo sobre el tema: hay varios asociados preocupados por si el asunto conlleva recortes. Ya sabes, al juntarnos puede que haya menos espacio y decidan prescindir de... alguien.

—No tengo ni idea de nada de eso, Julie —respondió con sinceridad—. Lo siento.

La mujer ocultó su decepción como pudo.

—Ah, bueno, no te preocupes. En realidad no es tu deber saber estas cosas. Simplemente pensé que a lo mejor Miranda te habría comentado algo. Todo el mundo sabe que le encanta hablar y es un poco bocazas. Supongo que, como no han dicho nada, no es seguro —continuó, dubitativa—, o estarán esperando para anunciarlo.

—Puede ser. Si de verdad es una preocupación para ti, podría hacerle alguna insinuación para que desembuche. A mí también me gustaría saber si mi puesto corre peligro.

«¿Tú no querías dimitir?».

Julie se rio.

—Tú eres la que menos debería preocuparse por eso. Puede que él no lo diga porque quizá ni lo sepa, pero no sabría cómo vivir sin ti. Eres muy eficiente —decretó con una sonrisa ligera—. Sigue así. Y si descubres algo, por favor, ven y me lo cuentas. Estamos en ascuas.

—Claro, cuenta conmigo.

—Pasa un buen día.

—Sí, tú también.

Lea la persiguió con la mirada al retirarse. El largo de la falda de Julie era similar al de la suya, pero la llevaba de forma distinta. Debía ser su forma de caminar, moviendo las caderas de un lado a otro de manera llamativa, o que su pequeño culo respingón merecía su propia portada en revistas de moda.

En fin, no iba a desperdiciar la mañana pensando en la envidia que le generaba su compañera de trabajo. Ese no sería el día de su dimisión, así que se puso a trabajar en el caso de Cherry's llamando al representante de los demandantes para concertar una cita y así negociar. Pensó que solo tendría sentarse al lado de Jesse en la sala de reuniones y escuchar mientras él intentaba que llegaran a un acuerdo, pero el hombre fue tan tajante con que pretendía ir a juicio que no pudo pensar en formas de rebatirlo. Lo que significaba que a lo mejor tendría que sentarse al lado de Jesse delante del juez, y escuchar mientras él, de nuevo, intentaba llegar a un acuerdo. A no ser que se le ocurriese darle protagonismo, y entonces afloraría su patética capacidad discursiva y todo se iría al garete. Ella era buena llevando y trayendo papeles, organizando, programando, buscando información, concertando citas, pero el trabajo de abogada como tal, dar la cara, caer bien y defender al cliente... Ya no se le daba tan bien. No era carismática. Tal y como había dicho Julie, solo era eficiente.

Lea suspiró y apoyó los codos sobre la mesa. Miró el reloj de reojo, lamentando que fueran solo las doce del mediodía y ya quisiera acostarse.

—Lea —llamó el nuevo *junior*, acercándose para tenderle un pequeño sobre—. Había esto en el correo para ti.

Murmuró un «mm» y extendió el brazo para recibirlo. Rasgó la abertura después de asegurarse de que no había ningún nombre, ni por delante ni por detrás.

Frunció el ceño en cuanto liberó el contenido y reconoció una tarjeta de felicitación con dibujos en relieve de una bicicleta con globos de colores. Pasó la única página que había, leyendo los mensajes impresos de «Pide un deseo... ¡O mejor muchos! Y que tengas un feliz día de la madre».

—¿Qué es esto? —masculló por lo bajo. Sujetando la tarjetita con ambas manos, se fijó en las letras escritas a mano con bolígrafo azul.

«Lo siento. No debería haberte arruinado la cita.

Te prometo que lo compensaré.

P. D.: Estaba buscando tarjetas navideñas, pero en la papelería de la esquina solo había de felicitación para el día de la madre y como eres mi mamisonga lo he visto más adecuado.

P. D. 2: Si me parecieras aburrida no me habría acordado de que dijiste que las tarjetas de felicitación como estas ya no se compran.

P. D. 3: Tampoco me pareces fea. Para demostrar que, de hecho, me pareces adorable, te he dibujado en la siguiente página».

Lea tuvo que reírse muy a su pesar al ver que era un monigote formado por cinco líneas y dos círculos. Uno de ellos era su moño. Abajo del todo leyó otra pequeña anotación:

«Es broma, el verdadero dibujo está en el reverso».

Giró la tarjeta sabiendo que iba a encontrarse con otro rayajo del estilo. Quedó gratamente sorprendida al reconocer su propia cara estilo realista en miniatura. La había dibujado con el pelo suelto y con los ojos achatados por la sonrisa de oreja a oreja.

De forma involuntaria levantó la vista hacia el despacho de Jesse, encontrándose con que, de pie junto a la puerta y con una pose casual, la estaba mirando a través del cristal con una expresión que parecía decir: «¿Y bien?».

Sin soltar la tarjeta ni quitarle los ojos de encima, descolgó el teléfono y pulsó el botón que conectaba con el despacho. Jesse respondió enseguida, llevándose el teléfono consigo a la cristalera para no perderla de vista.

—¿Q-q-q-qué puedo hacer por ti? —respondió, poniendo la voz de Tom Cruise. Lea quiso lamentarse porque la pillara sonriendo, pero no le quedó otro remedio que ceder—. Solo dímelo: ¿qué puedo hacer por ti?

—Es una cosa muy personal... Muy importante. ¿Estás preparado? Ahí va... Enséñame el dinero, ¡ja! —exclamó, captando la atención de parte de los asociados. Carraspeó y fingió estar ocupada con unos bolígrafos del escritorio—. Ahora es cuando pongo la canción y tú gritas conmigo.

—¡Enséñame el dinero! —le oyó gritar desde la oficina. Lea se cubrió la boca con la mano—. ¡¡¡Enséñame el dineroooooooooo!!!

—¡Ahora di: «Adoro a los negros»! ¡«Eres mi hijo de puta»!

Le oyó reír al otro lado de la línea.

—¡Adoro a los negros! —siguió gritando—. ¡Eres mi hijo de puta!¹

—¡Cierra la jodida boca y ponte a trabajar, Miranda! —aulló Leighton desde quién sabía dónde. Lea borró su sonrisa de golpe, mientras que Jesse rompía a reír agarrándose el estómago.

—*Jerry Maguire* es mi tercera película preferida —anunció él, mirándola con ojos brillantes tras el cristal—. Definitivamente, ninguna frase encaja mejor con nosotros que esta: «Tú me completas... todas las frases».

Lea intentó controlar el ritmo cardíaco. Le daba la impresión de que Jesse pretendía hacer de aquello de las llamadas una especie de tradición.

—¿Me has perdonado? —inquirió él, rompiendo su silencio con voz de crío.

Ella encogió los hombros y cambió el auricular de oreja.

—Qué puedo decir... «Me tuviste con el “hola”».

Incluso en la distancia, Lea vio nacer una enorme sonrisa en sus labios. La clase de sonrisa espectacular que sobrecogía a las mujeres susceptibles.

«Qué fácil eres», se reprochó. Enseguida volvió a mirar su dibujo en la tarjeta, y se le escapó una sonrisa. «Y qué poco te importa».

Apartó la tarjeta e intentó no pensar mucho en ella durante las horas siguientes. Se encargó del trabajo que acumulaba del día anterior, le hizo los recados a Jesse, se tomó veinte minutos de descanso para almorzar y pasó el resto de la tarde metida en el archivo, buscando jurisprudencia para casos paralelos que no tenían gran dificultad.

Lea intentó recordar que estaba aún un poco enfadada y añadir el hecho de que, en lugar de darle un cliente con un problema razonablemente fácil de resolver, Jesse le había encasquetado la obra culmen del derecho laboral. Pero no pudo, porque su dibujo la miraba con cara de «se lo

1 Diálogo de la película *Jerry Maguire*. (Todas las frases que aparecen en esta página pertenecen a la película).

ha currado por tí». Darle vueltas a la tarjeta, a la disculpa y a la noche anterior —además de trabajar— la cansó tanto a nivel mental que cuando acabó la jornada tenía el cerebro fundido y no pudo recordar dónde había aparcado el coche hasta media hora después.

Ubicó su Ford Focus plateado en una plaza donde estaba prohibido aparcar. Gimió una palabrota y rezó para sus adentros porque no le hubiesen puesto tres multas y, gracias a Dios, no hubo ninguna.

Arrancó el coche y dio una vuelta que también estaba prohibida para incorporarse al carril correcto. Subió el volumen de la música y se colocó las gafas de sol encima para que no la deslumbrara la luz del atardecer. Drenó el estrés masajeando los omóplatos, haciendo quiebros imposibles con el brazo para llegar a la zona más afectada. Después, se fue sacando las horquillas del moño una a una hasta que tuvo el pelo suelto sobre los hombros. Bajó la ventanilla y se abrió la blusa unos cuantos botones para que la brisa la refrescase. Suspiró de nuevo, pero de alivio, y cerró los ojos un segundo antes de detenerse delante de un paso de peatones.

—Let's let things come out of the woodwork, I'll give you my best side, tell you all my best lie —canturreó, tamborileando los dedos sobre el cristal bajado—. *Yeah, awesome right?*

Aceleró tras asegurarse de que estaba en verde sin mirar hacia delante. Mala idea. Muy mala idea. Un grito masculino le hizo dar un respingo y frenar de golpe, a punto de poner a prueba el airbag.

*—Putain!** —exclamó, asomándose por la ventanilla con el corazón en la boca—. ¡Estaba en rojo para ti, capullo!

Se calló al ver quién era el tipo que se había apoyado en el capó, como si así pudiera detener su avance. Se recompuso más rápido que ella, rodeando el coche para enfrentarla.

Jesse aprovechó la ventanilla bajada para apoyar las manos e inclinarse, quedando sus ojos a casi la misma altura. Lea tragó saliva. Parecía una criatura de otro mundo con el sol anaranjado golpeándole desde atrás, haciendo brillar más su pelo rojo y sus ojos amarillos.

—Si sigues diciéndome esas cosas tan bonitas, el que se va a poner rojo soy yo —comentó, como si no hubiera estado a punto de morir—. ¿Debo entender con esto que no me has perdonado? Estoy a favor de la venganza, pero ¿no crees que un atropello sería pasarse?

—Ha sido sin querer, ni siquiera te había visto, y eres tú el que se ha pasado por el forro el semáforo.

Jesse ladeó la cabeza con una sonrisa traviesa.

—Admítelo, querías matarme... O por lo menos verme de nuevo. Si no, no me explico que hayas tomado esta vía cuando por el *parking* del edificio se sale a la paralela.

—Soy una cutre asociada más con competencias de auxiliar de secretaría, no tengo plaza en ningún *parking* —repuso con sequedad—. Y no sabía que te vería de nuevo.

—No tienes plaza en el *parking* porque no deberías ni tener carné de conducir. En este aspecto, más que francesa pareces italiana.

Lea prefirió ignorar la crítica sobre su conducción temeraria y espetó:

—¿Tú no tomas el carril bici? ¿Desde cuándo vas andando a casa?

—Así que sabes que suelo ir en bicicleta. Parece que alguien me ha estado observando. ¿Algo que confesar?

—Todo el mundo sabe que vienes y vas en bicicleta.

—Y para venir hoy no ha sido distinto, pero como tenía que devolverle la suya al amable caballero al que se la birlé anoche, no me ha quedado otra que volver andando. —Eché un vistazo interesado al interior del coche—. ¿Qué estás escuchando?

—Lorde.

El tipo del coche de atrás tocó el claxon. Lea volvió a saltar en el asiento. Siseó algo para sus adentros al ver que Jesse se reía.

—Me tengo que ir.

—¿No me vas a invitar a entrar esta vez?

Lea lo fulminó con la mirada y él volvió a reírse.

—Venga, sé dónde vives y mi dulce hogar pillá casi en el mismo barrio. Es uno de los chalés sin mucho jardín de la urbanización dos calles más abajo. Con que me dejaras en la bifurcación...

—Parece que tenías muy estudiada tu petición a la chófer. No serás tú el que se ha cruzado en mi camino para que lo lleve a casa, ¿no?

—Tu sospecha encaja, pero me temo que no. Aunque no dudes que si hubiera sabido que me encontraría con tu versión *rockerita* y con malas pulgas, habría propiciado un cruce fortuito. Me caen bien las mujeres que conducen. Y sin conducen mal, mejor aún.

—No tengo malas pulgas —se quejó. El tipo volvió a pitar. Lea perdió la paciencia y se giró sacando la cabeza—. ¡Que ya voy, capullo! Y tú... Haz el favor de entrar de una vez antes de que llamen a la grúa.

Jesse dio un rodeo tan campante para arrojar sobre el asiento del copiloto. Lea se puso en marcha enseguida, aunque observando por el rabillo del ojo cómo se ponía cómodo. La envidia y admiración se mezclaron en ella ante algo tan tonto como su forma de repantigarse y mirarse en el espejo para quitarse una pestaña de la mejilla. Parecía su propio coche. La naturalidad lo acompañaba allá donde fuese.

—¿Por qué no tienes coche? —preguntó Lea, intentando concentrarse en la carretera. De repente se sintió ridícula, con las gafas de sol puestas y el pelo suelto. Pero no iba a entretenerse recogidoselo, y menos cuando podía entretenerse con Jesse—. ¿No te has sacado el carné?

—Sí, claro que sí. Llevo conduciendo desde los catorce. Ya sabes que la legalidad no me va demasiado. —Lo acompañó de una sonrisa matadora. «No, no es legal lo guapo que eres»—. Pero una noche, no hace mucho tiempo, cogí el coche borracho y tuve un accidente. Poca cosa, solo me estrellé contra una valla en la interestatal. Como es lógico, me revocaron el carné, me quedé sin coche y el susto que me di aún me dura, así que me he pasado a la bicicleta.

»Claro que, cuando quiero ligar, suelto una parrafada sobre lo importante que es cuidar la tierra, hacer ejercicio y respirar aire fresco. Nunca falla.

Lea levantó las cejas. Estaba segura de que lo que no fallaba era su cara, no la excusa del impacto medioambiental de los vehículos de gasolina.

—Lo que quieres decir es que te da miedo conducir —resumió, mirándolo de reojo—. ¿Qué tenías en la cabeza para estamparte con el coche?

—Bueno, no vayas a creerte que ese fue mi plan al salir de casa. Generalmente no dedico mi tiempo libre a pensar en formas de morir.

—Reformulo —interrumpió—. ¿Por qué cogiste el coche estando borracho?

—Porque estaba borracho y de alguna forma tenía que volver a casa. Uno más uno, dos.

—Sabes que existe el transporte público, ¿no?

—Un Miranda nunca toma el transporte público. Es nuestra tercera norma.

—¿Y qué toma?

—Generalmente, mucho alcohol y cafeína. Y los domingos limonada casera. En serio, ¿qué es esto que está sonando? —Hizo una mueca y alargó la mano hacia la rueda del volumen.

Lea apenas se percató del cambio de tema.

—Eh, no me toques la música. —Le dio un golpecito en el dorso—. Mi coche, mis reglas.

—Totalmente respetable, pero no sabes cuánto me has decepcionado. Te gusta el *pop* actual. —Se lamentó. Metió mano a la guantera, rebuscando entre la documentación y el chaleco reflectante—. No tendrás por casualidad un disco de Taylor Swift por aquí, porque esa tal Lorde suena igual...

—¿Puedes hacer el favor de no...? Eh, deja eso —ordenó, estirando el brazo para frenarlo—. No me gusta que me desordenen las cosas. Ni que se metan con mi música, ya puestos.

—Es que tienes un gusto muy criticable.

—No sabes cuáles son mis gustos.

—Buen punto. Dime tu cuenta de Spotify.

—No tengo Spotify. —Jesse se llevó una mano al pecho, exagerando una exclamación. Ella presionó los labios para no reír—. Es broma, sí que tengo. Pero es privado. No pienso decírselo a alguien que critica a mi artista preferida.

—¿Que no? Me lo tienes que decir a mí sobre todo, porque soy el que te va a introducir en la buena música. —De un toquecito a la rueda, bajó el volumen de *The Louvre*. Sacó el móvil del bolsillo y estuvo trasteando mientras silbaba durante unos segundos, en los que el silencio pudo con la curiosidad de Lea. Al final, presionó el *play* en la pantalla táctil—. Con todos ustedes, Fall Out Boy.

—*Pop* no, pero *pop punk* sí, ¿no? —ironizó—. Los conozco desde *Big Hero 6*. El tema principal era *Immortals*, creo recordar... Y si no, ya he escuchado todos sus discos cien veces gracias a ti. Yo y todos los asociados —añadió con rencor.

—No hay de qué. —E hizo una reverencia—. Sabía que no me decepcionarías... del todo. Si los conoces, no te molestaré con ellos, pero te voy a poner deberes como tu jefe —recalcó, sin despegar la vista del teléfono.

—Sobre eso de los deberes... Ya que vamos a ir a juicio tengo que decirte que...

Jesse la interrumpió haciendo un gesto con la mano.

—Eso puede esperar.

—¿Perdón? —Parpadeó, incrédula—. Claramente tenemos unas prioridades muy distintas.

Jesse se giró hacia ella, apoyando el codo sobre el respaldo. Chasqueó la lengua y negó.

—Lea, es importante escuchar buena música para ser una persona feliz —dijo, mirándola a los ojos—. No me extraña que vivas como si te hubiesen dado una mala noticia cuando esta es la clase de artista que escuchas para ir a trabajar. Ya verás que en cuanto empieces con el *punk* o el *rock* de My Chemical Romance tu vida será distinta. Tendrás motivación. Te gustará —prometió—. Tengo muy buen gusto.

«Por eso te rechazó, porque tiene muy buen gusto», le dijo la vocecita mental.

Lea se tuvo que tragar el comentario de su propio subconsciente. No intentó contradecirlo, aunque Jesse ya hubiese explicado que era un «no» rotundo por su situación laboral. Ridículo, no liarse con alguien con la excusa de la profesionalidad cuando se era de todo menos profesional... Aunque había dicho algo de trabajar con su ex. Debía ser de su época con Marc Miranda.

«En estos últimos días he visto ir y venir a Marc Miranda... ¿Sabes algo de una fusión?», recordó repentinamente.

Lea echó un vistazo de reojo a Jesse.

—Oye, se rumorea que el bufete va a anexionarse al de tu hermano. ¿Es verdad?

Jesse la miró con sorna.

—Estás decidida a hablar de trabajo. Eres imbatible, ¿eh...? —Fundió la espalda con el respaldo, se escurrió un poco y entrelazó los dedos—. Sí, pero es alto secreto. Tienes que actuar como si no supieras nada hasta que lo anuncien. Será dentro de un par de días a lo sumo.

—¿En serio? —Lea captó la ceja alzada de Jesse e hizo una mueca—. Pensaba que era un farol, o un bulo. ¿Y qué significará la fusión?

—Que por el precio de uno tendremos a dos Miranda en el mismo espacio, lo que traerá más *glamour* al lugar. Y que Leighton estará permanentemente de mal humor. También renovaremos el suelo y unas cuantas oficinas. Ah, y todavía no es seguro porque Marc aún no se ha fijado, pero sustituiremos las plantas de plástico por geranios. Le gustan los geranios, qué sé yo... Y dice que tener plantas de plástico da mala imagen, como que no perdemos el tiempo en detalles cuando para ser abogado hay que mantener y cuidar las apariencias.

—Gracias por ser tan específico, pero me refería a si habrá recortes.

—Lo dudo. Necesitaremos la misma gente trabajando porque Marc, su adjunto y su secretaria son los únicos que se mudan de Miranda & Moore. No habrá nuevos. Sigue habiendo un «&» de por medio, y si Moore no ha cambiado en este tiempo, quiere decir que no va a querer prescindir de un solo abogado que contratase él. Y los contrató todos él, porque a Marc le gusta reírse de la gente en las entrevistas. Puedes preguntarle a su adjunto sobre eso.

—Pues menos mal que no se me ocurrió enviar allí mi currículum —comentó en voz alta—. Leighton fue muy amable conmigo. Implacable, pero no del todo cruel. Se dio cuenta de que no se me daba demasiado bien.

Jesse se rio entre dientes.

—No creas que es un hombre piadoso. Está acostumbrado a que las mujeres que entrevista tartamudeen delante de él y ya ha aprendido a ser más o menos simpático. Las entiende. Seguro que no se esperan que Caleb Leighton sea un treintañero macizo. Es prácticamente imposible que un abogado regente un bufete propio con menos de cincuenta y cinco tacos.

—En eso estoy de acuerdo. Es lo único que me impuso de él, además de su altura. Debe sacarme entre dos y cuatro cabezas —meditó.

Jesse la miró con curiosidad.

—¿Cuánto mides exactamente?

—Un metro cincuenta y seis.

No supo cómo interpretar su sonrisita.

—Qué ricura. —Lea estuvo a punto de ruborizarse. Lo controló clavando la vista al frente—. Entonces Caleb Leighton no es tu tipo.

—No me gustan los hombres serios. Para seriedad ya me tengo a mí misma.

—¿Quieres decir con eso que eres una mentirosa y en realidad «no te valdría cualquiera»?

Lea agarró con fuerza el volante.

Debería haber sabido que le saldría con esas.

—¿Vamos a volver a eso otra vez? Porque creía que pretendías disculparte.

—Cielo, me disculpé por lo de la cita, pero no puedo pedirte perdón por tus mentiras —retrucó en tono divertido—. Igualmente, ya me has perdonado, no puedes cabrearte otra vez por lo mismo y menos cuando ha sido una disculpa muy currada. No me digas que no. Seguro que nadie ha hecho algo tan bonito por ti.

Lea sonrió sin muchas ganas.

—¿Tan raro te parecería que hicieran algo bonito por mí? Porque no es tan difícil comprar una tarjeta y hacer un garabato. Ha recibido gestos bastante más románticos por parte de otros tíos.

—Eh, para el carro, yo no he hablado de romanticismo —apuntó, torciendo la boca—. Y no me parecería nada raro, pero como me has perdonado tan rápido, he dado por supuesto que te ha sorprendido gratamente. O eso o me encuentras tan irresistible que no has podido seguir enfadada. Eso está descartado, claro: parafraseándote... —Se inclinó hacia ella y murmuró, en tono secreto—: «No soy especial».

¿Por qué la estaba provocando si era evidente que no pensaba hacer nada al respecto?

Pisó un poco más el acelerador, enfadada. Meter a la bestia en su coche había sido un acto de fe desmedido.

—¿Te ha dolido que te dijera que no lo eres? Porque puedo ayudarte a sentirte mejor con algún cumplido vacío. Dibujas muy bien. Podrías haberte dedicado a ello profesionalmente.

—Podría haberme dedicado profesionalmente a muchas cosas —replicó con aire seductor. Lea lo miró para asegurarse de que no enloquecía y lo interpretaba de la forma correcta. Así fue —, pero al final acabé aquí. Dibujar no es lo que mejor se me da. Lo normal es que me salgan las narices un poco torcidas o los ojos como un manga. Tú me has salido perfecta.

Le gustó la forma en que dijo que había salido perfecta, como si con ello quisiera expresar que ella era perfecta y la había dibujado tal cual era.

«Sigue soñando».

—Ha sido un detalle bonito, pero con que me hubieras prometido que no volverás a meterte en mi vida habría sido suficiente —dijo, desviándose del punto al que Jesse quería llegar. Frenó justo delante de la bifurcación a los dos barrios—. Ya estamos.

Observó que se quitaba el cinturón muy despacio, con una sonrisa ladina que le sacaba arrugas en la mejilla. Sostuvo la puerta abierta con una mano mientras se despedía.

—Puedes estar tranquila, yo no me meto donde no me quieren. Así que, mientras no me quieras, estás a salvo. Y como no lo haces, no hay de lo que preocuparse, ¿verdad?

—Exacto.

—Bien.

Jesse la pilló por sorpresa apoyando una mano sobre su muslo, impulsándose hacia delante para rozarle la mejilla con los labios. Se puso en tensión y abrió la boca enseguida, pero el reproche se derritió igual que ella al inhalar su olor corporal.

—Nos vemos mañana, *mamisonga* —anunció en voz baja, con la nariz pegada a su pómulo.

Se separó a cámara lenta, dejándose la mano sobre la rodilla femenina. Le dio un apretón lleno de cosquillas en la zona que crispó todas sus terminaciones nerviosas.

Cuando Jesse la soltó, pensó que podría respirar, pero en el último momento estiró el brazo y le acarició un mechón de pelo.

Sonrió como si guardase un secreto.

—Me gusta. —Chasqueó la lengua—. Una pena.

Capítulo 8

Declárate culpable

Había pasado una semana desde que Jesse se coló en su coche y todavía no dejaba de darle vueltas a lo que había dicho.

«Me gusta. Una pena».

Una pena, ¿qué? ¿Que llevara el pelo recogido? ¿Que las niñas en el África subsahariana tuvieran dificultades para recibir una educación digna? ¿Que la copa de *rugby* neozelandesa estuviera a punto de ganarla Hawke's Bay? ¿Qué era una pena?! ¿Sus puntas abiertas?! Porque esperaba que no fuera eso, pero no le sorprendería cuando le pilló teniendo una conversación sobre acondicionadores para el pelo con la secretaria de Leighton.

Si pudiera elegir la explicación a su comentario, sería algo como «me gusta tu pelo, y tu culo respingón, y tu sujetador, y es una pena que tenga esta patética ley de no enrollarme con nadie del trabajo o, de lo contrario, te habría hecho polvo».

Iba siendo hora de superarlo de una vez. Más que nada porque Jesse había estado ausente durante tres jornadas completas, enviándole trabajo por correo, y los otros dos días solo la saludó al subirse al ascensor para pasar las ocho horas correspondientes en el bufete de su hermano. Toda la responsabilidad de los clientes de Cherry's había caído sobre ella, y eso significa que se tuvo que enfrentar a una negociación cerrada entre los afectados por el despido que no fue del todo bien.

Lea no estaba preparada para esas andanzas. Reconocía que le quedaba grande, y por eso se pasaba gran parte de la noche haciendo esquemas, practicando tonos de voz e incluso memorizando algunas partes. Algo ridículo, porque los abogados debían ser de mente ágil, unos grandes improvisadores. Vomitar como un papagayo la lección no le iba a servir esa vez: de hecho, no le sirvió en absoluto, porque el cliente había decidido ir a juicio y Jesse convino en que sería interesante que también lo resolviera ella.

El pelirrojo de las narices había perdido la chaveta definitivamente, y no le bastaba con eso, sino que encima pretendía que la perdiese ella también. Estaba segura de que iba contra la legalidad poner sobre los hombros de un asociado semejante peso. Pero no dejábamos de hablar del tipo que robaba bicicletas, iba a los restaurantes sin pagar, mentía a su mejor amigo y a su empleada más leal para divertirse a costa de los lamentos de ambos. No se le podía coger por ningún lado. Es decir... Claro que se le podía coger por muchas partes: Lea estaba llena de ideas desde que le puso una mano en el muslo —la imaginación era un arma muy poderosa— y se le ocurrían miles de formas de cogérselo al estilo latinoamericano, pero eso no venía a cuento, porque, ante todo, profesionalidad.

En la mañana del lunes siguiente, Lea apareció con café tamaño torpedo en la mano y el estómago lleno de nervios. No era como si fuese a comparecer ante el juez en esa misma jornada, pero más le valía empezar a practicar delante del espejo para adquirir soltura hablando. Con Shan era fácil pasarse de la una de la madrugada a las seis parlotando sin parar, únicamente discutiendo sobre si Robert de Niro tenía un lunar o una verruga en la cara, pero

cuando se trataba de algo serio, le asaltaba la timidez y se bloqueaba. Claro que podía responder a Jesse cuando hacía referencias a las películas de Liam Neeson y su hija secuestrada en París —esos últimos días, llamándola, le había soltado el monólogo entero de «te encontraré y te mataré» de *Venganza*—; ahora bien... Convencer a un jurado de que el acusador tenía la razón era una historia muy distinta. Su poder persuasivo tenía los mismos resultados positivos que la tienda de Halloween en enero de Todd Chavez, que a todos los efectos eran nulos y descendiendo. Y si no fuera así, tal vez podría haber convencido a Jesse de acompañarla a su apartamento.

Lea dejó lo que no necesitaría por el momento sobre su escritorio y se dirigió al baño, donde esperaba conectar con la abogada que sabía que habitaba en lo más profundo de su corazón. Si algo bueno tenía el caso, aparte de que la dificultad era, a su modo, muy motivadora para seguir adelante, era que le obligaba a olvidar los rechazos, juegos y tonterías de Jesse, en cuyo extraño comportamiento prefería no pensar.

Apoyó las manos en el lavabo y se miró al espejo. Imaginó que no eran unos ojos grises lo que le devolvía la mirada, sino los del juez o todo el jurado en general. Intentó creer de verdad en aquel pleito, dejar de pensar que era estúpido que no hubieran llegado a un acuerdo cuando Cherry's ofrecía una indemnización mucho más que generosa.

—Señores del jurado —pronunció, cuadrando los hombros—. Mi cliente ha trabajado en Cherry's durante toda la vida, desde que se graduó en la universidad hasta que el acusado lo expulsó sin ningún motivo aparente. Veinte años en la sección de publicidad y *marketing* soportando recortes de salario, sin una sola promoción ni apenas días libres, para que, al final, fuese despedido junto con los nuevos, los que no demostraron lealtad a la empresa y, para colmo, tratado como un perro por exigir al menos su finiquito...

—No está del todo mal, pero yo bostezaría —comentó alguien a su lado. Lea dio un respingo que por poco se resbaló con las baldosas húmedas por el vapor. Húmedas por el vapor... ¿*Húmedas por el vapor?* ¿*Eh?*—. Galilea, para ser buen abogado no basta con tener la razón. De hecho, los abogados son artistas de la persuasión. Y ¿cómo vas a persuadir si ni tú misma crees en lo que estás diciendo y lo recitas como la tabla periódica?

Lea se quedó de una pieza al mirar los pies descalzos de Jesse, igual que sus piernas empapadas y el vello claro que las salpicaba hasta medio muslo. Ahí empezaba una toalla blanca anudada a la cintura. Y ya estaba. Ese era todo su atuendo. Como si el *Discóbolo* de Mirón se hubiese olvidado de que los Juegos Olímpicos estaban en Europa y había que vestirse para ir a trabajar.

—Ya sé lo que vas a preguntar —prosiguió él—. «¿Por qué no te he llamado estos días y te he relegado a obedecer al estúpido de Rick?».

«Reacciona, reacciona... Intenta parecer normal».

—La verdad es que iba a preguntar por qué vas caracterizado de escultura griega en el bufete. No sabía que estaba permitido deambular medio desnudo. Se supone que hay unas leyes.

—Ya sabía yo que te parezco escultural. Pero parece mentira que aún no te hayas enterado de que me ducho aquí todos los días porque vengo desde la otra punta de Miami en bicicleta. Se supone que eres mi secretaria, deberías saberlo —la pinchó con una sonrisa maliciosa—. Ah, no, olvidaba que Galilea Velour no se fija en mí.

Lea ni siquiera se planteó hacerse la ofendida o replicar. Era un charco de hormonas delante del torso más espectacular de la historia de las tetas masculinas; no conseguiría sumar sílabas. Tendría que editar sus sesenta y cinco documentos escritos, porque lo que aquel hombre escondía bajo la ropa no lo había visto venir.

«Te está hablando. Responde».

—¿No te da vergüenza que entre alguien y te vea?

«Ni que tuviera nada de lo que avergonzarse».

—En dos años me han visto dos personas aparte de ti, y porque son tan madrugadoras como yo. De todos modos, el conserje es mi amigo y tengo un magnífico juego de llaves para bloquear la puerta y evitar darles los buenos días con mi tercera pierna. Solo que esta vez se me ha olvidado echar el cerrojo. —No parecía lamentarlo—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, por tu alegato final. O por tu falta de credibilidad. O por tu falda de cuadros. O las tres. Principalmente lo primero, nos corre más prisa que aprendas a sonar decidida.

Lea cogió aire y lo miró con las cejas alzadas.

—¿Vas a enseñarme a alegar con una toalla? Porque no voy a poder tomarte muy en serio.

—Oh, sé perfectamente cómo y de qué manera quieres tomarme, pero no estábamos hablando de eso, ¿verdad?

Le guiñó un ojo y se plantó delante de ella. Un magnífico semental de metro setenta largo y sonrisa de perro que, para colmo, conocía sus efectos sobre ella. Justo lo que necesitaba para empezar la mañana con la tensión arterial a veintidós coma cinco. Del uno al diez en hombres peligrosos, él era un doce.

—¿Qué se supone que he hecho mal? Me parece un alegato más que decente.

—Y lo es. La teoría está bien. Es la práctica lo que falla. —Se plantó la mano en el pecho para secar las gotas de agua que se habían formado entre su pectoral. Lea tragó saliva. «No las cuentas. No sabes contar. A partir de ahora eres analfabeta»—. Las alegaciones son el discurso

final de las películas románticas; esa parte profundamente sentimental e intensa en la que el protagonista aclara sus sentimientos y a nadie le cabe duda de que moriría por su chica. El cine tiene música y efectos especiales, así que el actor no tiene que hacerlo del todo bien para que sea alucinante, pero tú solo te tienes a ti misma. Así que debes convencer y emocionar, y eso solo se hace creyéndote de verdad la historia del cliente.

Hablar de películas románticas con un tío desnudo delante no iba a funcionar para que recordara su trabajo. O su nombre de pila.

—¿Me estás pidiendo que me involucre con él? ¿Que meta sentimientos por medio?

—No los tuyos. Pero sí debes apelar a los del jurado. Son gente como tú y como yo, necesitan una historia veraz para tomar una decisión.

Apoyó los dedos sobre el lavabo, adoptando una postura casual con un hombro arriba y otro relajado. La toalla fue instantáneamente poseída por Satanás, corriendo el riesgo de deslizarse por su cadera lo suficiente para mostrar el hueso.

«Basta, Dios, seré buena a partir de ahora si me dejas respirar».

—Solo... —Carraspeó—. Solo es un despido.

—¿Crees que manipular al jurado con un asesinato a sangre fría sería más sencillo? —Ladeó la cabeza y la miró entre divertido e irritado—. Porque si lo que buscas son juicios emocionantes, te invito a trabajar para un penalista.

—No es eso —explicó rápido—. Es solo que no entiendo por qué es necesario ir a juicio. Cherry's estaba dispuesto a pagar el doble del finiquito por los daños y perjuicios. Mucho más de lo que nadie esperaba. Y aun así...

—Entonces, si han decidido no firmar, debe ser porque el cliente cree que puede sacar muchísimo más —terció, mirándola con una sonrisa suficiente—. Hay una historia turbia detrás del despido y Bennett piensa que con ello podría desplumar a Cherry's, por eso se recurre al tribunal: eso y no más. Y si

Cherry's no se ha asustado porque el asunto vaya a mayores, es porque también guardan un as bajo la manga o, como mínimo, una defensa al golpe. Hay algo que no te están diciendo y, si no lo han hecho, debe ser porque me esperaban a mí para abrirse. No les has hecho sentir en confianza para contártelo.

—¿Qué? ¿Cómo que no? Soy su abogada, confíen o no van a tener que desembuchar. Si no, ¿cómo los voy a ayudar?

—Ofendiéndote no, desde luego. Primero debes trabajar por donde te he dicho: creyendo en la acusación. Me sorprende que no te hayas metido en su piel cuando todo lo que has dicho encaja con tu situación laboral. Bennett ha sido muy poco valorado igual que tú, ha estado partiéndose la crisma y trabajando como un cerdo para que, al final, no le den lo que merece. Deberías simpatizar con él más que nadie, Lea. Tal vez debería haberte dado un caso en el que defendemos al acusado... Se te da mucho mejor negar una acusación que hacerte la víctima.

—Ah, ¿crees que el cliente se hace la víctima? ¿Quién denota una falta de confianza brutal ahora...? —Dejó de pinchar al captar la indirecta—. ¿A qué te refieres con que se me da mejor negar?

—Me refiero a que defenderías mucho mejor algo que no te crees ni tú a algo en lo que confiaras. Por ejemplo... Si yo fuese el acusador del juicio y tú la acusada, y te señalara por negar repetidas veces que quieres acostarte conmigo, es probable que convencieras al jurado con tu fingida seguridad solo por lo mucho que la has practicado.

Lea lo miró como si se hubiese vuelto loco. Se confirmaban sus sospechas: no eran imaginaciones suyas, sino que Jesse de verdad estaba provocándola para que admitiese lo que ya debía ser evidente pero jamás pronunciado en voz alta.

—Podría defender eso en un estrado y con una mano sobre la Constitución. No es el mejor ejemplo.

—¿De veras?—preguntó él, aparentando asombro. Dio un paso hacia delante, quedándose muy cerca de ella. Si Lea agachaba la cabeza, terminaría rozando su pecho con la nariz—. ¿Serías capaz de jurar sobre las leyes de los Estados Unidos que no has fantaseado conmigo, y luego someterte a un interrogatorio?

Se le aceleró el corazón. No sabría lo de los relatos, ¿verdad? Shan borró el documento y no había vuelto a cometer la estupidez de mandárselo al correo personal.

—¿Qué trapos sucios?—preguntó en voz baja, intentando no respirar.

—Por ejemplo... cómo me estás mirando ahora.

—Eres un hombre en la flor de la vida, atractivo y relevante en la empresa, y estás desnudo delante de tu inferior. Es normal que te esté mirando como si fueras un dodo extinto.

—No sabía que los dodos extintos se merecían una mirada de revista *Playboy*.

—Bueno, no tengo la culpa de tener unos ojos tan bonitos y una mirada tan *sexy*.

Jesse sonrió hasta que las poco inocentes arrugas se dibujaron en sus mejillas.

—Los culpables se ponen a la defensiva cuando les recuerdan sus pecados —señaló el muy listillo.

—Disculpa, pero creo que no me he enterado del todo bien de cuál es el pecado aquí.

—Yo, por supuesto.

La respuesta no debería haberla cogido por sorpresa, pero lo hizo. Lea levantó la barbilla y lo miró directamente. Importaba un carajo si lo negaba una o cien veces. No iba a hacerle cambiar de opinión, y eso significaba que estaba encerrada.

—Que conste que no estoy admitiendo nada —habló ella al fin—, pero ¿por qué tanto interés en que diga que fantaseo contigo? No me creo que tengas un problema de autoestima y necesites que te ayude con ello cuando te expulsarían del concurso de egocéntricos por profesional. Ni siquiera estás interesado en mí; no he olvidado cómo me definiste a Wentworth ni tampoco tu juramento de sangre con el dios de los que no se acuestan con empleadas. ¿Qué objetivo cumplirías si dijera que me acostaría con mi jefe, lo cual, igualmente, no es cierto? ¿Qué es lo que pretendes?

Los ojos de Jesse brillaron.

—No es ninguna encerrona ni hay ningún objetivo oculto. Pretendo simple y llanamente que lo confieses. Quiero que lo digas, y no porque vaya a hacer algo al respecto o porque quiera una excusa para despedirte, ni para alimentar mi ego porque, como has dicho, no lo necesito. Es por curiosidad y porque me encanta tener la razón.

La pobreza de sus argumentos le ofendió.

—Del uno al diez, ¿cuánto interés tienes en oírlo?

—Me mantengo en el «no pienso parar hasta conseguirlo».

—Pues mucha suerte intentándolo.

—Mucha suerte negándolo —regateó Jesse, llevándose la mano al nudo de la toalla. Lea hizo un gran esfuerzo por no guiar sus ojos hasta allí—. Se me da muy bien provocar a las mujeres.

Decidió sacarse el filtro de encima al contestar.

—En ese caso, reformularé: mucha suerte lidiando con las consecuencias de provocarme. No me gusta que me molesten, Miranda, y llevas unos pases porque eres mi jefe. Pero créeme, no quieres conocerme de verdad.

Lea se dio la vuelta, entre ofendida y extrañamente complacida, y salió del baño para enfrentar su jornada con las piernas algo más flojas de lo normal.

No sabía cuál era el protocolo que seguir cuando alguien declaraba sus intenciones de doblarle las rodillas; solo estaba segura de que tomarse tantas molestias por curiosidad era o

bien ridículo o una excusa. ¿Y si en el fondo quisiera algo de ella, y ni él fuera consciente aún?

«Vaya, Lea, ¿desde cuándo eres analista?». Suspiró para sí. Soñar no le iba a hacer ningún daño. ¿Qué era lo peor que podría pasar? «Pues que te enamoras perdidamente de una persona que, en realidad, no sabe ni de lo que va, solo porque es una cara bonita y te trata bien», le había dicho Shan en la última semana, cuando la puso al tanto del beso en la mejilla de Jesse. «Por Dios, Lea, me estás contando que puso su babosa boca en tu colorete como si te la hubiese metido en el tranvía, ¿de verdad crees que no es preocupante que sigas escribiendo relatos eróticos y siguiéndole el juego de las películas?».

Lea juró y perjuró esa noche, sosteniendo sus palillos y con la boca llena de salsa de soja, que Jesse Miranda jamás de los jamases se convertiría en un problema. Por el momento todo, estaba bien. Eso no era lo importante, sino volver al trabajo, en el que estuvo inmersa durante las horas siguientes con dos distracciones contadas: cuando Jesse pasó por su lado guiñándole un ojo y cuando pasó otra vez para ir a por su dosis de azúcar —la extra, de la que no se encargaba ella— y le sacó la lengua como un crío.

Estaba a punto de darse un cogotazo por inútil justo cuando dieron las once y media, cuando alguien le tocó el hombro y cambió su rumbo.

—Ha venido Sandoval. Está esperando en la sala de reuniones para hacer un anuncio. Creo que es lo de la fusión, porque ha aparecido con unos cuantos más que no me suenan —dijo Julie, haciendo un gesto para que la siguiera. Subió las cejas—. Hay uno guapísimo.

Lea ni se activó con el comentario. ¿Qué había uno guapísimo? ¿Solo UNO? Perdón, pero allí todos estaban tan buenos que parecía la semana de la moda de Nueva York, no supondría nada nuevo que se incorporase la plantilla de *Vogue*. O eso pensaba ella, porque en cuanto cruzó la pasarela siguiendo a Julie y clavó la vista en la cristalera descubrió que se había quedado corta y el revuelo adolescente de sus compañeras estaba plenamente justificado.

Frenó al lado de Kara e Ivonne, las respectivas secretarias de los socios mayoritarios, y echó un segundo vistazo por encima de los adjuntos a los tres nuevos, que esperaban la palabra de Sandoval para presentarse. Uno afroamericano, otro rubio y una chica de pelo largo.

—¿No se parecen a los Black Eyed Peas? —señaló Ivonne.

—Y yo qué sé, pero el negro es el tío más bueno que he visto en mi vida —susurró Kara—. Que me diga cómo se llama, que se lo pido a Santa Claus.

Se decía por ahí que Kara e Ivonne forjaron su amistad antes de que se terminase de construir el edificio. A pesar de no tener más de treinta años, eran patrimonio histórico del

bufete y conocían los más oscuros secretos de todo el mundo. Era de sabios temerlas: Lea no las subestimaba por muy superficiales que pudiesen parecer, y procuraba tenerlas contentas para que no se atrevieran a husmear en su ordenador. Además de eso, eran las dos bellezas inalcanzables de la planta, y cumplían a rajatabla la ley de la que Jesse se jactaba: podían decir toda clase de guarrerías en voz alta sobre sus superiores, pero jamás se enrollaban con nadie del trabajo. Eso sí, coqueteando eran imparables. Prácticamente habían levantado novios a mujeres que ni conocían con su descaro, y no les importaba. Algo así debía categorizarlas como arpías y enemigas vitales de cualquiera que se quisiera considerar decente, pero de alguna forma resultaban agradables, y aunque no supiesen guardar secretos, cuidaban de todos si les pedían un favor. Por eso y mucho más, Julie y ella las llamaban las Hermanas Retorcidas en honor a Meredith Grey y Cristina Yang, con la diferencia física de que Kara tenía el pelo muy corto, teñido de azul oscuro e Ivonne era una pelirroja explosiva; nada que ver con rubias ni asiáticas amantes del bisturí.

—¿Seguro que no sabes cómo se llama? —preguntó Lea en confidencia.

Kara se giró para mirarla con una sonrisa suficiente.

—Estaba al tanto de que habría una especie de acuerdo entre bufetes y sé de dónde viene, pero no tengo ni idea de quién es ninguno de ellos. —Sonrió más en cuanto aparecieron Leighton y Marc Miranda, el primero con su mueca seria y el segundo muy seguro de sí mismo—. Mira, parece que ya van a resolver nuestras dudas.

—Si ya estamos todos... —comentó Sandoval en voz alta.

Lea llevaba sin verla desde su precipitada baja por enfermedad, una noticia que afectó a todo el bufete sin excepción. Su ausencia se notaba, igual que fue evidente la alegría de todos al reencontrarse con ella.

—¿Va a volver al bufete? —Se alzó una voz.

—¡Eso es! ¿Se encuentra ya mejor?

—¡La echamos de menos! —exclamó un tercero.

Todos rieron conformes, incluida Lea. Ella en concreto le debía su trabajo a Sandoval, que fue la que insistió en que Jesse debía instruir a alguien.

—Tranquilos, de eso venía a hablaros. De eso y de otras muchas cosas. Sé que se acerca la hora de comer, así que no os quitaré mucho tiempo.

—Es divina —susurró Ivonne—. La amo.

—¿Por qué? —ironizó Julie—. ¿Porque tiene en cuenta nuestro horario?

—No, porque lleva un vestido barato como si lo hubiera firmado Versace. Es perfecta.

Lea ahogó una sonrisa. Era una verdad mundialmente conocida que Ivonne estaba enamorada hasta las trancas de Aiko Sandoval. Lo que no tenía claro era si se lo confesó en algún momento, lo que no le extrañaría teniendo en cuenta que no se reservaba nada.

—El que es perfecto es su marido. ¿Has visto cómo la mira? Parece decirle que la va a abrir de piernas, pero con amor —apostilló Kara—. Es la combinación ideal entre el *playboy* que te llama «nena» con condescendencia y te deja en la cama tirada después de follarte como si le importaras, y el cursi que planta un pósit en la nevera diciendo que te quiere por si no te pilla despierta antes de irse a trabajar.

—Eres tan descriptiva que me lo he imaginado dándome el beso de buenos días —lloriqueó Julie—. Siempre me han encantado los rubios.

—Pero si a ti te gusta el gorila, déjale el gran Miranda a las demás. Fíjate qué bien repartimos: Aiko para Ivonne, Marc para mí, y Leighton para ti. Y para Lea... —Kara se giró hacia ella—. El nuevo tiene pinta de hablar con acento cubano. Descubramos qué hace antes de elaborar el perfil, y ya decides si te lo quedas.

Lea soltó una carcajada. Así debieron ser las tardes en la época de instituto, cuando las chicas normales quedaban con sus amigas para pintarse las uñas tirada cada una en un sillón y hablar de los hombres que salían en las portadas de las revistas. Lea nunca tuvo eso, se conformó con un compañero tan estudioso y callado como ella que, de vez en cuando, tenía el atrevimiento de abrir la boca en la biblioteca para pedirle un bolígrafo. Para ella, esos tiempos no fueron tan divertidos, pero por lo menos tenía la suerte de contar temporalmente con Kara e Ivonne, que con treinta y pico volvían a los diecisiete.

—... pensado en cada uno de vosotros, y ante todo debéis saber que no vamos a prescindir de nadie. Esta reforma está hecha para ampliar horizontes, y no seríamos quienes somos sin nuestra actual plantilla —decía Sandoval—. Explicados los motivos de la fusión...

—¿Qué motivos eran? —preguntó Kara.

—Si te hubieras callado mientras hablaba, lo sabrías —susurró Julie.

—Resumidamente, ha dicho que no debemos alterarnos porque no hay razones económicas detrás —explicó Ivonne, sin apartar la vista de Aiko—. Es por cuestiones de prestigio, estrategia y aprendizaje. Cree que es la única forma de mejorar los resultados, porque ya habíamos llegado a un punto en el que no podíamos superarnos a nosotros mismos.

—... reforzar los Departamentos de Recursos Humanos y Administración e inauguramos los de *Marketing* y Comunicación e Informática. Ya conocéis al señor Hunt, administrador de la

economía del bufete, pero a partir de ahora contaremos con el experto contable Óscar Kenna. — Y señaló al moreno al que Kara se estuvo refiriendo. Este dio un paso hacia delante y tuvo su momento de gloria presentándose oficialmente.

Tal y como Kara señaló, tenía acento cubano, una victoria aplastante por la que chocó los cinco con las otras tres. Eso atrajo la atención de Kenna al cuadrante donde cuchicheaban, que dejó de hablar un momento para sonreír como los profesores menos estrictos a las alumnas más guapas de clase.

Julie le dio un codazo a Kara, Kara se apartó el pelo con un movimiento *sexy* y Lea solo se ruborizó hasta los pies al comprobar que...

—Si la trayectoria que estoy trazando no se equivoca, creo que te está mirando a ti — murmuró Ivonne—. ¡Qué fuerte! ¡Mira cómo sonrío!

Lea pidió silencio con un «shh» tan espontáneo y potente que se le escapó la saliva en forma de gargajo. Se cubrió la boca con la mano y automáticamente miró a Kenna para asegurarse de que no lo había visto.

—Le gustas —decidió Julie, muy convencida.

—Ahí va JJ de nuevo —ironizó Kara—. Creyéndose que la gente está enamorada solo porque respiran en la dirección de una. Pero sí, está claro que le has gustado. A no ser que sea uno de esos gais con pinta de heterazos, como la menda a mi derecha, en cuyo caso te acaba de fichar para que miréis bolsos juntas. Tú solo apunta su nombre, apúntalo. —Kara le dio un codazo a Lea, que seguía mortificada por su escupitajo—. Con suerte hay vídeos suyos en Internet haciendo el delfín.

—¿Haciendo el delfín?

Kara miró a Ivonne como si fuera estúpida.

—¿No conoces la postura del delfín? Es la que más les gusta a los hombres.

—Vaya, como si yo tuviera que saber qué les gusta a los hombres en la cama —comentó sarcásticamente.

Julie se rio.

—Yo pensaba que lo del delfín era por la rima, ya sabes... Como el teto pero con «fin». Tú te agachas y yo te la meto sin fin... —Julie dejó de hablar cuando se giró uno de los recién empleados para mirarla con interés. Se puso roja hasta la raíz del pelo y retrocedió—. Ay, Kara, no puedes dejar de decir guarrerías... ¿Qué hablas ya del teto?

El hombre de delante soltó una risilla y volvió a clavar la vista al frente. Julie miró a Lea y se cubrió la cara con la mano.

«Mátame», deletreó con los labios.

—En recursos humanos tenemos a Chico Caprani. Cualquier problema que tengáis, ya sea de organización, algún pleito o solicitar cualquier cambio, ya sabéis a quién acudir. —Señaló a un hombre tan absurdamente alto que Lea casi se quebró mirándolo a los ojos—. Y por último...

—Y por último... —imitó Kara—: ¡Fergie!

Julie hizo una pedorreta y empezó a descojonarse, llamando de nuevo la atención del tipo de delante. Lea le pasó un brazo por el hombro y lo palmeó.

«Ya, ya...».

—Ocupando el Departamento de Comunicación y todas las relaciones con la prensa, tenemos a Irving Fox.

—Es demasiado guapa, seguro que es una cabrona engreída —dictaminó Kara, muy convencida.

—No seas así, mira cómo hunde los hombros. Está cohibida. Seguro que es su primer trabajo y no sabe cómo ha ido a parar a un sitio tan grande e importante.

—No, no, si huele a caca desde aquí, pero eso no quita que sea una cabrona engreída —insistió, frente a la mueca disconforme que hacía Ivonne—. Tiene pinta de ser la que entra con aire de mosquita muerta y cuando menos te lo esperas, ¡zas! Se quita la coleta, se acuesta con el jefe, da un golpe de estado e invade Polonia.

—¿Y todo esto solo porque es guapa? —intervino Lea—. Guau, no me quiero ni imaginar de lo que pensaste de Ivonne cuando la conociste.

—Es distinto, Ivonne no es más guapa que yo. Irving sí. Aunque con ese nombre puede que me acerque a darle mis condolencias.

Ivonne se giró hacia ella con cara rara.

—¿Que no soy más guapa que tú? ¿Te has visto la cara? —Encaró Lea y sonrió—. Gracias por el cumplido.

Lea asintió. Y así era como conseguía que no se asomara a su ordenador en los próximos tres meses, lo cual no venía mal porque ese era el tiempo que le quedaba para acabar su antología de relatos eróticos.

—Oh, venga, tienes cara de rana. Que yo te quiero igual, pero tus ojos saltones...

—... principales, pero seguiremos ampliando plantilla con el paso de los días. Por lo pronto inauguraremos el Departamento de Informática gracias al señor Martin, aunque estamos a la búsqueda de un especialista. Lo anunciamos porque, mientras encontramos a una persona cualificada para el puesto, necesitaremos que cualquiera de vosotros que sepa tratar con procesadores cubra esta plaza temporalmente. Si estáis interesados en pasaros unas horas por la sala TIC, Marc os explicará un poco mejor de lo que va todo.

—Voy a pasarme por la sala TIC solo para verlo de cerca —decidió Kara. Lea no la culpó—. Si casualmente me caigo encima...

—Oye, coquetea con alguien de tu tamaño —interrumpió Ivonne, con los ojos entornados.

Lea ignoró las pullas que intercambiaron y dirigió toda su atención a Shan, que no estaba allí, pero debería ser la que se cayera encima de Marc. No existía persona mejor cualificada que ella, que pasaba todo el día en la red, comprando suplementos para el ordenador, mejorando sistemas operativos, librando de virus chungos a los vecinos en diez kilómetros a la redonda y... un largo etcétera de cosas de las que Lea no tenía ni idea pero ella tenía cubiertas como licenciada en informática. Le encantaría trabajar con alguien con quien se llevara bien. Es decir: se llevaba bien con Julie, y Kara e Ivonne se dejaban tratar, pero no eran sus amigas. No se atrevía a salir a comer con ellas, ni por supuesto conocían sus escasos secretos. Una aliada en el trabajo no le vendría mal para sobrevivir, como tampoco rechazaría una ayuda pagando el piso. Sabía de sobra que si de Shanghái dependiera, pasaría los próximos veinte años viviendo de gorra en su apartamento, y por eso probablemente rechazara el puesto. Pero por intentarlo...

—... estos nuevos cambios, y para que entréis en materia hemos pensado en celebrar este viernes una cena y una fiesta a la que estaréis todos invitados. Tenemos reserva en... —Aiko miró a Marc, que movió los labios para darle el chivatazo—. Dimarco's.

—¡No me digas! —exclamó Julie por lo bajo—. Adoro ese restaurante, y eso que he ido dos veces en mi vida. Es caro de narices. Cien el cubierto.

—¿Tan rica es esta gente? —bufó Kara—. Porque podrían subirme el sueldo. ¿Y en serio se lo van a gastar en nosotros? Esto me huele a chamusquina. A ver si nos quieren hacer como la vieja de Hansel y Gretel versión recorte laboral, ponernos como cerdos para luego sacarnos de aquí a patadas.

—Créeme, una noche en Dimarco's merecería cualquier despido.

Lea no prestó atención a las teorías conspirativas y calculó cuánto le tomaría pasarse por casa para poner a Shan al tanto de las noticias, visto que no tendría tanta suerte como la otra vez llamándola por teléfono. Eran las doce del mediodía, no le sorprendería cazarla acostada o discutiendo a voz en grito con Humphrey, el vecino sin nombre, pero con apodo. Y, ya de

paso, contarle que había visto a Jesse Miranda casi en bolas. Un hombre desnudo, una cena gratis, una futura fiesta y la mirada de Óscar Kenna: la mañana no podía ir a mejor.

Esperó con paciencia a que Aiko terminara su discurso y apuntó en la agenda del móvil la fecha de la cena y la hora. Pronto regresó a sus cábalas: estaba invitado todo el mundo. Eso era bueno, por un lado, porque pasaría desapercibida, y malo, por otro, porque también sería muy consciente de que todo el mundo la ignoraba. No es que sociabilizar se le diese mal, ni que la gente pasara de ella. La buscaban cuando tenían un problema —eso ya era algo—, y Julie y compañía eran majas, aunque seguían formando un grupo cerrado que no necesitaba cuarta integrante.

Por lo menos podría llevar pareja, ¿no? Shan fingiría ser su novia de la universidad con mucho gusto si había comida por medio. Solo que Lea no pensaba comer delante de quince pares de ojos con una gran habilidad para criticar.

Suspiró y abandonó la sala sin molestarse en fingir que tenía un almuerzo que rescatar de su cubículo. Eran extraños sus razonamientos. A veces un contrasentido. Y se daba cuenta: por un lado, sentía que todo el mundo la juzgaba allá donde fuera, lo que la llevó a desarrollar un sentido del ridículo apabullante, pero, por otro, se reía de sí misma por pensar que alguien le prestaría atención. Aunque su cuerpo reaccionaba como si notara el peso de miradas censoras sobre ella, tensándose y sudando, su mente sabía que, en realidad, no había nadie siguiéndola, ni midiendo sus acciones, ni dedicándole un solo pensamiento.

O eso creyó ella, porque alguien la abordó apenas entró en el ascensor.

Capítulo 9

En una palabra: irresistible

—¿No comes?

Lea frenó a espaldas de Jesse.

¿Qué la habría delatado?

Se aseguró de que eran los únicos que pretendían entrar en el cubículo y alargó su tiempo de respuesta apretándose contra la esquina.

Se cubrió los ojos con dramatismo.

—¿Está vestido, o puedo mirar esta vez?

—¡Protesto! —exclamó, sorprendiéndola—. La acusada intenta distraer la atención de la pregunta principal. Aunque ha sido un buen intento, porque cualquiera se distraería con la imagen de mi cuerpo desnudo. —«Descuida, no pienso negar eso»—. ¿Dónde está tu almuerzo?

Lea levantó las llaves sin pensarlo dos veces. Tenía mecanizadas las mentiras.

—En el coche.

—¿Comes en el coche?

—Lindsay Lohan lo hacía en el baño en Chicas malas, yo solo establezco paralelismos con el cine porque a mi jefe le gusta y debes tener contento a tu superior.

Jesse sonrió sin añadir nada. Habría sido imposible que rozara a Lea para pulsar el botón de la planta baja cuando esta se encontraba en la esquina paralela al tablero numérico. Pero se trataba de Jesse, y en lugar de ejercitar su índice, utilizó el de Lea. La tomó repentinamente del brazo, y de un punto sobre el codo fue deslizándose los dedos hasta guiar la mano femenina al número cero. Entonces la miró y, sin soltarla, se plantó la mano abierta justo sobre el corazón. Lea lo sintió latir dos veces antes de que entornase sus ojazos amarillos y preguntara, entre divertido y seductor:

—¿Entonces eres una chica mala?

—Protesto. El testigo está haciendo preguntas personales.

—Sabes que el testigo no pregunta, ¿verdad? ¿O lo dices porque es apropiado? Por una parte sí y por otra no, no tengo del todo claro qué papel juego en este pleito. Soy testigo de tus mentiras, de tu resistencia y de cómo te cuesta quitarme los ojos de encima, pero también soy víctima de todo ello y...

»Vaya, tienes unas manos muy pequeñas —Hizo notar con una sonrisa llena de ternura.

Ahí iba el cambio de tema. Lea ni lo notó teniendo su mano atrapada entre los largos dedos de Jesse.

—¿Sabes algo de quiromancia?

En ese momento no sabía ni hablar, pero gracias al cielo aún existía el lenguaje no verbal. Negó con la cabeza y procuró que no se notara que contenía la respiración.

«Que solo te ha cogido la mano, Galilea, deja de ser tan mojigata. Esto no es una novela romántica de Johanna Lindsay».

—Da la casualidad de que yo sí. ¿Quieres que te diga qué pone en tu mano?

«Prefiero que me digas qué pone en la etiqueta de mis bragas».

—A ver si adivino —consiguió decir, en tono sarcástico—: «Me muero por acostarme con Jesse Miranda».

—Eso lo pone en tu frente, no en tu mano.

Lea pudo mantener la risa floja hasta que Jesseladeó la cabeza y conectó con el centro de su cuerpo dirigiéndose a su pendiente derecho. Se le puso el vello de punta al notar su cálido aliento en la mejilla, una caricia tan repentina que no consiguió gestionarla e involuntariamente entreabrió los labios.

—En realidad, las manos hablan de hechos futuros, no de deseos presentes —contó en su oído, como si fuese un secreto—. Y la tuya manifiesta abiertamente que vas a caer muy pronto. Muy, muy pronto. Antes de lo que crees.

—En la tuya no pondrá, por casualidad, que eres muy pesado, ¿no?

Jesse pegó la barbilla al pecho, quedando a la altura perfecta de sus ojos. Arqueó una ceja y la estudió con su clásica mueca burlona, en la que traslucía un brillo especialmente atrayente.

Hasta la patética luz del ascensor le favorecía. Era absurdo.

—Si tuvieras que definirme con una sola palabra, ¿me definirías como pesado?

—¿Por qué solo una palabra?

—Lo que no puedes resumir en una palabra no merece la pena decirlo.

—Dijo el diccionario con piernas. ¿Seguro que no te daría una embolia dedicando menos de dieciséis páginas sin doble espacio a describir cualquier cosa?

—¿A mí? Por supuesto. A ti... ya no tanto. Llevas año y medio respondiendo con síes y noes, seguro que no te cuesta encontrarme un único adjetivo.

—Pelirrojo —soltó sin pensar.

—¿En serio? ¿Vas a reducirme a mi color de pelo?

—¿Qué puedo decir? Soy fetichista —expresó, procurando que no sonara a verdad absoluta.

Jesse se echó a reír.

—¿Tu falda aprueba esa elección? Yo diría que no, tan comprometida que estaba con aniquilar las superficialidades del bufete.

La campana del ascensor pasó desapercibida bajo el bufido divertido de Lea. Decidió definir ese soniquete como el «salvada por la campana» más agradecido de la historia de la humanidad.

—Supongo que ahí van el largo, el ancho, y...

—... y la duración.

Puso los ojos en blanco e intentó no imaginarse un maratón de sexo de hora y media.

Tarde.

—Presumido.

Apartó la mano de las de Jesse e intentó colarse entre las puertas antes de que se abrieran del todo. Salir de aquel agobio de colonia y loción masculina aclaró sus ideas y pudo volver en sí misma.

¿De verdad habían hablado sobre su pene? ¿En serio le había tocado la falda y mordido el dedo? Ese tío no tenía vergüenza ni la conocía, y tampoco parecía preocupado por ello.

Demostró que, además, no pensaba ponerle remedio alcanzándola a un paso de cruzar la calle.

—¿No ibas al coche? ¿Por qué no has bajado al *parking*?

—Ya te dije que no tengo plaza de aparcamiento.

—¿No te di la mía? —preguntó, extrañado. Lea le devolvió el mismo tipo de mirada—. Creo recordar que te dije que podías usar mi espacio cuando tuvimos nuestra segunda cita en tu Ford.

«Payaso. Inútil».

—En realidad, solo hablamos de tu derrape con el coche.

—Es lo que se hace en las citas, ¿no? Recordar viejos tiempos.

»Toma, usa mi plaza mientras decido si me compro un bólido o entro a formar parte de algún club medioambiental.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo me vas a dar tu plaza?

—¿Por qué dices la palabra «plaza» como si pretendiera entregarte las llaves de San Pedro? Es un espacio en un sótano lleno de ratas, no un billete de ida y vuelta a Long Island.

—Agradecería más ese billete.

Jesse levantó las cejas varias veces.

—¿Acompañada o sola?

—Pe-sa-do.

—Vas a quedarte mi plaza, ¿de acuerdo? Primero, porque no me hace ninguna falta. Segundo, porque no va a estar cogiendo polvo pudiendo albergar tu precioso cochecito...

—No pienso quedarme tu...

—Tercero: porque si no, te despido.

—Eres un cerdo manipulador.

—Eso son dos palabras, y en el test de cuál era mi *patronum* me salió el ciervo. Así que técnicamente sería un ciervo manipulador. Por cierto, ¿cuándo hemos ganado confianza suficiente para que me llames cerdo?

—¿Cuándo has decidido entregarme tu plaza? —probó.

—Cierto, las llaves de San Pedro. Un momento.

Se detuvo justo delante del paso peatonal y buscó en el interior de los bolsillos. Ante la mirada perpleja de Lea, tanto por el ofrecimiento como lo que salió de aquel agujero negro, empezó a sacar envoltorios de caramelos, piruletas, Chupa-Chups, barritas de chocolate y otros *snacks*.

—Dios mío, ¿por qué el mundo es tan injusto? —se le escapó.

Jesse levantó la vista y entornó los ojos, molesto por la luz cegadora. A ella le daba el sol en la cara y parecía un orco de Mordor admirando el fuego de Sauron, y él estaba entre el maldito Edward Cullen con su piel de diamantes y un Clint Eastwood *sexy* y joven fulminando con la mirada.

—¿El qué es injusto?

«Que te puedas meter todo eso en el cuerpo y seguir estando más bueno que donde los hacen, mientras que yo me tomo dos yogures desnatados y parezco Úrsula a punto de robarte la voz».

—Que los bolsillos de los pantalones para hombres lleguen al magma de la tierra y los de las mujeres estén cosidos para que nos ocupe más espacio el culo.

Jesse soltó una carcajada y cabeceó, dándole la razón.

«Por los pelos».

Confiaba en su capacidad para distraer a la gente del punto principal o de sus verdaderos pensamientos, pero Jesse sabía lo que hacía cuando indagaba y tal vez habría acabado contándole su dramático devenir con la comida grasienta y los dulces. Afortunadamente, se concentró en buscar en su llavero la que daba con la puerta principal del *parking*, y siendo una tarea tan difícil, acabó sembrando la intriga en Lea.

—¿Necesitas ayuda? —se le ocurrió decir.

—Aparentemente necesito las siete bolas del dragón y un máster, pero veré si me las apaño descubriendo cuál era de todas. Se puede reconocer por el relieve del agarre...

—Pues si tienes que acariciar todas las llaves, nos va a pillar el fin del mundo. ¿Por qué tienes tantas? ¿De qué son todas esas llaves?

—Abren el corazón de cada una de las mujeres que me conocen —contestó sin mirarla.

Lea se rio por pura inercia.

—Vale... Es imposible que no tuvieras esa respuesta preparada.

—Yo no he preparado nada en mi vida, ni siquiera los exámenes. Me gusta improvisar. Y me sale bien, ¿no? —inquirió, haciéndole una caída de ojos por la que habría añadido una llave más a su colección.

Quizá no su corazón, pero el acceso a sus bragas lo tenía, y sin esforzarse un poco.

—¿Ni siquiera los exámenes? ¿En serio? ¿Y cómo es posible que estés aquí?

—Hay gente que nace con suerte. —Encogió un hombro, sin despegar la vista del conjunto de llaves—. Yo tengo mucha, desde que era un crío hasta el día de hoy. Eso de estudiar es un mito, de todas formas. Con ir a clase, tomar apuntes, hacer las prácticas y comprenderlo todo ya lo tienes.

—No voy a decir que las leyes no se entiendan, pero hay que hincar codos.

—O rodillas —apostilló, con un amago de sonrisa que le dibujó las preciadas líneas en las mejillas—. Creo que es esta, pero no estoy del todo seguro.

—Deberías pintarles el borde de colores distintos para diferenciarlas en el acto. Mira, así. —Sacó su cadena, de la que solo colgaban tres tristes llaves. Ella no llegaba ni a un corazón conquistado—. Yo les pongo la inicial de lo que es cada una, para perder menos tiempo aún... La «p» de «portal», la «c» de casa y la «b» de buzón.

Jesse se agachó un poco para verlas de cerca. No vino a cuento de nada, pero Lea estuvo a punto de guardarlas sin enseñárselas. Ella no se limitaba a pintar una «p»; había coloreado las

llaves con diferentes lacas de uñas, forrado con fijador, y utilizado lentejuelas diminutas brillantes para las letras.

—Así que eso es lo que haces cuando tienes tiempo libre: tunear llaves. No conocía tu faceta creativa. ¿Me haces una, a ver qué tal?

—¿Una qué? —Pausa en la que Jesse sonrió como el malo de la película y ella puso los ojos en blanco—. Olvídalo, te lo he puesto demasiado fácil. ¿Quieres las llaves así de verdad? ¿O una versión más... masculina?

—¿Tienes miedo porque me pudieran llamar gay? Veo *RuPaul's*, adoro a Britney Spears y estoy deseando que empiece Eurovisión. ¿Crees que me voy a quemar la mano cada vez que saque del bolsillo una llave rosa? —Levantó una ceja—. Así seguro que hasta me acuerdo de cerrar la puerta de mi casa y no se me pierden cada tres días.

—Claro, supongo que te la puedo hacer... si me das más tiempo libre. Por lo menos quítame las horas del viernes por la tarde.

—Te he dado mi plaza de aparcamiento, no seas abusona.

—¿Te crees que una plaza de aparcamiento puede comprar mi honor? Los viernes por la tarde libres o nada.

Jesse se rio.

—Una chica que sabe negociar. Me gusta, aunque creía que adorabas tu trabajo y, cuantas más horas te pusiera, más contenta estabas. Supongo que has cambiado de opinión porque como me vas a ver menos ahora que me han cambiado de despacho...

Lea frunció el ceño.

—¿Cómo que has cambiado el despacho?

—Hoy mismo tengo que trasladar mi basura a la cueva del viejo Scott. Ya sabes... La parte de la oficina oscura, recóndita y apartada. Lo que os gusta llamar «Camelot».

—¿Camelot? ¿Quién y por qué lo llama Camelot?

Jesse la miró con curiosidad.

—Sabes de dónde viene esa falta de cultura, ¿no? De comer sola en el coche en lugar de con tus compañeros.

—Lo siento, profe. —Se burló, escondiendo que aquella observación le había dolido—. Y sé qué es Camelot, lo que no entiendo es su simbolismo con Scott.

—Llaman Camelot a su despacho porque se supone que Scott es el rey Arturo, el de la espada mágica. Como nunca lo han visto desde la apertura del bufete, solo unos cuantos privilegiados, algunos creen que no existe y solo es una leyenda urbana algo difusa. Por eso, su parte de la oficina tiene el nombre de una fortaleza que solo aparece en la fantasía épica.

—Espera... ¿Me estás diciendo que el rey Arturo no existió?

—Si Camelot no existió y era su reino, ¿tú qué crees? No hay constancia escrita de que fuese un personaje real, aunque hay muchos debates al respecto.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me encantó el *Arturo* de Clive Owen y decidí investigar. Bueno, me encantaron todas las adaptaciones de la historia. Incluso la última, aunque fuera un fiasco y una mentira histórica tras otra. El *Arturo* de Hunnam estaba preparado físicamente para fundar un grupo de *heavy metal*. Eso le pasa al director por casarse con Madonna, que acaba haciendo una película *rockerita*.

—Madonna hace *pop*.

—Pero se vestía en honor a todos los géneros, y créeme, sé mucho de eso. Debajo del póster de Brigitte Bardot hay uno de Madonna.

—¿Te vas a llevar los dos a Camelot?

Jesse sonrió a modo de asentimiento y sacó, por fin, la llave del círculo de metal. Fue a tenderse, pero en el último momento se lo pensó mejor, levantando la mano por encima de su cabeza.

—No voy a saltar —advirtió Lea.

—No pretendo que saltes, sino que me contestes a una pregunta con sinceridad.

—¿Cómo sabrás que soy sincera?

—Me harás un juramento —entonó con aire conspirador—. Sin sangre, que vas de blanco y luego las manchas no salen.

—Dijo el hombre que no entiende de lavadoras.

—*Touché*.

Encogió los hombros sin vergüenza alguna. Se acercó a ella, sin despegar los ojos de los suyos, y cambió el estilo de la sonrisa. Era muy curioso eso en él, que nunca dejaba de sonreír, pero matizaba de forma que podía significar ilusión, decepción, irritación y cualquier derivado. En ese momento esgrimió una emoción que ella no supo interpretar.

—¿Por qué no comes en público?

La sonrisa de Lea se desvaneció junto con su movilidad. Una bofetada que no había visto venir y que la dejó boqueando.

—¿Perdón?

—No comes en público —insistió—. He estado haciendo memoria desde que te conozco y nunca te he visto con la bolsa del almuerzo. Tu amiga con nombre de centro de poder chino tuvo que venir a estampártela para que le dieras un mordisco a un plátano; recuerda que pinché el teléfono y oí de su boca lo que confirmé en el restaurante. No pediste de comer y cuando lo hice por ti solo diste un bocado. Y ahora me dices que almuerzas en el coche, pero me apuesto el pescuezo a que si te acompaño no voy a encontrar nada comestible en tu guantera... a no ser que te gusten los ambientadores afrutados.

Lea desvió la vista un segundo, por un lado con incredulidad y, por otro, sintiendo la rabia cociéndose en el estómago. No estaba dirigida a él por haber sido perspicaz o atreverse a bromear al final, sino hacia ella por haber dado por hecho que nadie le prestaba atención.

No supo qué contestar por un rato, pero al final hinchó el pecho y lo enfrentó inexpresiva.

—¿Sabes qué? No te importa.

—¿Sabes tú qué? —contraatacó—. No me gusta que hagas suposiciones sobre mí, y llevas muchas: sobre mis códigos, sobre mi opinión sobre tu trabajo, sobre mis malas intenciones, y ahora sobre lo que me importa o no.

—¿Es que vas a decirme que es de tu incumbencia lo que haga con mi hora libre?

—Evidentemente. Estás a mi cargo. Trabajas para mí. Si te pasa algo durante el horario que te he puesto, el pato lo pago yo.

—Tranquilo, no tienes que pagar nada. Soy una persona que come poco y casi nunca tiene hambre. Las responsabilidades y el estrés me mantienen ocupada. No tengo hambre —repitió, deletreando— y sí otras muchas cosas en las que pensar. Si lo que te preocupa es que me desmaye delante de ti, no va a pasar. Así que déjalo estar.

Jesse acarició su rostro con los ojos en un examen lento y concienzudo. No tuvo ni idea de qué pasó por su cabeza, pero habría dado cualquier cosa para averiguarlo.

Su reacción fue soltar la llave, que ella agarró al vuelo de pura chiripa. Ya tenía lo que quería y no parecía que Jesse fuese a añadir nada más, pero no pudo moverse. Entró en crisis solo de pensar que no le hubiera convencido.

—No tengo problemas con la comida —insistió, intentando sonar segura—. Necesito que lo entiendas. No me gustaría que tuvieras una idea errónea de mí.

—Vale.

Esperó algo más. ¿Nada? ¿Solo «vale»? ¿Qué hacía Jesse Miranda sintetizando?

—¿Vale? ¿Qué significa eso? ¿Me crees?

—Sí. —Metió la mano en el bolsillo, sin dejar de sonreír de esa forma tan extraña, como si acabara de recordar algo triste y no pudiese bloquearlo del todo—. Confío en ti.

Lea casi se estremeció. Otra reacción estúpida a la lista. Pero que se la llevasen los demonios si no se lo acababa de decir con un segundo sentido, esperando que se sintiera mal por no decirle la verdad y terminara confesando que algún que otro problemilla sí tenía. Todo pamplinas. A él, en realidad, no le importaba. Solo sentía curiosidad y quería tener la razón, en palabras suyas.

«Confío en ti».

Ya, claro, como si se lo hubiera pedido.

Asintió con un brusco movimiento y se dio la vuelta.

—Lea...

Se hizo la sorda y siguió caminando. ¿A qué había venido preguntarle eso de repente, banalizando como si fuese un tema de conversación más? ¿Buscaba incomodarla?

—Lea, espera.

Se giró con el ceño fruncido.

—¿Eso formaba parte de tu promesa de esta mañana? ¿Todo eso de provocarme hasta que tenga que admitir... lo que quieres que admita?

—Claro que no.

—¿Entonces? ¿Cuándo hemos pasado de las referencias al cine a las preguntas personales? ¿Qué te ha dado la potestad de tomarte esa... libertad, o esa confianza?

—Creo que estás exagerando.

Aquello la encendió más aún.

—Estabas insinuando que tengo algún tipo de desorden alimentario —señaló, mirándolo con el reto de contrariarla—, y hasta hace dos semanas fingías no saberte mi nombre.

—¿Y eso es malo? ¿Es malo avanzar y conocerse?

Dos preguntas bien hechas y le desmontaba todas las teorías. ¿Era malo lo que estaba pronunciando con una mueca desdeñosa? ¿Era malo avanzar y conocerse, llevarse cada vez mejor, hacerse amigos? En teoría, no. Así se desarrollaba la función de relación en todo ser humano. Pero para ella la respuesta era otra.

Claro que sí era malo, porque eso la acercaba más a él y ella no quería una amistad con Jesse Miranda ni nada que se le pareciese.

Cualquiera se conformaría con eso con tal de estar al lado de alguien jovial, alguien que alegraba los días de una fuese pareja, amante, amigo o desconocido. Y Lea era un ejemplo de conformista, pero con él todo le sabía a poco. Ofrecerse a entrar en confianza con ella era ese «más» con el que llevaba mucho tiempo fantaseando, pero Jesse lo daba en la dirección equivocada.

Sí, Lea soñaba con esa persona fiel con la que hablar de sus sentimientos. Sin embargo, no quería que Jesse fuera eso.

—¿Lea?

Lo miró sin saber a qué propuesta aferrarse. «No quiero que te metas en mi vida, quiero que te metas en mis bragas», era una. Y muy fiel a sus deseos. Otra era: «Si te metes en mi vida, que sea porque te interesa, porque te gusto aunque sea un poco, y no para hacerte el gracioso. Y también fóllame».

Al final decidió quedarse con la idea principal.

—Supongo que como eres una persona muy sociable y que hace amigos con facilidad no ve esto como un exceso, pero no me gusta que opinen sobre mi forma de vivir o mi forma de llevar mi alimentación cuando no lo he pedido. Ya te lo dije cuando suplantaste a tu amigo en la cita y te lo he repetido, pero por si acaso lo digo una vez más: no quiero que te metas en mi vida.

No esperó a que le respondiera. Conocía demasiado bien su palique mágico y no quería que le diese la vuelta a la tortilla. Mejor salir huyendo que quedarse para perder la razón... en el sentido en que se prefiera interpretar.

El día triste

Bastaba con que le dijiesen «no hagas esto», «no puedes tener aquello» o, en su defecto, «no te metas en mi vida» para que Jesse deseara hacer o decir dicha cosa. Sabía que sus intereses solían aparecer porque se los negaban. Era, como decía su madre con toda la razón, un caprichoso de la cabeza a los pies. Pero nadie se moría por caprichoso, así que estaba a salvo. La que no lo estaría era Galilea, porque desde ese comentario desafortunado con el que revelaba de qué pie cojeaba, había decidido que lo último que haría sería no meterse en su vida.

—Tienes que salir de aquí —anunció Marc Miranda. Había aparecido de la nada como si alguien hubiera chasqueado los dedos—. Van a empezar la obra en media hora y... Veo que aún no has quitado ni siquiera tu famoso póster. —Giró los talones de forma que su nariz apuntase a Brigitte enredada en sábanas, seduciendo a su observador con ojos de tigresa—. ¿A qué estás esperando? Ayer me aseguré de que adecentaran el despacho de Scott para que no te sentaras en telas de araña.

—¿Viste si se columpiaba algún elefante en ellas? —bromeó, poniéndose de pie—. Oye, no mires a la señorita Bardot de esa forma. Ella no tiene la culpa de que sea un vago y tú un verdadero coñazo. No me digas que has venido hasta aquí, este lugar que no pisarías ni bajo amenaza porque ni acabará siendo enteramente tuyo ni se encuentra en él tu bellísima esposa, solo para pedirme con amabilidad que retire mis pegatinas y saque los chicles de debajo de la mesa... porque no te creo. ¿A qué se debe tu majestuosa presencia?

—Tenía que pasarme a supervisar. Estaba seguro de que necesitarías un toque de atención para mover el culo. No me equivocaba. ¿Has estado demasiado ocupado como para cumplir con tu deber?

Jesse arqueó una ceja.

—¿Desde cuándo debo estar ocupado para no cumplir con mi deber? ¿Desde cuándo tengo deberes?

Marc se pasó la mano por la cara.

—Jesse, tus cosas deberían llevar fuera del despacho dos horas.

—En media hora he vaciado esta habitación tres veces. No te agobies, ¿vale? Cálmate.

Marc le dirigió una mirada llena de amenazas.

—No estoy agobiado. Y no me digas que me calme. Estoy perfectamente calmado, ¿te enteras?

—Vaya por Dios, y yo que pensaba que el que peor se estaba tomando esto de la fusión era Caleb. Sin duda le superas, hermano. ¿Qué te atormenta a ti? Porque los azulejos no creo que sean. Son las plantas, ¿verdad? Yo también las odio. No es que sean de plástico, es que son horribles.

Marc no respondió. Se dio la vuelta e hizo el recorrido del despacho dos veces, deteniéndose a mirar cada libro de la estantería, cada *Funko Pop!* de la mesa. Pasó minutos enteros con los ojos puestos en Brigitte Bardot. Jesse pensó en qué táctica sería mejor utilizar. Abordarlo directamente casi nunca funcionaba, pero en esa ocasión se acercó muy despacio y probó a ponerle una mano en el hombro.

—¿Todo bien?

No lo miró. Siguió con los ojos clavados en la pared, inyectados en sangre. Se le escapaba la irritación por los poros. Era un detonador y parecía que a la mínima estallaría, pero eso no era nada nuevo: Marc vivía al límite y Jesse no quería ni imaginarse lo exhaustivo que debía ser.

—¿Tú lo sabías? —preguntó de pronto.

—¿El qué?

—Que Aiko está embarazada. Ayer me lo dijo.

Jesse tragó saliva muy despacio.

—Estaba... estaba tan ilusionada —murmuró Marc, pasándose una mano por el pelo—. Le dije que me alegraba, que todo estaba bien, y esperé veinte minutos de cortesía para salir de allí sin que se notara que necesitaba respirar.

—¿Y respiraste lo suficiente para calmarte?

Marc dejó caer la mano. Los mechones rubios salieron disparados.

—No, Jesse, porque hoy tenemos las mismas probabilidades de que todo se vaya al carajo que ayer. De hecho, tenemos más, porque el día está más cerca.

Ya sabía la respuesta a la pregunta, pero la hizo de todos modos.

—¿Cuál es el problema?

—Que está enferma... y yo también. Su embarazo entraña más riesgos de los que estoy dispuesto a correr.

—Ni lo insinúes —le advirtió—. Sé que es difícil para ti tomarte esto con calma y que eso de «intenta ser positivo» te parece pura basura, pero al menos sé razonable. Aiko estará en las mejores manos.

—Yo soy razonable. Es ella la que parece vivir en el país de las maravillas. «Será un Miranda de la cabeza a los pies», me dijo ayer, tan orgullosa de nuestros genes de mierda.

»No puedo tener un hijo. No puedo hacerle eso, ni a él ni a ella. —Giró la cabeza para mirarlo—. Imagínate si sale como el hijo de puta de tu padre. O como yo. ¿Crees que ella podría manejarlo? ¿Un crío violento?

—Claro que podría. Y dudo que fuera violento, porque tú no lo eres.

—Jesse, tiene mis genes —repitió—. Hay una alta probabilidad de que acabe medio loco, y no le deseo una vida como la mía.

»Además, sabes que no puedo dejar el trabajo. No puedo estar quieto en casa, no puedo no hacer nada. Sin esto estoy perdido.

—Ella entenderá que no pidas una baja de paternidad. Entenderá todas tus dudas, porque te conoce y no es idiota. ¿Te crees que no es consciente de todas las complicaciones?

—No es ninguna imbécil, pero todos aquí sabemos que es demasiado romántica. Confía en todo eso de que el amor puede con todo, y no es verdad. No es verdad.

—¿No? ¿No la quieres lo suficiente para superar esta crisis?

Marc sonrió sin humor.

—La quiero lo suficiente para matarme si ella me lo pide.

—No digas eso. —Suspiró Jesse, afligido—. Y si lo dices, haz que se note: habla con ella una vez te tranquilices. Déjalo fluir. Aiko sabe canalizar tu rabia.

El politono del teléfono de Marc interrumpió la conversación. Respondió con ese tono de voz firme e inexpressivo que fingía que no pasaba nada.

—Marc Miranda. —Pausa—. Voy para allá enseguida.

Colgó y se levantó.

—¿A dónde vas? ¿Crees que estás en condiciones de trabajar? Tómate un descanso, Marc, por Dios.

Marc lo ignoró y se acercó al espejo para recolocarse los mechones despeinados. Alisó la corbata, arregló la chaqueta y se examinó para poner a punto hasta el último detalle. Cuando se giró hacia Jesse parecía que no había ocurrido nada.

—De lo único que estoy en condiciones es de trabajar.

—Acabarás dándole un puñetazo a alguien.

—Se lo daré a la pared.

—Eso no me tranquiliza.

—Pues ya son dos los que pasarán el día intranquilos.

Marc salió del despacho con ese aire de rey del universo que nada ni nadie le podía arrebatar. Jesse lo compadecía muy a menudo, pero la mayoría del tiempo se limitaba a admirarlo.

Sabiendo que era lo único que podía hacer para ayudar, rodeó la mesa y terminó de empaquetar. La última vez que tuvo que meter sus pertenencias en una caja de cartón y largarse de un despacho para ir a parar a otro experimentó un amargo desarraigo. En ese entonces, la distancia entre el que abandonaba y el nuevo era de varios kilómetros en coche, no de un pasillo, pero guardaba los mismos muñecos de acción y el desasosiego que Marc le acababa de dejar era similar al que sintió entonces.

Cuando acabó, no vio a Galilea mordiendo un bolígrafo, concentrada en la pantalla del ordenador. Confirmó que era la hora del almuerzo y, con los auriculares puestos, puso rumbo a la calle, donde los carritos ambulantes anunciaban su comida basura. Huecco bramaba con ilusión desde el dispositivo, contagiándole su buen humor.

Ese día había perritos calientes, algodón dulce de distintos colores y helado. Fue en ese último puesto donde vio a Lea, con los ojos clavados en el proyecto de cucurucho que el vendedor preparaba. Estaba sentada en el banco de enfrente, abrazada a su pequeño portátil con las piernas encogidas. No se lo pensó dos veces al acercarse.

«Hoy vi cruzar a esa chica sencilla, guapa de cara, rica de alma; de esas que no se olvidan. Belleza callada y mirada recogida, ojos que ponen la zancadilla...», cantaba Huecco.

Involuntariamente sonrió. Qué apropiado.

—¿Qué hace un sitio como este en una chica como tú...? Espera, creo que no era así.

Galilea le prestó sus ojos un instante sin decir nada, lo suficiente para que supiera que no la ilusionaba su compañía.

—Sigues enfadada por lo de ayer —dedujo, sentándose a su lado—. Lo siento. Se me olvidó todo lo que aprendí de Psicología cuando dejé de ejercer. Ya apenas distingo entre lo que está bien y lo que está mal. —Hizo una pausa, esperando una reacción—. Vaya, pareces muy dispuesta a ignorarme. ¿Tendré que subirme a este banco y cantar *Can't take my eyes off you*, o todavía no tienes diez razones exactas para odiarme? ¿Cuántas te quedan para llegar?

Lea lo miró de nuevo y él tuvo una premonición gracias a Huecco. Sus réplicas magníficas no eran la única forma de cerrarle el pico, o más bien, no el único factor. Eran sus ojos. Ojos que ponían la zancadilla, eso eran.

—Nueve.

—Así que solo tienes un motivo para odiarme. ¿Cuál es?

—«No odiarte en absoluto» —citó, apartando la vista.

—Bien. ¿Te apetece un helado?

Ella le echó un vistazo desconfiado, como si temiera que fuese a sacar el tema del día anterior otra vez.

—Vamos, lo estabas mirando con deseo. Seguro que te resistías porque no llevas suelto encima. O porque estabas esperando a que pasara yo. Estás de suerte; me puedo permitir dos conos. Incluso tres. Te regalo uno de más por el agravio.

Lea suspiró.

—Mira... —empezó—. Hoy no estoy de humor para bromear. Solo quiero estar sola.

Jesse chasqueó la lengua.

—Ya te he dicho que tus ojos tienen vida propia. Si no quieres que te pille mintiendo, o no mientas o arráncate los ojos. Obviamente no quieres estar sola y, si me equivoco, convénceme.

Ella exhaló como en una especie de risa. No le gustó que se quedara a medias, que estuviera alicaída, que prefiriese no mirarlo. En general, odiaba que la gente estuviera de bajón. Casi nunca conseguían contagiarle, pero ella iba camino de lograrlo.

—¿Es que nunca estás triste? ¿Nada te importa de verdad? —preguntó con verdadero interés—. No entiendo cómo puede ser tan difícil para ti comprender que a veces estamos bajos de ánimo...

—Lo entiendo perfectamente, y claro que estoy triste a veces. Muchas más de las que crees. Cuando lo estoy, escucho *Si tú no estás* de Rosana en bucle. Una, y otra, y otra vez. ¿La has escuchado? Siempre me ha llegado al corazón de una forma especial, y no porque sea la

única canción que sé tocar con la guitarra. Es mi himno depresivo. Seguro que sabes de lo que hablo, todos tenemos uno.

Lea lo miró con curiosidad y un amago de sonrisa cómplice.

—*Mirando al cielo*, de Huecco. Esa es la mía.

Jesse no ocultó su sorpresa.

—No jodas, ¿te gusta Huecco? Sé que ya te lo dije una vez y no me gusta ser repetitivo, pero si quieres que te suba el sueldo... —Agachó la cabeza para asegurarse de que sonreía un poco—. Si me dices que tu película preferida es *Instinto básico* no entenderé cómo no hicimos *match* en Tinder... aparte de porque no tengo cuenta en Tinder.

—Lo siento, pero mi película favorita es *Grease 2*.

Jesse abrió tanto los ojos que casi se le cayeron rodando.

—¿Qué cojones? ¿He oído bien? ¡¿Tu película favorita es *Grease 2*?! ¡¡¿La SEGUNDA?!!

—Sip. ¿Qué pasa?

—Dios mío, Lea, esa es la peor película que he tenido la desgracia de ver, y estoy contando todas las que protagonizan tiburones. Joder, es que hasta *Bee Movie* está mejor.

Jesse se cubrió la cara con la mano.

—¿Cómo has podido caer tan bajo? El único mérito que tiene *Grease 2* es hacer que Michelle Pfeiffer haga el ridículo. En serio, es que yo... Simplemente no... ¿Por qué diablos te gusta *Grease 2*? —La cogió por los hombros y la zarandeó, añadiendo con tono suplicante—: Necesito que me lo digas o nunca más volveré a dormir.

—No sé —respondió, con el ceño fruncido—. Estoy al tanto de que es una película horrible y no deberían haberla producido...

—O sea, que la quieres por pena. Como yo a mis hermanos.

Lea se rio por lo bajo.

—No tengo hermanos, así que no sé cómo se siente, y tampoco me gusta la película porque sea desastrosa. Es tan simple como que adoraba al protagonista. Era guapísimo, y adorable y el argumento estaba mucho mejor que el de la tonta de Sandy, colgada por un tío que lo único que hace por ella es cambiarse de chaqueta al final de la película.

—¿Simpatizas más con una mujer que solo quiere salir con un tipo con moto?

—Oye, todas las adolescentes soñaban con un novio con moto...

—Estoy al tanto, por eso me saqué el carné. Solo dime una cosa: ¿cómo vas a subir a una moto con las faldas que te pones?

Lea rodó los ojos.

—Lo intentaré de nuevo. Habiendo visto todas las películas buenas del cine, ¿te quedas con *Grease 2* de verdad? ¿Malísima calidad, pésimo gusto, horrible reparto, música de pena, argumento surrealista y...?

»Creo que necesito ese helado —pronunció como si fuera a pedir un *whisky* con hielo.

—Oh, vamos... Mírate —bufó ella—. Todo superioridad moral por no gustarte *Bee Movie* ni un musical entretenido.

—No tengo nada en contra de las abejas parlantes, solo en contra del buen cine.

—«El buen cine, el buen cine...». ¿Quién decide lo que es buen cine?

—No cambies de tema. Has herido mis sentimientos.

—Pues deben ser unos sentimientos muy delicados.

—Oh, sí, ¿es que no ves lo que pone en mi frente? —Se la señaló—. «Muy frágil», como en las cajas.

—Tendré cuidado la próxima vez.

—Mejor. Acompáñame por ese helado.

Lea se mostró reacia a obedecer al principio, pero como Jesse había sospechado, al final le pudieron las apariencias y actuó como si no le supusiera un problema. No perdió detalle de su semblante al acercarse al carrito: era muy buena fingiendo que no le importaba, pero él ya había averiguado algunos de sus patrones. Se aferraba de manera desesperada a la inexpresividad facial cuando quería ocultar algo y, por eso, cuando suavizaba el semblante Jesse sabía que había un problema.

No era pusilánime como creyó al principio. Solo una mujer reprimida a la que probablemente nadie había prestado atención antes. Tenía opiniones y cultura, deseos y también mucho genio y coraje, solo que los escondía por una razón que no lograba descifrar. Si la llevaba al límite para que expresara esas opiniones, esas apreciaciones culturales y, sobre todo, sus deseos secretos, era con el objetivo de ayudarla a desinhibirse, a liberar al monstruo que sabía que tenía dentro... aunque también lo matara la curiosidad. No iba a dárselas de campeón o héroe salvador, pero alguien tenía que darle un empujón para que aprendiese a

luchar por lo que quería a viva voz. En silencio, solo esperando y siendo correcto, las cosas nunca llegaban.

—Oye —propuso de repente, justo antes de llegar al furgón del helado—. ¿Por qué no hacemos algo?

Lea lo miró con desconfianza.

—Tranquila, nada potencialmente peligroso. Solo se me ocurre que el único motivo por el que una persona con dos dedos de frente y que está triste rechazaría un helado es porque no quiere que se le vaya al culo. Lo entiendo: yo también estoy muy preocupado por el mío —comentó, girándose para admirar la curva embutida en un pantalón de traje. Se lo palmeó con brío—. Así que... ¿Por qué no esperamos a que el carrito se vaya, y entonces compramos el helado?

—Eres consciente de que eso que acabas de decir no tiene demasiado sentido, ¿verdad?

—Claro que lo tiene. Mira... Dejamos que la furgoneta se ponga en marcha y avance unos metros, y entonces echamos a correr detrás de ella. Calculo que abarcaríamos una o dos calles, puede que tres, corriendo a toda velocidad hasta que se parase. Llegaríamos sudando, es decir: habríamos hecho ejercicio. Por lo tanto, el consumo de calorías en forma de helado estaría perfectamente justificado. No engordaría. ¿Qué opinas?

La había dejado sin palabras. Y eso le encantaba.

—Correr por la carretera es potencialmente peligroso. Me has mentado negándolo.

—En el último momento siempre puedo protegerte de un atropello. Créeme, no querría estar vivo cuando nos pusieran la multa por temerarios.

—¿Pueden multar a la gente por una cualidad personal?

—Nos multan hasta por querernos en público. Imagina qué loco está el mundo, ¿eh? —Usó la mano como visera sobre la frente y sonrió al mirar la furgoneta—. Es la una exacta. Se larga a otro barrio. ¿Qué me dices? Solo hoy, porque estás triste y el helado hace magia.

Lea le sorprendió atendiéndole con decisión.

—¿Te crees que soy tonta y no me doy cuenta de lo que haces? Estás intentando darme de comer.

—Galilea, corazón, no dudo que esa es una buena fantasía que desarrollar y que seguro que has desplegado con todo tipo de detalles en este rato, pero te puedo prometer que solo quiero evitar comer solo.

—Como si te avergonzase comer solo o cualquier cosa en general.

—Oh, me avergüenzan muchas cosas. —Puso un brazo en jarras, y con el otro empezó a enumerar—. Cuando me cruzo por la calle a alguna ex de mi hermano y, por no saber en qué términos quedaron, decido pasar por alto mi educación e ignorarla. Esa mirada que te lanzan al darse cuenta de que no las vas a saludar es incómoda, pero ¿qué le hago yo? La última vez que me acerqué a una antigua novia de Marc me arreó una bofetada y me pidió que se la pasara, como si fuese la varicela.

»También me da vergüenza hablar públicamente de mi choque con el coche. Esa noche, en general, es un asunto del que me arrepiento y de la que parece que no puedo escapar. Y, por supuesto, me da vergüenza que mi madre intente emparejarme con sus amigas del club de divorciadas. ¿Qué te da vergüenza a ti? Ahora no puedes callarte, me lo debes.

—No te debo nada.

—Cierto, incorrecta elección de palabras. ¿Por favor? —probó, juntando las palmas.

Lea suspiró y echó un vistazo a la funda del ordenador, que seguía apretando contra el pecho.

—Me da vergüenza hablar en público, por eso me aterra encabezar un juicio. Hacer cualquier cosa en público, en realidad. Cantar, bailar, reír muy fuerte, caminar con unos zapatos que hagan ruido, peinarme, hacerme una foto... Comer también —añadió con dificultad—. Siento que todo el mundo me mira y me bloquea.

—Pues yo no soy todo el mundo. Ni siquiera soy tu público: por si no te has dado cuenta, el circo es el tío que tienes delante y la que ha pagado para verme hacer el imbécil es la señorita Velour. —Y le guiñó un ojo.

Lea sonrió a las puntas de sus zapatos, un gesto que le pareció adorable.

—Puedes ser muy persuasivo cuando te lo propones. —Echó un vistazo a la furgoneta, que ya había iniciado la marcha—. Si quieres un helado, bien... No me va a matar. Pero no sé si voy a poder correr con tacones.

—Pues quítate los.

—Y la falda es un poco ajustada, no sé si podré moverme bien...

—Pues súbetela un poco.

—Tampoco llevo el sujetador deportivo.

—Pues... —Jesse entornó los ojos sobre su escote cerrado. Se detuvo allí más tiempo de lo recomendado, solo por no perder el ritmo de su persecución sexual amistosa. ¿Se podía

conjugar el término sexual con la amistad? Estaba por ver—. No tengo ninguna solución práctica para eso. Pero corre, ya se ha puesto en marcha. Quítate los zapatos, venga. Dámelos.

—¿Para qué? Puedo llevarlos yo.

—Muy bien, Cenicienta de pega, pero allá tú. Luego no habrá príncipe que te encaje el zapato y te lleve a palacio.

—Nunca he sido muy de Cenicienta... —contó, quitándose los tacones—. Me gustaba más...

—*Grease 2*, ya, lo he pillado. ¿Estás preparada para correr por tu vida? Lleva ya casi media calle. Saldremos en tres, dos...

Jesse la cogió de la mano de repente. Notó su palma excepcionalmente suave y pequeña, lo que le arrebató una sonrisa minúscula. Este gesto solo fue a más al mirarla a los ojos y cazarla sorprendida y ruborizada por su atrevimiento.

Estaba hecho un galán, por favor.

—... uno.

Echó a correr con la chaqueta colgando de un brazo y Lea tirando del otro. La calle estaba asfaltada —muy cómoda para correr descalza— y era de única dirección, pero a esas horas no había nadie por allí, así que hicieron el maratón con el alivio de vivir para contarlo.

—¡Creo q-que... me he cargado las medias! —exclamó ella.

—¡Es una señal para que no vuelvas a ponerte! ¿Qué necesidad hay...? —Alzó el brazo libre para llamar la atención de la furgoneta, que aún no los había visto—. ¡Espere!

Oyó la risa entrecortada de Lea. Se giró para mirarla, captando el preciso momento en que el moño cedió a los botes y las horquillas salieron disparadas. La larguísima y densa coleta dio un latigazo a su espalda antes de seguir su propio ritmo oscilando de un lado a otro. Jesse estuvo a punto de dar de bruces por no mirar al frente, pero de haber sido así, no lo habría cambiado por nada.

Estaba presenciando la transformación de patito a cisne, salvando las distancias de que ella no era nada fea con el pelo recogido.

—¡Se ha parado!

Jesse devolvió la vista al frente y comprobó que así era; el heladero bajaba con una sonrisa divertida en los labios y hacía un gesto para que se acercaran. Llegaron a su altura en cuestión de segundos. Jesse acalorado, con la frente perlada de sudor, y Lea totalmente despeinada. Observó cómo intentaba hacer de su pelo algo artificial aplastando los mechones sueltos, e

involuntariamente lo impidió cogiéndola de las muñecas y tirando de ellas en su dirección. Lea casi impactó con su pecho por la inercia del movimiento. Los labios de Jesse le rozaron la frente de forma superficial. Olió su perfume, *Love In White*, ese que conocía tan bien y al que intentaba por todos los medios no acercarse manteniendo la distancia con las dos mujeres que sabía que lo llevaban.

Aunque el pecho se le encogió, logró armar las piezas del corazón y sonreír con la dosis justa de lascivia. Habló dos tonos más bajo al decir:

—Prohibido peinarte cuando estás conmigo.

—No vale —jadeó ella, superada por la carrera—, porque entonces no me peinaré nunca. Siempre ando cerca de ti.

Jesse estiró los labios en una sonrisa que fue enseguida correspondida. Lea tenía los dientes pequeños, pero alineados a la perfección y, sin duda, el gesto había sido *sexy*. Podía reconocerlo. Lea lo era cuando encontraba el valor de desmelenarse, tanto en el sentido literal como en el figurado.

—Nunca dije que fuera justo o poco manipulador.

—Saber verse los defectos es una virtud. —Cabeceó ella, sin pelear por soltarse.

Jesse acarició con los pulgares los huesos de sus muñecas.

—¿Me estás llamando virtuoso? ¿Será ese mi adjetivo definitivo?

—Oigan, ¿quieren el helado o no?

Jesse se giró hacia el heladero despacio, como si no quisiera perder del todo a Lea, y asintió. Se recompensó pidiendo el helado más caro y abundante. Ella eligió el opuesto, una sola bola y cucurucho tamaño bebé.

—No sé si ha sido buena idea —dijo ella—. Ahora volveré a la oficina despeinada, sudando como un pollo y con las medias con carreras. Se pensarán que...

—... has estado follando —convino Jesse. Se rio para sus adentros como El Maligno al apreciar su rubor—. ¿Y qué? *Que se mueran de envidia*, como canta Dani Martín.

—¿Te crees que se limitarán a pensarlo? Kara e Ivonne son capaces de pedirme todos los detalles, especialmente si tú apareces con los mismos pelos.

—¿Sugieres que entremos por puertas distintas y en horas diferentes? No me gusta simular al jugador de fútbol americano que se avergüenza de su novia empollona.

Entraremos a la vez y con la ropa arreglada, y si te preguntan... Bueno, no dirás que no ha sido el mejor polvo ficticio que has echado, ¿eh?

—Oh, sí, has sido un amante incomparable —ironizó.

Jesse se pasó la lengua por los labios, rescatando el helado que le había quedado en las comisuras. Estudió a Lea con la cabeza ladeada.

—¿Quieres los detalles? —preguntó en voz baja.

Ella le devolvió el mismo vistazo de arriba abajo, cautelosa.

—¿Qué?

—Si es verdad que van a preguntar por un cotilleo jugoso, tienes que estar preparada para decirles que soy complaciente, generoso y excepcional. Pero eso son solo adjetivos; hay que llenarlo con acciones —apuntó, plantándose delante de ella. Se agachó lo suficiente para fijarse en la agrupación de pecas que había en torno a su nariz—. ¿Dirías que me gusta ir encima, o debajo? Porque eres tan pequeña que para evitarnos problemas tendrías que sentarte sobre mí.

—¿De qué estás hablando...?

—Ha sido un polvo rápido, probablemente en un banco, en mi mesa o detrás de alguna columna. Te levanté la falda... —Eché un vistazo a la parte de sus rodillas que quedaba a la vista—, te senté en un bordillo..., me encajé en tus piernas abiertas... Tú, loca como estás por mí, me mordías los labios porque llevabas todo el día ansiosa por tocarme. Yo no me he quitado la camisa..., ¿o sí? Mejor que sí, puedes hacer una buena descripción de lo que viste en el baño y sobre eso montar un relato creíble.

»Diles que me encanta enredar los dedos en tu pelo y que me gimás en el oído... —La miró a través de las pestañas y aprovechó que la tenía atrapada para darle un lento lametón al borde del helado, que goteaba por sus dedos—. Y que soy de los que se bajan al pilón en la primera cita.

Fue tan evidente que le había excitado que, en lugar de sonreír divertido y victorioso por la hazaña, se prendó de sus ojos brillantes y su afectada respiración. Por el modo que tuvo de seguir el recorrido de su lengua y la hipertensión en sus miembros, supo que se lo estaba imaginando al detalle.

—¿Esa es la propaganda que quieres que haga de ti? —murmuró.

Fingió pensárselo.

—Sería como darle pan al que no tiene dientes —concluyó—. Mejor resérvatelo, sería duro hacerles desear lo imposible.

—Si tan bien sabes que es deplorable hacerle desear a alguien lo que no va a tener, podrías cortarte con todo el mundo en la misma medida.

Los dos oyeron el «conmigo incluida» que no agregó.

—Es distinto contigo. —Se defendió. Le quitó los tacones de la mano sin que ella apenas se diera cuenta, pendiente como estaba de una buena respuesta—. Yo no te he obligado a desearme, lo has hecho antes de que se me ocurriese provocarte... ¿Me equivoco?

Galilea estiró el cuello para mirarlo de forma directa.

—*Nolo contendere*.²

Otra rehuída. Cada vez que lo hacía, que encontraba una excusa para escapar de la verdad, las emociones se disparaban en Jesse. Decepción, porque volvía a ponerse el bozal y porque le avergonzaba hablar en voz alta de algo tan normal; intriga e interés por descubrir qué había de patético en ello; duda por si se estaba equivocando y, en realidad, no le interesaba y, sobre todo, ganas de insistir una vez más hasta que se contradijera a sí misma.

Estiró la mano y dedicó una caricia horizontal a su mejilla desde del pómulo hasta la oreja, y de ahí hasta enroscar los dedos en su nuca. La acercó a él sin esfuerzo. Ella hizo ese recorrido de centímetros con los ojos muy abiertos.

No iba a besarla. Había límites que no cruzaba, y no por fanático de la temeridad errante dejaba la prudencia de lado cuando era requerida. Pero le gustó cómo tembló y cómo lo miró para que llegara a plantárselo. No era en absoluto de su incumbencia, tal y como ella muy bien clarificó la mañana anterior, pero sospechaba que había fuego de veras debajo de tanta moderación. Y quien lo descubriera, si es que no lo descubrió ya un cabrón afortunado, no volvería a permitir que se escondiera cuando era evidente que no le gustaba cohibirse.

—¿Qué es lo peor que podría pasar si lo dijeras? —inquirió él.

—Primero, que podría estar mintiendo. —Jesse sonrió para sus adentros por la anotación del condicional—. Y segundo, que solo se piden deseos cuando se pueden cumplir.

—Error. Los deseos no se piden... —Deslizó el pulgar por el lateral de su cuello antes de dejar caer la mano—, se hacen realidad. Y los hacemos nosotros, no las estrellas, ni el destino, ni la casualidad. Si quieres algo, sea lo que sea, cueste lo que cueste, hazlo notar. Rara vez tendremos lo que merecemos sin demostrar que así es.

—Dijo el hombre que asegura que nunca se esfuerza, que todo le cae del cielo.

2 «No voy a contender». Hace referencia a una situación en la que, en un proceso judicial, la parte demandada no presenta un argumento o explicación que se pueda usar para probar que no es culpable o responsable de algo.

—Tengo suerte, pero incluso tocado por la gracia divina te sientes miserable a ratos. Y hasta yo sé que algún día deberé quebrarme la cabeza a lo grande para hacerme feliz.

Cortó ahí el contacto visual. Le tendió el resto de su helado para que lo sostuviera y se agachó con los zapatos en la mano.

—Apóyate en mis hombros.

Lea obedeció y estiró el pie para que colocara el primer zapato, lo que hizo silbando la primera canción Disney que se le ocurrió. Subió el volumen y pasó al tarareo al observar cómo ella perdía el equilibrio porque empezaba a reírse.

—Esa es de *La Bella Durmiente*.

—¿Cuál?

—La que estás cantando, la de *Eres tú, el príncipe azul que yo soñé...* —canturreó.

Jesse levantó la cabeza, sorprendido porque sonara tan bien.

—¿Acaso *Cenicienta* tenía *main theme*? ¿Eso no vino después de dejar de poner a las princesas a limpiar?

—Claro que tenía *main theme*. «Soñar es viajar a un mundo, al que anhelas ir... En él todos tus deseos sin duda se pueden cumplir». La cantaba Edurne.

—¿Tú qué dirías que soy? ¿Tu príncipe o el sueño que quieres hacer realidad?

Lea ni se inmutó.

—*Nolo contendere* —repitió.

Se estiró y palmeó los pantalones, mirándola directamente. Él apenas se percató de la escasa distancia entre ambos, pero sí se fijó en cómo reaccionaba ella.

Le encantaba provocarla. ¿Eso estaba mal? Desde su punto de vista...

No lo suficiente para ponerle fin.

—No importa lo que sea. Dicen por ahí que en el momento en que piensas en una persona, todas las canciones que escuchas parecen tenerlo de inspiración. Incluso las de Disney.

Tiró del coletero que mantenía la melena rubia en su sitio. Ni siquiera le quedó marca al desparramarse sobre los hombros. Tuvo un momento hombre-cabellera bonita ahuecándola a su gusto, como si fuera su peluquero en lugar de su jefe, aunque dudaba de que Galilea Velour suspirara y se le pusiera la carne de gallina en manos de su peluquero.

Jesse buscó sus ojos.

—¿No te pasa?

Ella sonrió tan sutilmente que apenas fue notable.

—*Nolo contendere.*

Capítulo 11

No te conformes

Había dejado a Shan en casa informándose sobre el trastorno bipolar hacía veinte minutos, convencida de que Lea sufría de alguna afección por el estilo. Y tenía motivos para pensarlo: en las últimas dos horas había exclamado que no iba a ir a la cena de empresa, que iría solo a la fiesta, que aparecería solo de últimas para saludar, que no pisaría el *pub* ni harta de *whisky* y que se ahorcaría con el cable de la lamparilla de noche para que su ausencia estuviera justificada.

El problema era el siguiente: dos años después de entrar a Leighton Abogados no había conseguido estrechar lazos con nadie. Apenas lo notaba porque trabajaba demasiado para pensar, pero en la cena sería tan evidente que pasaría un momento muy incómodo.

—Tú ponte a beber como un cosaco, que ya verás que se te pasa toda la vergüenza —resolvió Shan cuando se le ocurrió decir en voz alta que no se atrevía a ir—. Ahora déjate de tonterías y levanta tu culo de ahí, Galilea Leone Velour. No pienso permitir que sigas mis pasos y te conviertas en una fracasada asocial.

Tampoco es que le hubiera dado miedo su amenaza. No consideraba que la situación de Shan fuese tan terrible: había tenido la entrevista en el bufete y estaba a la espera de deliberación. Pero se animó al fin y empezó a sacar ropa del armario, decantándose por un vestido negro que había pertenecido a Shan en la época en que todavía se quitaba el pijama para salir. O de la época en que salía, a secas. La prenda disimulaba sus kilos de más, cubría la parte de sus patas de cabra que más detestaba —los muslos que se rozaban al caminar— y, aunque sentía que se le iban a escapar las tetas, le gustaba que la raja abierta enseñara parte de su pierna.

Un rato después entraba en el restaurante con toda la seguridad que pudo fingir. Saludó a los jefes —Sandoval, Miranda y Leighton— entre los dieciocho invitados, nerviosa por si alguien la estaba mirando, y ocupó la única silla libre.

—Creo que te has sentado donde estaba la enchufada de Sandoval, su prima de Barcelona. Se ha largado al baño hace cinco minutos y aún no ha vuelto, pero mejor. Tú al menos nos caes bien —comentó Kara, torciendo la boca. Había exagerado sus rasgos gatunos con una densa capa de maquillaje; unos grandes pendientes dorados tipo Bollywood completaban su estilismo—. Me encanta tu vestido.

—Ni que lo digas. Estás guapísima —corroboró Julie, al otro lado de la mesa. Como solía, iba vestida de rosa palo, discreta y adorable—. Todas lo estáis.

Lea se fijó en lo importante. Ya habían servido el champán, señal de que el discurso estaba dado y podía poner en práctica su plan: beber hasta estar lo bastante borracha para mostrar su lado cañero.

—Estábamos hablando de los últimos cotilleos que nos han llegado —explicó Ivonne, apoyando los codos elegantemente sobre la mesa—. Aiko no presentó a todos los nuevos, solo a los que entrevistaron de fuera. En esta mesa están los otros cuatro que faltaban por llegar, los transferidos de Miranda & Moore. ¿Los reconoces?

Ah, ahora tenía que ponerse en plan «encontrar a Willy». Su objetivo era beber tanto como para no ver a larga distancia, ¿por qué se lo ponían tan difícil?

Menos mal que Ivonne era demasiado impaciente para esperar a que señalara.

—Mira, ¿ves a esa pelirroja sentada al lado de Marc Miranda? La del pelo corto, la divina.

—La que parece que nos tolera porque le han pagado, y no lo suficiente —apostilló Kara, poniendo los ojos en blanco—. Se llama Verónica Duval y es la secretaria de Marc. Mucho más que la secretaria, según se dice. Arrastra rumores de Miranda & Moore. Presuntamente se la tiró estando con Aiko y ella está enamorada de él.

Lea casi se atragantó con la bebida.

—No me extrañaría. —Suspiró Julie, resignada—. Es algo que le gusta hacer a todos. El hombre es un animal inconformista; si puede tener a dos, no se queda con una.

—Y Marc puede tener a veinte.

—Aiko vale por veinte —espetó Ivonne.

—Como sea. —Kara meneó la mano—. No es la historia más interesante, si me pides opinión.

—Ese otro de ahí... —Señaló Julie con la cabeza—. Tres asientos a mi izquierda. Se llama Hugo Salamanca: tiene familia en Boston y en Madrid. Está podrido de dinero. Y me han contado que le va el sexo... sucio —añadió en voz baja—. En serio, a él no le importa

enrollarse con gente del trabajo. Fui a Miranda & Moore porque Leighton me mandó a por unos documentos y me crucé con tres a las que no les avergonzó hablarme del tipo que me sostuvo la puerta para que pasara. Parece muy elegante y sofisticado, pero es una bestia.

—Doy fe. —Asintió Kara, sonriendo detrás de la copa de champán—. Me lo tiré y ni siquiera me preguntó mi nombre: ni antes ni después.

Conforme Lea se llenaba la copa, iba encontrando más y más interesante la conversación, aunque se le escapaban miradas en direcciones opuestas a las que ellas señalaban. Jesse se había sentado junto a su hermano como si no llevara treinta y cinco años viéndole la cara. Debería buscar socializar con gente que no conociese, pero ahí estaba él, dirigiéndose solo a Marc, hablando exclusivamente con Marc, dando impresión de ser su pareja oficial.

—Esa es Mio Sandoval. Ni siquiera trabaja aquí ya, pero la han traído por enchufada. Meten a todos los Sandoval sin hacer nada y esperan que no nos demos cuenta cuando van de no tener favoritismos —bufó Kara.

—A mí no me han dejado traer pareja —se quejó Ivonne.

—Pero es distinto. Mio trabajó aquí —intervino Lea.

—Y es muy buena chica —corroboró Julie.

—¿Cómo puedes decir eso de la tía que te ridiculizó animándote a declararte a Leighton después de habérselo tirado? Te hizo quedar como una mujer de segunda.

—Estoy segura de que esa no fue su intención, y prefiero no hablar de eso —pidió Julie con una sonrisa tensa—. El caso es que es el jefe y puede traer a quien quiera.

—¿Eso quién lo dice? ¿Dónde está la profesionalidad? Ni siquiera están casados. Los votos no te obligan a ir acompañado, o si no Jesse se habría traído a su mujer.

Lea se atragantó con el champán y empezó a toser. Kara se ofreció a ayudarla a pasar el mal trago dándole golpecitos en la espalda.

—¿Su... su mujer?

—No le hagas caso, Ivonne vive atrasada. —Kara biqueó—. Jesse se divorció hace dos años. De hecho, fue la razón por la que dejó el bufete de su hermano: para no verla más. No está por aquí, así que supongo que ella no entra en la fusión, pero sería gracioso que entrara a trabajar en el bufete, ¿no os parece? Daría lo que fuera por ver cómo se lo toma. Me apuesto cien dólares a que se le quitaba la sonrisa de la cara.

Lea seguía agarrándose la garganta del susto. Santo Dios, si llegaba a estar casado se desmayaba, y no por nada en especial. Ya mencionó Jesse algo por el estilo... De hecho, habló

de una exmujer, y ella misma estaba al corriente de quién era por llamadas que le pasó tanto de la susodicha como del abogado que les llevaba el divorcio, que no era otro que Marc. Pero nunca le prestó atención.

—¿Sabes por... por qué se divorciaron? —preguntó con voz ronca, aún tosiendo.

Menos mal que no quería llamar la atención.

—Pues la verdad es que no. Una vez le pregunté desinteresadamente y me dijo: «Cuando lo sepa te lo diré a cambio de una buena suma de dinero».

—A mí me dijo que él no se divorció, sino que se divorciaron de él. —Ivonne puso los ojos en blanco—. Sabe salirse por la tangente cuando le conviene.

—¿Quién sabe lo que ocurrió de verdad? A lo mejor ella lo dejó por ponerle los cuernos. No se puede estar así de bueno, tener tan buen humor y encima ser buena persona. Algo terrible debe esconder.

Lea fue a hacer su aportación, pero Julie la interrumpió tocándole el hombro.

—Deberías pasarte por el baño. Te has manchado el vestido cuando se te ha derramado el champán —le aconsejó Julie—. Tienes suerte de que sea negro y no deje mancha, pero si no quieres ir oliendo a alcohol...

No necesitó que se lo repitieran: estaba deseando alejarse de aquel hervidero de cotilleos sin fundamento. Se dirigió al baño sin querer darle muchas vueltas a la apreciación de Kara.

A solas consigo misma, se acercó al gran espejo con cara de perro pachón y buscó la mancha. No le dio tiempo a localizarla: una mano la agarró del brazo, tiró de ella y la metió en uno de los cubículos. Lea se asustó al principio, pero en cuanto reconoció los ojos claros de la chica solo la invadió la preocupación.

—Dios mío —musitó Lea—. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué lloras así?

«Así» era con mocos, hipidos, el pecho bloqueado y el rímel por la barbilla. Kyoto, su compinche para evitar que Jesse descubriera la existencia de los relatos, tenía un aspecto horrible. Todo su maquillaje perfecto se acababa de ir al garete.

—Escúchame... —jadeó, sin parar de llorar. Lea se asustó por lo que pudiera haber ocurrido. ¿Alguien la había forzado? No, no veía señales de forcejeo... ¿Una discusión? Nadie lloraba así por pegarse cinco voces con alguien—. Esto... Esto que estás viendo... Es una especie de sueño, ¿me entiendes? Kyoto Sandoval nunca llora, es una excepción, y como se lo cuentas a alguien, te juro q-que te arruinaré.

—Lo entiendo, lo entiendo. —Hizo un gesto con las manos para calmar las masas.

—Bien... Me acuerdo de ti. Me pediste ese favor el día de mi entrevista... ¿verdad? ¿E-eres esa chica?

—Sí.

—Pues aunque no hice nada al final, necesito q-que... Necesito que me ayudes.

—Claro, lo que sea.

—Mira... P-pensé que podría estar aquí, que podría hacerlo, p-pero no... No soy capaz. No es gran cosa, solo quiero que... que me ayudes a salir de aquí y luego les digas a los d-de la mesa que me... Yo qué sé... Que me has encontrado vomitando, o que me he mareado y desmayado, o... Cualquier maldita cosa que se te ocurra. Algo que justifique que haya desaparecido y que no parezca que es porque... por esto.

—Sí, claro, se lo diré a tus primas o a Marc, o... Pero ¿qué te ha pasado?

Otto le echó los brazos al cuello.

—Todo el mundo me odia —sollozó—. Y me parece bien, me... Estoy de acuerdo, porque soy... soy una perra a veces, p-pero hoy no... no puedo. No puedo. Hugo le ha contado a todo el mundo algo que he hecho y ahora no me pueden ni ver, y yo no puedo volver a Barcelona para evitar esto, no quiero volver a Barcelona. Se supone que voy a estar sola aquí, q-que... que me van a hacer la vida posible por algo de lo que me arrepiento...

»Ese cabrón quiere vengarse de mí. —La apretó con más fuerza—. Y lo está consiguiendo. Por favor, díles que... que me has encontrado muy mal y me he tenido que ir.

Otto se separó de ella de la misma forma súbita y se limpió las mejillas con el chal que colgaba del brazo. Iba tan guapa que Lea se sintió mal al ponerse en su lugar. Debía ser muy jodido llegar a un sitio con ilusión y que alguien arruinara la noche.

—Por supuesto. ¿Quieres que te acompañe al coche?

—No... No. Estoy bien. —Pero no lo estaba. Temblaba y no parecía que fuese a parar de llorar. ¿Qué se hacía en esos casos? ¿Insistir o ceder?—. Gracias por ayudarme. Intenta... que sea creíble.

—Lo haré lo mejor posible.

Otto hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa y salió a trompicones del baño. Aparentemente había una conexión con los baños de los empleados, y de ahí accedería a la cocina y luego a la puerta trasera. Por si acaso, Lea la acompañó y fue practicando sus dotes de mentirosa con los cocineros, camareros y pinches que fue encontrando. Para volver, más de lo

mismo. Y cuando regresó a la mesa, lo clavó gracias a su tardanza, lo suficientemente llamativa para que le preguntaran qué había estado haciendo antes de pensar en cómo abordarlo.

—Me he encontrado a Kyoto en el baño muy enferma. Le ha debido sentar mal algo, porque estaba vomitando, mareada y con fiebre. Un cocinero y yo la hemos acompañado a la salida.

—¿Qué? —exclamó Aiko, mirándola con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué no ha dicho nada? ¿No la han llevado a urgencias?

—Tenemos que ir con ella —habló Mio en voz baja.

—Ha especificado que quiere estar sola —recalcó Lea—. Me ha dicho que os diga que os mandará un mensaje y que no os preocupéis.

—Pero ¿cómo no nos vamos a preocupar si está enferma...?

—Mio, si quiere estar sola, déjala sola. Ya sabes cómo es Otto —interrumpió Caleb—. ¿Estaba muy mal?

—Al principio sí, pero después de estar un rato con ella se calmó. Podía caminar y no estaba agobiada. No os preocupéis, ha dicho que si se pone peor os avisará.

Aiko se mordió el labio.

—No sé... Voy a llamarla, no me fío mucho —decidió, poniéndose en pie. Le hizo una señal a Mio para que la siguiera—. Vosotros id comiendo, volveré enseguida.

—Espero que se mejore —exclamó Julie—. Las gastroenteritis son terribles.

Lea asintió, aún un poco descolocada. Las gastroenteritis podían ser una gilipollez al lado de sentirse solo y detestado.

Tomó asiento algo incómoda y apuró lo que quedaba de champán en su vaso.

Solo esperaba no acabar así la noche.

* * *

Cuando los socios, algo achispados por el alcohol, propusieron ir al *pub* a rematar la noche, pensó que se pondría histérica otra vez, que se notaría su incomodidad pasando hasta la madrugada pegada a un sillón mientras todos bailaban, pero nada de eso. La cantidad de champán que había ingerido era más que suficiente para mearse de la risa con cualquier chiste desfasado. Tardó tres segundos en coger su bolso con una sonrisa bobalicona y seguir a las mujeres.

Julie condujo hasta el *pub* unas calles más abajo del restaurante. Era la única que no había probado el alcohol, supuestamente porque en ella tenía el efecto de volverla una auténtica desesperada que se tiraba encima de cualquier hombre, soltero o casado. En cuanto a las otras dos, estaban un poco más borrachas que ella. No dejaban de gritar guarrerías, canciones de reguetón de su época de universitarias y teclear mensajes de texto de los que luego se arrepentirían.

El *pub* era espacioso, estaba bien iluminado y contaba con un pequeño escenario para montar un karaoke. Por lo que pudo oír de la conversación a base de balbuceos y risas de cerdo de Kara e Ivonne, solían ir mucho por allí porque el rango de edad era superior a los veinticinco. Nada de niños universitarios, aunque no era como si se estuviera fijando mucho en los que ya estaban allí cuando llegó, sino en los miembros del bufete.

—¡Vamossss a pedirrrrr másssss alcohollll! —gritó Kara, levantando los brazos—. ¿Tú quierres algooo?

—Un margarita —deletreó Lea—. O dos.

Cuando se marchó hacia la barra haciendo contrapeso con Ivonne, que se tropezaba lo mismo, estuvo segura de que le traería cualquier cosa menos un margarita.

—Siempre he querido cantar en un karaoke —confesó Julie a su lado, mirando el micrófono vacío con cara de consternación—. Todos los días que vengo me digo que lo voy a intentar y todos los días acabo volviendo con el rabo entre las piernas. Me supera, y eso que me encanta cantar.

—¿Es que lo haces mal o algo así, por eso te da vergüenza?

—No. Bueno, no lo sé. Los que me escuchan suelen decir que tengo una voz muy parecida a la de Jasmine Thompson.

—No sé quién es —se lamentó. Julie hizo un gesto para que lo olvidara—. Si quieres cantar, sube y hazlo. Las cosas no van a conseguirse solas.

—Bonita filosofía —comentó una voz masculina de acento marcado.

Lea se dio la vuelta y por poco necesitó que la agarrasen al darse de frente con el nuevo contable del bufete, aquel que la miró cuando escupió sin querer por los nervios.

—Gracias... —balbuceó—. En realidad no es mía, la he robado.

Él sonrió y Lea estuvo cerca de derretirse. Era de esos con hoyuelos muy marcados, de los que se notaban incluso al hablar y que pactaban con las bragas de una mujer su posición

gravitatoria. Óscar Kenna, se llamaba... Lo recordaba. No lo veía porque trabajaban en departamentos diferentes, pero menudo desperdicio.

—¿Quieres cantar algo? —propuso.

—¿Cantar algo?

Kenna movió la cabeza hacia el micrófono. ¿La estaba invitando a...?

—Haría un estropicio. Es mi amiga Julie la que quería probar. —Y la señaló. Reprodujo la frase para sí y se quiso dar una palmada en la frente.

¿Amiga? ¿Qué confianzas eran esas...?

El monstruo del alcohol eliminó sus reticencias de un plumazo.

Julie le dio un codazo que no supo interpretar, pero que claramente significaba «qué coño dices: te lo está pidiendo a ti, síguete la corriente y no contradigas a Dios».

—¿Sí? —inquirió él, cambiando de dirección—. ¿Quieres cantar, Jules?

«Jules» se rio como una idiota.

—Me gusta tu acento —señaló—. ¿De dónde eres?

—De Cuba. Cienfuegos concretamente.

«Cien fuegos tendrás que apagar como sigas siendo simpático».

Lea comprendió que Julie estaba más prendada del tipo que ella y decidió deslizarse lejos de la conversación y aprovechar para reclamar su margarita. Se sentó en la barra y pidió dos margaritas aparte de beberse las copas que Kara e Ivonne habían dejado abandonadas para coquetear con desconocidos. No bebería más, porque entonces se pondría tonta, volvería a acercarse a Kenna y le preguntaría sin tapujos si había intentado ligar con ella. Solo habían sido tres o cuatro palabras y una sonrisa, eso lo compartía ella a diario con el guardia de la entrada al edificio y no significaba que quisiera bajarle los pantalones. Pero se había acercado a ella por voluntad propia, y no para decirle que tenía el vestido manchado. Y Lea, como si tuviera a veinte tíos como Shemar Moore con los ojos verdes esperándola en casa, había escurrido el bulto de forma despreciable.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué no se le había echado al cuello?

Empezó a hablar consigo misma entre risas, con el codo en la barra y el barman mirando. Recordó la frase de Shan: «Si sonríes y no te sientes los dientes, es hora de dejar de beber». Hizo la prueba y se los tocó con los dedos por si acaso. Hombre, estar ahí, estaban, pero si no hubiera frotado las uñas contra los incisivos habría creído que volaron.

—¿Necesita un taxi? —preguntó el camarero, muy preocupado.

«Necesito follar, gracias».

—Lo que necesita ya está aquí.

Aunque le impactó escuchar la voz de Jesse tan cerca, su primer impulso fue echarse a reír. Parecía que estaba respondiendo a su pensamiento.

Se giró a punto de poner los ojos en blanco, pero se le perdieron las ganas de hacerse la difícil en algún botón de su camisa roja. Una camisa roja, por el amor de Dios, como los bailarines de Dance, India, dance. Y no de cualquier manera, sino remangada por el codo y abierta hasta el esternón. Entre eso y el pelo despeinado, estaba listo para echarse a bailar salsa.

Sí, ya lo había visto en el restaurante, pero no de cuerpo entero y no lo bastante cerca para oler su perfume.

Su estómago dio un vuelco que tuvo que disimular a base de coraje.

—¿Dónde lo tienes?

—¿El qué? —preguntó él, sin parecer desorientado por un solo segundo.

—Lo que acabas de decir tan seguro de ti mismo, lo que se supone que necesito.

—Lea, no querrás que señale una parte tan delicada de mi anatomía delante de toda la gente, ¿no? —provocó, levantando una ceja—. En realidad, pasaba a decirte que me apetece bailar acompañado. Eso es lo que necesitas: mover el esqueleto.

—¿Sabes bailar?

—Dentro y fuera de la pista. —Tendió la mano para que se animara a saltar con él—. ¿Te animas, *mamisonga*? En Puerto Rico tenemos mucho ritmo, no te defraudaré. ¿*Tas ready pal chévere revolú* del bicho?

Lea no entendió una sola palabra, pero le encantó el acento boricua que se le escapó y no dudó en agarrarse a sus dedos.

Bailar con Jesse Miranda. Esa debía ser solo una más de sus estrategias para volverla loca de atar. El hombre se estaba empleando a fondo y no se le daba nada mal, tenía que reconocerlo. Y también tenía que pensar en auténticas atrocidades para no cometer una con él. Solo que, en ese momento en concreto, con su mano sobre la de Jesse, el ambiente picante y la música latina, lo último que podía hacer era detenerse a pensar.

—¿No está mal que nos relacionemos de esta forma delante de todos? —preguntó con la cabeza pesada, mirándolo con una sonrisa bobalicona debidamente respondida. Jesse la cogió de la otra mano, entrelazando los dedos muy despacio.

—Si consigues darme tres razones por las que estaría mal, te soltaré.

«¿Quién, en nombre del cielo, ha insinuado que quiero que me sueltes?».

Jesse sonrió como si hubiera escuchado su pensamiento. Quién sabía, tal vez lo dijo en voz alta. No estaba en pleno dominio de sus capacidades. Todos sus sentidos se volcaban en la apreciación de las puntas del pelo de Jesse, más rojizas por los neones, y las chispas mágicas que desprendían sus pestañas a juego. Casi parecía irreal, pero no podía ser un sueño porque su agarre era seguro, y su olor, un anclaje a la realidad.

—Estoy esperando tus excusas. ¿Hoy no hay ni siquiera «*nolo contendere*» que valga?

—¿Qué has dicho?

Jesse se acercó a su oído, bajando los brazos sin soltarla de la mano hasta que sus dedos entrelazados quedaron a un lado de sus caderas. Soltó una y se apoyó en la curva de su falda.

—Que si esta noche tampoco vas a contender... ¿o has decidido confesar?

—No tengo que confesar ni crímenes ni pecados, y los deseos e intimidades no se le cuentan al juez.

—Yo no soy el juez, sino el abogado malo que quiere sacarte todos los trapos sucios.

—Ah, ahora admites que tienes malas intenciones.

Lea enfocó la vista a tiempo para contemplar de cerca la arruga que se formó en su mejilla sombreada al sonreír. Era lo único que había en su campo de visión, y eso le aceleró el ritmo cardíaco. Estaba en proceso de desintegración, a una sola respuesta de empujarlo contra cualquier cosa o traerlo hacia sí, pero la canción empezó y le cerró el pico, una señal de que debía resistir.

Jesse puso su mano con propiedad sobre la cadera femenina para moverla a su antojo. Reconoció el rasgueo de guitarra del tema. Él captó esa sonrisa y la copió, haciéndola mucho mejor de lo que era.

Iba a bailar con él. Y a ella le encantaba bailar.

Pam. La canción rompió y las caderas de Jesse se clavaron a un lado. *Pam.* A otro. Lea se unió a él al tercero y luego entró la música tal cual, la rumba movедiza titulada *Mamba Negra*.

Jesse se separó sin soltarla de la mano y tiró para enroscarla alrededor de su brazo. Un momento estaba lejos, luego rodando sobre sí misma y finalmente con la espalda pegada su pecho. Lea soltó una carcajada, idiotizada, y empezó a moverse a ritmo de la canción. Al comienzo solo siguió a Jesse, yendo al lado contrario de sus movimientos para no coincidir físicamente, pero al ver con sus propios ojos lo bien que bailaba, algo se encendió dentro de ella y quiso ponerse al nivel de su talento. Rezumaba sexualidad moviéndose alrededor, cogiéndola de la cintura y soltándola, animándola a girar. Y ella estaba ensimismada con sus movimientos, con los propios y con los ajenos, hasta que llegó el estribillo y se dejó llevar del todo.

—Eso es... —dijo él a su espalda, casi contra su nuca sudorosa—. Baila como si nadie te mirase.

Lea ni pensó en que la estuvieran mirando. Se pegó a su pecho aprovechando que estaba detrás y lo abrazó por el cuello. Empujó las caderas hacia atrás, dando con la hebilla del cinturón. Le pareció escuchar la risa de Jesse, pero eso quedó en segundo plano cuando él plantó las manos en su estómago y descendió, dejando las yemas de los dedos a una idea perversa de tocarla entre las piernas.

Lea suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

«He venido a corazón abierto,
Rumba pa' resucitar los muertos,
O a que escupas tu dulce veneno...».

Jesse apoyó la barbilla sobre su hombro sin dejar de balancearse hacia delante, donde ella suplicaba un rato más pegada a sus pantalones. Se le había formado un nudo en algún punto del estómago, que apretaba y apretaba pidiendo otra clase de acercamiento.

—... A que muerdas esta lengua, mi mamba negra... —cantó con voz profunda—. Así se hace. ¿Vas a sacarlo todo hoy? ¿Te vas a liberar por fin...?

Lea se dio la vuelta y volvió a poner las manos sobre sus hombros. Él las dirigió como un imán a su cintura. Encajó las rodillas entre las de ella para bailar pegados. Hacía mucho más calor. Notaba el vestido ceñido a la piel, incluso la nuca húmeda y un cosquilleo en el bajo vientre. Intercambió una mirada llena de intenciones con Jesse, que esperaba una respuesta y no iba a conformarse con menos. Pero Lea estaba perdida en su bamboleo, en la cercanía con su nariz, su barba de tres días, su boca... En el gesto que tuvo de acariciarle la cara con la palma abierta, poniéndola a delirar.

—¿Qué quieres de mí? —casi gritó por encima de la música. Se aferró a los rizos del nacimiento de su pelo. Dios, brillaba en la semioscuridad y estaba mojado, como en sus malditos sueños—. ¿Qué es lo que quieres?

Jesse sonrió lobuno.

—Desatar a la bestia. No me conformo con menos, mamba.

Desatar a la bestia. *Nolo contendere*. Desatar a la bestia. Se ceñía a la quinta enmienda. Desatar a la bestia... La bestia estaba rugiendo y no podía soportarlo más, no ahora que él había apelado a ella de forma directa. Era de mala educación no responder. Su estómago sufrió el vértigo de saltar por un sexto piso ante la tentadora posibilidad de obedecer a su reclamo, y quizá fue la inercia del inesperado salto de esas mariposas, pero algo la empujó por detrás para sellar sus labios con un gimoteo de liberación.

Lea se enroscó a su cuello. No tuvo brazos suficientes para aferrarse a él como quería, fundiéndose con su carne caliente. Toda la energía retenida explotó dentro y fuera de ella. Su garganta no dejó de emitir sonidos dispares, desde sollozos hasta ronroneos. Solo era su boca cerrada pegada a la de él hasta que el fuego le subió por las rodillas y despegó los labios para probar su textura. No sabía si respirar o si no hacerlo. Le dolían las piernas, pero no pensaba moverse de aquel cuadrante.

Tendrían que apartarla de su cuerpo con una grúa.

Se separó lo suficiente para suspirar, liberando tanto callado que podría haber derramado una lágrima sin saberlo. Jesse la sujetaba por la cintura, pero el brazo que la tocaba era tan educado que apenas lo sentía.

—Lea... —intentó decir.

Ella no le dejó hablar succionando su labio inferior. Oír su quejido divertido despertó un rugido en su pecho. Tuvo que avasallararlo de una vez por todas, introduciendo la lengua para probarlo. Estuvo al borde del desvanecimiento cuando notó que él se acoplaba a sus movimientos. Suave, certero y lento al principio, conociéndola. Ella se impacientó y se apretó más contra él. Sentía su pecho vibrar y la forma de su sonrisa bajo la boca.

—Lea, cariño... —articuló cuando se separó para coger aire.

Negó y volvió a besarlo, esta vez tirando del cuello de su camisa para sacarlo de la pista. Jadeaba sin control y no sentía el pecho de lo alto que volaba. Lo condujo lejos del centro del *pub* sin saber muy bien a dónde se dirigía. Sentía sus manos afianzadas en las caderas y sus firmes labios respondiendo despacio hasta que dio con una pared. Ahí, como si fuera un lugar más privado, Lea atacó su boca una tercera vez perdida en la locura. Abrazó sus hombros, tocó

sus brazos y tanteó su pecho con los dedos, anhelando cada porción de su piel tan intensamente que sintió que se mareaba.

—Esc... escúchame —suplicó él entre risas. La cogió de las muñecas, pero ella, sin abrir los ojos, buscó sus labios otra vez. Jesse le clavó las manos a cada lado de la cabeza y puso distancia pegándole el codo a la pared, sujetándola con su propia frente—. Cielo, esto... —Sonaba risueño— no está bien. Te lo dije. Yo no hago esto...

—Sí lo haces —respondió sin abrir los ojos—. Bésame.

—Galilea...

—Bésame, Miranda, o dimito. Yo también puedo usar esa baza.

Le llegó su risa como una caricia inesperada. Nada que ver con sus carcajadas estridentes y contagiosas: esa era suave y serena, casi angelical. La necesidad de contemplar una expresión distinta le impulsó a abrir los ojos. Incluso en la oscuridad parcial se distinguía un brillo especial en sus iris, una sonrisa ladina, pero colmada de ternura y algo más que no comprendió.

Jesse soltó una de sus manos para liberarse a sí mismo y puso la yema del índice sobre sus labios. Los acarició verticalmente y luego siguió el contorno, tan concentrado que Lea no pudo fijarse en otra cosa que no fuera la respiración agitada del hombre, que la miraba como si pretendiera anclarla a aquel punto de la tierra.

La diminuta sonrisa rendida que estiró las comisuras de sus labios la sedujo más que ningún otro gesto.

—Yo me lo he buscado, ¿no? —susurró.

Lea asintió, mecánica. Jesse la copió, sumido en una emoción o un pensamiento que le robó la personalidad un instante e impuso a un hombre derrotado.

No duró la pose. Tiró de uno de sus mechones de pelo sueltos hacia atrás para que ofreciera su barbilla, acceso sobrado para darle de una vez por todas el beso que esperaba. En lugar de besarla con lentitud y sin estar seguro de lo que hacía, fue tan violento y necesitado como ella, que se revolvió contra su pecho suplicando que soltara su brazo. Jesse pegó las manos a sus pechos, presionándolos, clavando las uñas a través de la tela. Lea gimió y colocó las suyas encima, guiando su movimiento.

—¿Te gusta eso? —preguntó sobre sus labios. Lea abrió los ojos una sola franja. Él también la miraba con los párpados entornados. Siseó con el pellizco repentino que propinó a uno de sus pezones—. ¿Qué quieres tú? ¿Quieres un beso? ¿Quieres muchos... o todo lo demás?

Lea se derritió contra su boca.

—Todo lo demás —confesó en un suspiro. Cerró los ojos, aunque no necesitaba ayudarse para perder la vergüenza. Había perdido la cabeza y no pensaba en nada, solo sentía sus manos, su erección y la humedad de sus tiernos labios siendo agresivos—. Todo lo que se te ocurra.

—¿Todo lo que se me ocurra?

—Sí. Sí. Sí... Dios... —Acarició su cuello masculino con los dedos y le arañó la base—. Culpable. Culpable. Y mentirosa... e insaciable.

Frotó sus caderas con las de él, al que no veía, pero sí se hacía notar absorbiendo cada palabra con la boca entreabierta, posada sobre la suya.

Los labios de Jesse Miranda en ella, contra su piel.

Estaba en el paraíso.

—Y cachonda.

Jesse se rio, como si lo corroborase. Ella aceptó reírse también, entrecortada y ofuscada porque su cuerpo vibrara preso de contracciones que suplicaban atención. La carcajada se convirtió en una súplica quejumbrosa y rota.

—Por favor, llévame a alguna parte y fóllame. La que sea. Donde sea. Como sea... Pero ahora.

La presión de un nuevo beso la acalló.

—Sh... Tranquila, mamba. —Sintió una caricia pausada entre los pechos y hasta el ombligo. Se estremeció, todo el cuerpo vibrando furioso—. Hay que ir poco a poco. Pequeñas dosis para no volverse loco.

—No...

—Sí... —susurró él con el mismo tono de crío.

Le puso un dedo en los labios para separarla.

—Me voy a morir.

—Nada de eso. El lunes a las siete en la oficina.

—Me voy a morir si no... —La interrumpió un golpe de placer entre las piernas, ahí donde Jesse acababa de pulsar—. Ah, Dios, sí...

—Joder... —masculló entre dientes—. Estás... Nena.

—Por favor.

—Probablemente vaya al infierno por esto, pero voy a darte un beso y te vas a ir a la cama.
¿Entendido?

No pudo abrir los ojos. En lugar de eso, estiró el cuello buscando otra vez sus labios. Por un exasperante y doloroso segundo creyó que desaparecería aprovechando su debilidad, porque sus manos no estaban en ningún lado, pero con el suave y húmedo roce de su lengua no cupieron las dudas. Lea tembló. Solo de pensar en que se acabara, le entraron unas inmensas ganas de llorar.

Las enterró tomándolo de las mejillas y aplastando su boca ansiosamente.

—Lea, corazón... Vas a tener que dejarme ir en algún momento.

Lea se separó del todo con una mueca insatisfecha en la cara y el cuerpo hecho polvo, como si hubiera pasado la última hora corriendo sin descanso. No hizo ni el amago de impulsarse desde la pared o buscarlo de nuevo. Permaneció inmóvil allí, con las pestañas pegadas y con la mala suerte de que, cuando decidió abrir los ojos, Jesse se había largado.